

LA ISLA DE

LAS MÁSCARAS

JULYSSSES
MOORE

Lectulandia

Jason, Julia y Rick emprenden un nuevo viaje, esta vez rumbo a Venecia, con la misión de encontrar al misterioso inventor Peter Dedalus.

Pero, antes que nada, deberán descubrir quién es el misterioso Gondolero Negro, del que nadie dice haber oído hablar...

Lectulandia

Pierdomenico Baccalario

La isla de las máscaras

Ulysses Moore 4

ePub r1.0

Titivillus 03.06.2019

Título original: *L'isola delle maschere*
Pierdomenico Baccalario, 2006
Traducción: María Lozano
Ilustraciones: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Nota al lector

Después de numerosos intentos, Pierdomenico ha conseguido por fin enviarnos la traducción del cuarto cuaderno de Ulysses Moore. Leyéndolo descubriréis muchas cosas...

A pesar de nuestro entusiasmo por la continuación de esta misteriosa historia, estamos un poco preocupados por nuestro colaborador: lo último que nos dijo es que estaba a punto de descubrir dónde se escondía Kilmore Cove. Desde entonces, no ha vuelto a dar señales de vida y su móvil está siempre apagado. Confiamos en poder daros pronto noticias tuyas...

La redacción de Montena



Queridas editoras:

Estoy seriamente preocupado. He intentado mil veces enviaros un mensaje de correo electrónico con la traducción del cuarto manuscrito, pero me lo devuelven siempre. Si esta vez os llega, por favor, contestadme enseguida.

El cuaderno está lleno de sorpresas que os dejarán con la boca abierta... pero no tengo tiempo de contaros más. Lo que me apremia ahora es encontrar Kilmore Cove, el pueblo fantasma. Antes de ayer salimos dos en su busca: el propietario del bed & breakfast de Zennor, que insistió en acompañarme porque también él ya está metido de lleno en esta historia y yo mismo.

Nuestra única pista era la guía turística de Kilmore Cove que un hombre misterioso (¿Ulysses Moore?) me había dejado en la mesa del bar. Lo he verificado: la editorial que la publicó lleva cerrada quince años y no parece que haya otros ejemplares en el mercado, ni siquiera en la librería de viejo mejor abastecida de Notting Hill. Pero no importa, porque hemos llegado ya a la recta final... ¡Por fin creo haber encontrado el pueblo fantasma que me atormenta desde hace meses!

Fuimos en coche a lo que la guía llama «los alrededores de Kilmore Cove» y recorrimos la carretera costera hasta que nos encontramos con una desviación.

La carretera estaba cortada y habían colocado una serie de señales de prohibido el paso, lo que levantó mis sospechas: ¡a lo mejor alguien estaba intentando impedirnos llegar a Kilmore Cove! Así que me bajé del coche, quité las señales y proseguimos hacia el mar.

¡En qué hora se nos ocurrió! En la primera curva el asfalto se transformó en un queso gruyer, lleno de baches gigantescos por todas partes. El dueño del bed & breakfast empezó a ponerse nervioso y me indicó con el dedo una enorme excavadora atravesada en medio de la carretera...

Un señor muy elegante nos hizo señal de parar y nos preguntó si no habíamos visto los carteles de prohibido el paso. Llevaba un mono perfectamente planchado y olía a colonia de lavanda. Intenté averiguar si era la persona con la que me había topado en el bar... pero llevaba un casco amarillo que le cubría el rostro.

Después vi que hacía una señal a un segundo hombre sentado al volante de la excavadora y comprendí que era el momento de dar marcha atrás.

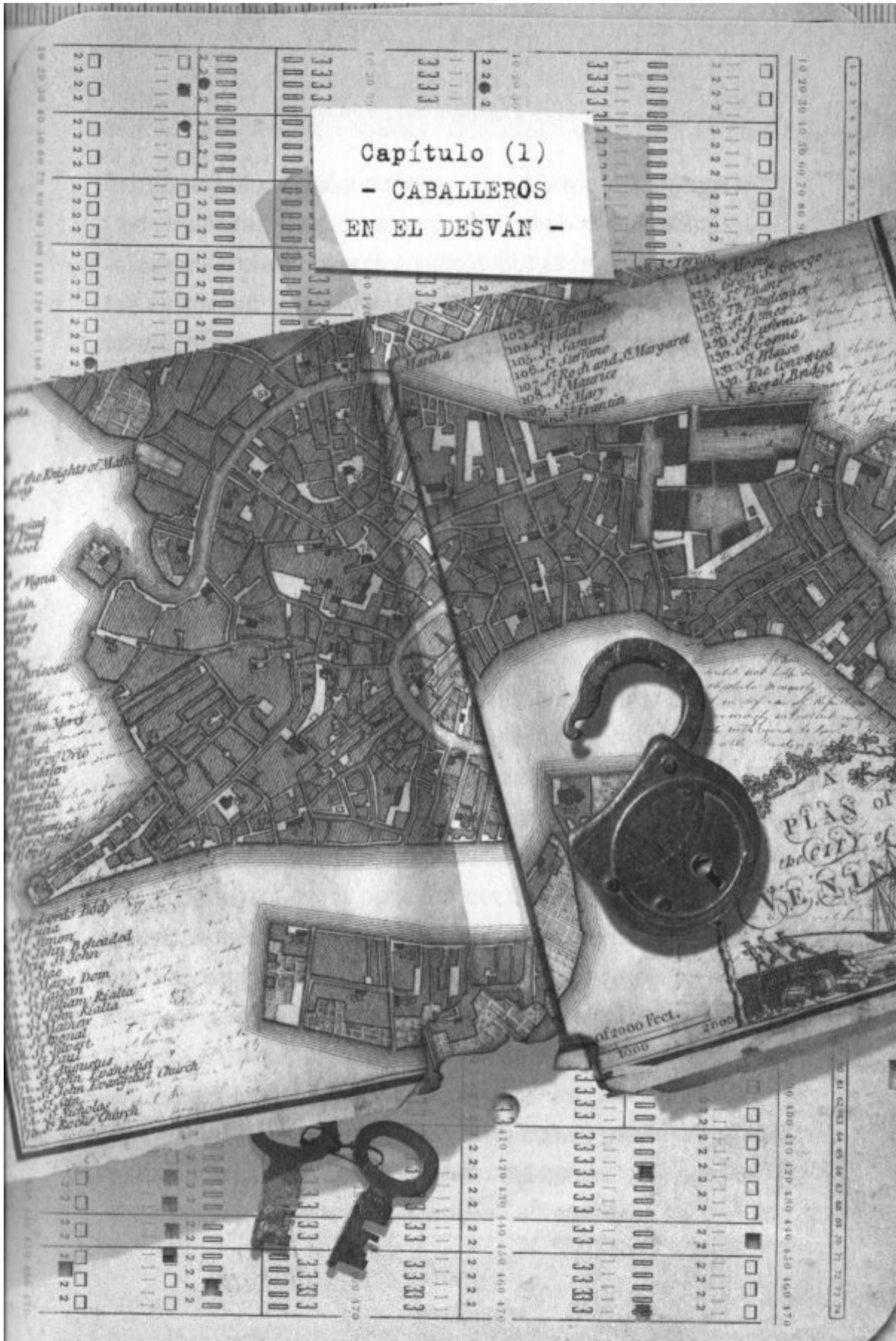
De vuelta al bed & breakfast, intenté enviaros el texto del cuarto cuaderno antes de regresar a la carretera cortada.

Solo una cosa más: el dueño del bed & breakfast dice que el hombre que estaba al volante de la excavadora llevaba un parche negro en el ojo. ¿Os dice algo esto?

Hasta muy pronto, espero...

Pierdomenico





El faro de Kilmore Cove se encendió con un ruido sordo, repentino. El haz de luz blanca empezó a sondear lentamente el mar y la costa, dando vueltas sobre sí mismo. Llegaba lejos, sobre las olas oscuras, recortando franjas luminosas del cielo nocturno. Pasaba sobre los tejados del pueblo y llegaba hasta las colinas para incomodar a las liebres y las lechuzas, que se quedaban paralizadas a su paso.

Cuando alcanzó los árboles centenarios del jardín de Villa Argo, se filtró por entre las persianas de madera que daban al mar.

En el desván había tres personas en cuclillas junto a un viejo baúl de viaje cerrado, lleno de abolladuras y de etiquetas medio arrancadas.

—Es Leonard... —dijo Nestor, el jardinero.

—El farero —explicó Julia, dirigiéndose a su hermano.

Jason no había visto todavía el faro encendido: la tarde anterior estaba en la Tierra de Punt, en Egipto. Se acercó a los cristales de las ventanas que cerraban la buhardilla y miró hacia fuera, hacia la noche.

—Uau —exclamó, cuando la luz lo arrolló por segunda vez. Su sombra se alargó hasta alcanzar los rincones más recónditos, las pilas de muebles cubiertos con sábanas blancas, los cuadros abandonados—. ¿Se enciende todas las noches?

—Solo cuando Leonard se acuerda —respondió Nestor tosiendo. En el aire flotaba un olor a ténpera seca.

Julia sonrió. Leonard se había acordado de encender el faro dos noches seguidas. La noche anterior, el gran ojo curioso le había hecho compañía mientras arreciaba la tormenta y Manfred intentaba echar abajo las puertas de Villa Argo.

Jason volvió a ponerse en cuclillas al lado del baúl. Ayudó a su hermana a abrir todos los candados y observó la tapa. En los fragmentos de una etiqueta medio arrancada podía leerse aún «VENECIA, recuerdos», escrito con la caligrafía angulosa de Ulysses Moore, el anterior dueño de la casa.

—Lo conseguimos —dijo el chico con cierto recelo. Al levantar la tapa del baúl se alzó una nube de polvo.

La luz del faro danzó en el desván.

—Magnífico... —dijo Julia, acariciando el suave paño rojo encima del cual habían arrojado unos puñados de bayas perfumadas para ahuyentar a polillas y roedores.

—Parece una capa —sugirió Jason. Levantó la tela, cuyo estampado adamascado de flores rojas sobre un fondo rojo despedía extraños reflejos,

como si tuviera una urdimbre de hilos de plata. Estaba muy raída y tenía el borde deshilachado en varios puntos.

El baúl escondía tres compartimentos, cada uno de los cuales se distinguía de los otros dos por un antiguo medallón y una máscara de cartón piedra blanca.

—¡Máscaras venecianas! —exclamó Julia, cogiendo una de ellas con sumo cuidado. La examinó atentamente, dándole vueltas entre los dedos: era un rostro de ojos vacíos y nariz aguileña, con dos lágrimas de oro y un tocado negro sobre la frente. Había tres, cuidadosamente dispuestas sobre sendas telas negras como la noche: tres capas que se cerraban con un par de broches laqueados a la altura del cuello.

Bajo la atenta mirada de Nestor, los chicos alinearon en silencio las máscaras y las capas en el suelo del desván.

En los compartimentos encontraron varios pañuelos con las iniciales U. M. y P. M. bordadas, un par de guantes de encaje, una larguísima bufanda de lana, un broche con forma de galgo, unos gemelos de teatro, un bastón con el pomo de bronce y un plano de Venecia del siglo XVIII, con las letras y los colores desvaídos. El papel del plano era tan delicado que Jason, al intentar desplegarlo, casi lo rompió. Para acabar, había unos libretos de una comedia y algunas invitaciones metidas en unos sobres amarillentos en los que podía leerse «Teatro Sant' Angelo».

Los chicos se fueron pasando los objetos uno a uno, intentando adivinar para qué podrían haber servido. Nestor les contó lo que sabía de las fiestas y de la vida de la antigua Venecia, que conocía un poco gracias a lo que le habían contado el anterior propietario y su mujer. Así, durante casi una hora, Jason y Julia imaginaron que en lugar de encontrarse en una polvorienta buhardilla con los muebles tapados con sábanas blancas, vagaban por los mágicos secretos de la ciudad de los canales, entre vertiginosos salones de baile, máscaras y disfraces, música y risas.

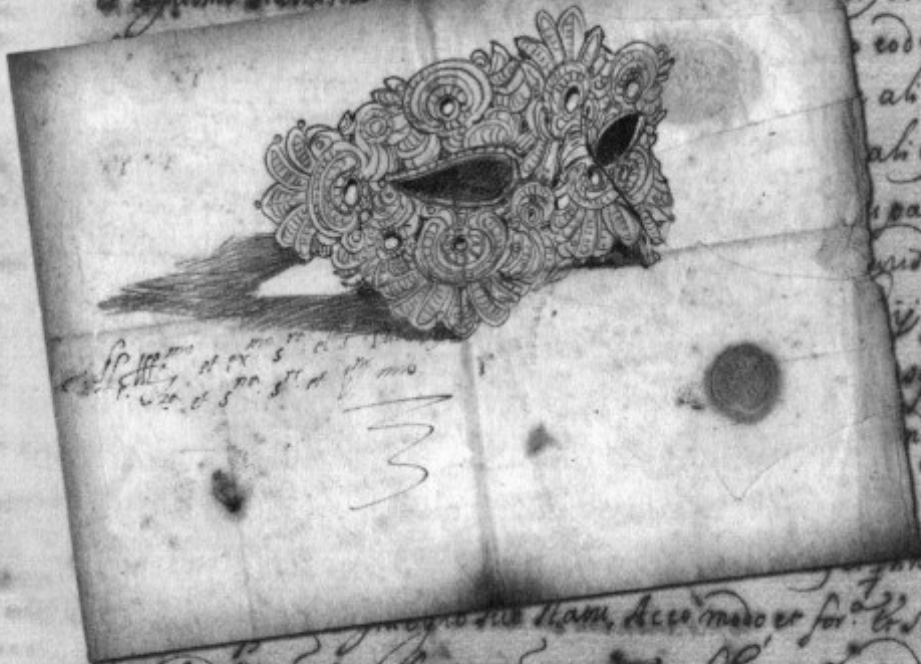
Pero el sueño empezó a resquebrajar los sueños y, al enésimo bostezo, Nestor concluyó, tosiendo:

—Es hora de irse a dormir, chicos. Mañana hay que ir al cole.

Jason cogió una de las máscaras, se la puso, se dio la vuelta de golpe hacia su hermana y lanzó un alarido aterrador.

—¡Aaah! —gritó Julia—. ¡Estate quieto! No tiene la más mínima gracia, ¿sabes?

Capítulo (2)
- EL CONDE CENERE -



Una bruma amenazadora se levantaba de los canales de la ciudad y danzaba entre los edificios, que aparecían y desaparecían a su antojo. Los gondoleros descansaban en sus embarcaciones negras, arrebuados hasta la nariz en sus mantas de lana. Estaban acostumbrados a hacer caso omiso de los ruidos.

De noche, por las calles de Venecia transitaban solo figuras enmascaradas.

Una de ellas, malva, esbelta y espectral, avanzaba cautamente a lo largo de los canales de la vieja judería. Calzaba unos zapatos muy altos, que la obligaban a caminar con paso torpe, similar al de una grulla.

Los carteles con los nombres de las calles, devorados por el moho, eran cada vez menos, pero la figura enmascarada no aminoraba la marcha. Tenía una cita a la que no podía faltar.

Intentó orientarse entre los extraños nombres: las calles en Venecia se llamaban «calle», pero también «rúa», «callejón» o «corredera». Las plazas eran «campos» y los puentes tenían nombres de fantasía distintos de los auténticos. La ciudad estaba llena de jalones emblemáticos: piedras agujereadas de uso misterioso, calles que no había que pisar porque traía mala suerte, troncos cortados que había que acariciar porque eran milagrosos. Y en los rincones de las calles unas piedras llamadas «las jorobas de los bandidos» que servían para impedir que los malhechores se ocultaran en los lugares más oscuros.

Pero la figura enmascarada no parecía tener miedo de los rincones recónditos, sino solo una prisa endiablada.

Superado el enésimo puente adormecido, giró hacia la derecha y se detuvo por fin. Había llegado a una estrecha hendidura entre viejos edificios húmedos y decrepitos, con troneras que colgaban justo por encima de su cabeza. Alrededor las chimeneas estaban apagadas y las ventanas, a oscuras.

Era la calle de los Muertos.

—Llega tarde... —susurró una voz que surgía de las densas tinieblas.

Pertenecía a un hombre que llevaba una máscara gris con un largo pico de cuervo y una capa gris marengo, que le hacían asemejarse a un pájaro desplumado.

—He hecho todo lo que he podido pero... ¡con estos zapatos! —gimió la máscara malva.

Se acercó a rastras a los escalones que ascendían hasta una pequeña puerta, se sentó en ellos e intentó quitarse los zapatos. Después estiró las piernas delgadísimas envueltas en una túnica del mismo color malva que los zapatos y echó la cabeza hacia atrás, dejando al descubierto un sutil cuello femenino.

—Me ahogo...

—¡Deténgase! —le conminó la figura con el pico de pájaro, intuyendo que quería quitarse la máscara—. ¡No puedo conocer su identidad, ni usted la mía! ¿Se encuentra bien?

—Estoy agotada.

—Está en los huesos. ¿No estará enferma?

La figura malva recuperó el aliento antes de replicar:

—No es el primero que me lo pregunta... pero no, no estoy enferma. Solo estoy cansada.

—Si usted lo dice... pero le aconsejo que vaya al médico. Es el vivo retrato de la muerte.

—Muy amable. —La figura malva se puso de pie—. De todas formas, si no le importa, ocúpese de usted, que de mí ya me basto yo sólita. Si no recuerdo mal, estamos aquí por una cuestión de negocios.

—Sí. Buscaba usted a alguien que tuviera acceso a la información del Consejo de los Diez. Pues aquí estoy. ¿Qué tengo que buscar?

—No qué sino *quién*. Estoy buscando a un hombre sospechoso de magia.

El enmascarado con el pico de pájaro se acercó a los escalones, arrastrando los pies sobre el empedrado mojado. Del canal más cercano se alzaban nubes de vapor que jugaban con los reflejos de la luna.

—Imagino que sabe cuáles son las reglas del Consejo de los Diez sobre las artes mágicas. En Venecia están prohibidas, al igual que ciertos libros, el juego de azar y todo tipo de ilusionistas, tahúres, fulleros, estafadores, truhanes y vendedores de hechizos.

—Por eso es por lo que me he dirigido a usted.

—¿Quiere que eche una ojeada a los archivos del Consejo?

—Sé que el Consejo de los Diez dirige el grupo más nutrido de guardias secretos de la ciudad.

—Le han informado bien, señora. Y es un honor para mí formar parte de él. Pero no conozco la identidad de los otros guardias. Incluso cuando nos reunimos llevamos puesta una máscara, como la que ahora cubre mi rostro. Y dígame, ¿a quién está buscando?

—Se llama Peter Dedalus —susurró la enmascarada vestida de malva.

El guardia secreto se quedó pensativo un buen rato antes de contestar:

—Me temo que es un nombre nuevo para mí. ¿A qué se dedica?

—Construye máquinas, invenciones mecánicas y relojes.

—¿Relojes?

—Relojes, sí. Grandes y pequeños, de todas las formas y dimensiones.

—¿Y qué tiene de mágica o peligrosa la conducta de este hombre?

La mujer extrajo de la capa un talego repleto de monedas.

—Que quien consigue encontrarlo se hace rico de repente. *Muy* rico. Más de cuanto pueda llegar a serlo con un salario de guardia secreto...

La otra figura retrocedió unos cuantos pasos, pocos para estar de verdad sorprendido o indignado por la propuesta.

—Esto se llama corrupción. Y la corrupción es lo que pretende erradicar el Consejo de los Diez.

—Siempre podrá hacerlo más tarde. Si encuentra a Peter Dedalus, este dinero será suyo.

Pasó rápidamente unas monedas de una mano a otra para hacer más hincapié en la propuesta.

Siguió un largo silencio.

—Nos vemos mañana a las seis —concluyó el guardia—. En el café de la plaza de San Marcos. Le diré lo que he descubierto sobre su hombre.

—Muy bien. ¿Cómo le reconoceré?

—Iré vestido así.

—¿Y no tiene usted un nombre?

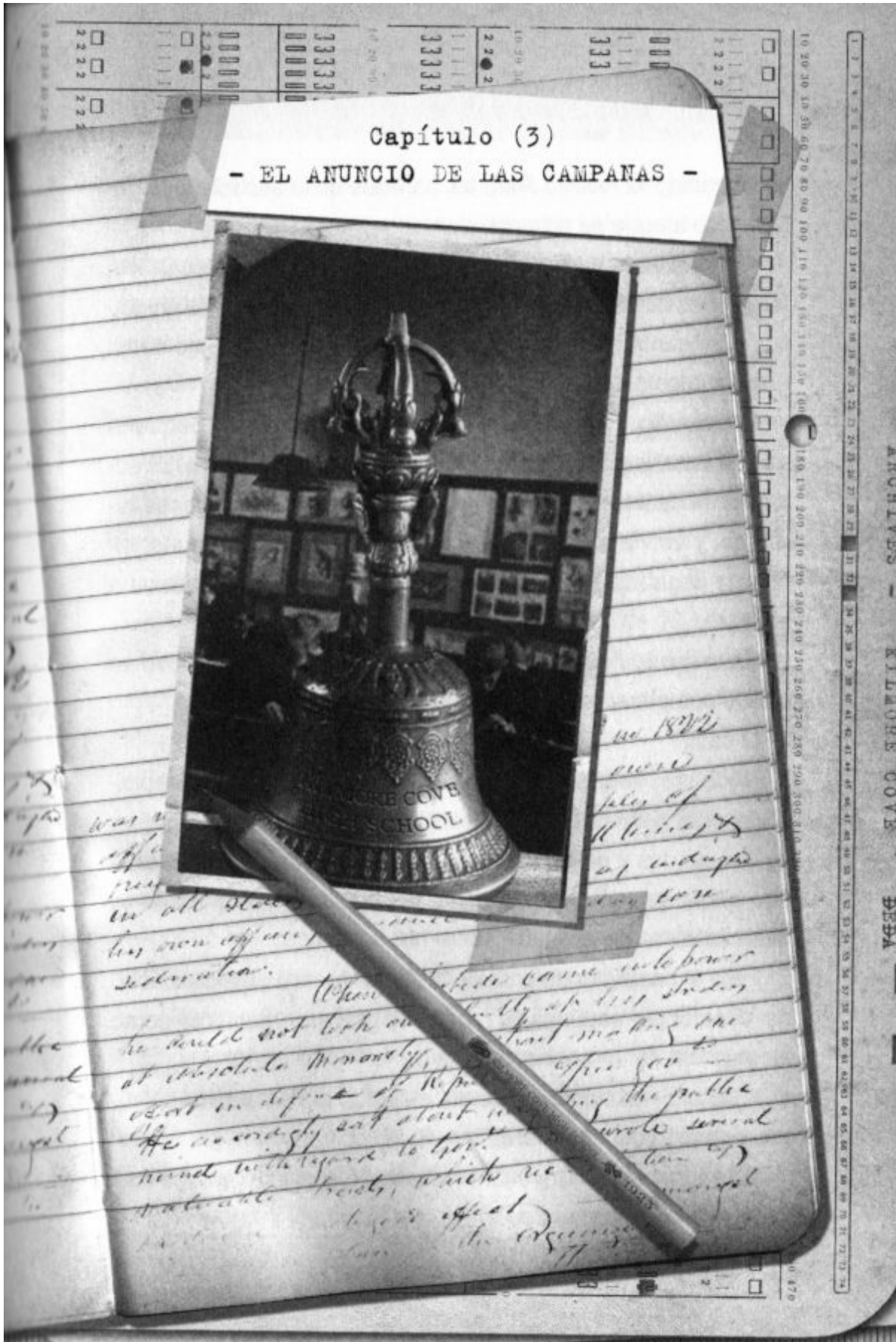
—Puede llamarme conde Cenere.

—Un nombre encantador. Hasta mañana a las seis, entonces. Allí estaré. Pero tráigame solo buenas noticias, conde Cenere.

El guardia se alejó por la calle de los Muertos. Después pareció pensárselo de nuevo, se dio media vuelta y preguntó:

—¿Y su nombre?

—Puede llamarme Newton —respondió la figura malva—. Como el científico inglés.



La campana resonó entre las paredes de la escuela y un grito de alegría se propagó por todo el edificio.

—Calma, calma, chicos... —consiguió balbucear miss Stella, las manos blancas de tiza, mientras una barahúnda de chiquillos de distintas edades se abalanzaba escaleras abajo como una exhalación.

El vocerío se atenuaba solo al pasar ante la pequeña puerta amarilla de cristal esmerilado del despacho del director, en el cual los chicos imaginaban que sucedían cosas terribles, y volvía a intensificarse inmediatamente después, en cuanto llegaban sanos y salvos a la gran arcada que daba a la plaza.

En un abrir y cerrar de ojos, la escuela de Kilmore Cove se quedó completamente desierta.

O casi.

Nada más llegar a la salida, uno de los chicos volvió precipitadamente sobre sus pasos, subió los peldaños de la escalera de dos en dos y entró de nuevo en clase. Recuperó la mochila que había dejado olvidada cerca del pupitre y volvió a salir lo más rápidamente posible.

Pero al pasar por delante de la puerta amarilla del despacho del director por segunda vez, una voz grave y estentórea como el retumbar de un trueno lo detuvo.

—¡Quieto! —exclamó el director saliendo del despacho—. Y tú, ¿se puede saber quién eres?

—Me llamo Jason Covenant —respondió el chico dándose media vuelta con desgana.

Se encontró ante un hombre muy alto. Alto y delgado, como una cigüeña negra con un par de zapatos relucientes. Su aspecto severo quedaba roto por una ridícula mariposa de lunares anudada en torno al cuello de la camisa. Jason se mordió los labios para no echarse a reír.

—¿Covenant? —preguntó el director—. No me parecía que hubiera ningún Covenant entre los alumnos de esta escuela.

—Lo siento, señor... —No recordaba cómo se llamaba el director—. Mi hermana y yo llegamos al pueblo hace solo unos días y...

El director chasqueó los dedos.

—¡Ah, los chicos de Londres! ¡Los gemelitos de Villa Argo!

Muy a su pesar, Jason aceptó lo de «gemelitos» sin rechistar, porque lo único que quería era que el encuentro acabara lo antes posible.

Pero el director no parecía tener la misma idea.

—Y dime, jovencito, ¿cómo te encuentras en un pequeño pueblo como Kilmore Cove?

—Muy bien, señor director.

—¿Y en esa casa tan... tan rara? —dijo esbozando una sonrisa tan ladeada que parecía una mueca sarcástica.

—¿Rara? ¿Por qué rara?

El director no respondió. Le puso a Jason una mano en el hombro y lo acompañó hasta la salida, como si tuviera que confesarle algún secreto. En la placita que estaba delante de la escuela ya no quedaba nadie, a excepción de Julia y Rick. Entre las callejuelas y las casas de piedra se oían risas lejanas.

—Imagino que esa es tu hermanita —dijo el director.

—Oh, no. Ese es Rick. Rick Banner. Vive aquí cerca —respondió Jason con una sonrisa burlona.

El director se quedó lo bastante sorprendido para que Jason consiguiera liberarse de su presa.

—¿Me puedo ir ya? ¡Buenos días! —Y sin esperar respuesta se marchó corriendo hacia donde estaban los otros.

—¿Qué quería el director?

—No sé. Hacerme unas preguntas, creo. Y yo que ni siquiera me acuerdo de cómo se llama...

Rick encabezaba el grupo.

—Mister Marriet. Ursus Marriet. Pero no lo llaméis Ursus, porque se pone hecho una furia.

—¿Ursus? —barboteó Julia—. Pero ¿es que no hay nadie que tenga un nombre normal en este pueblo?

—Mi madre tiene un nombre normal —respondió Rick sin dejar de caminar.

—¿Cuál?

—Mamá.

—Ha dicho que Villa Argo es una casa *rara* —prosiguió Jason.

—¿Por qué?

—No me lo ha explicado. Pero le brillaban los ojos... como si quisiera decirme algo.

—Es posible. Pero habría sido inútil. Como siempre, por otro lado —comentó Rick—. De todas formas... ¿qué os parece si nos organizamos? ¡Tenemos un programa bastante apretado!

—¡Bah! A mí no me parece nada del otro mundo —bromeó Jason—. Solo tenemos que viajar a través del tiempo, llegar hasta Venecia, encontrar a Peter Dedalus antes de que lo encuentre Oblivia Newton y preguntarle cuál es el secreto para controlar todas las puertas del pueblo.

—Antes de que vuelvan papá y mamá —añadió Julia, levantando el índice de la mano derecha.

Llegaron hasta una farola de hierro forjado en la que había dos bicicletas atadas con una cadena: una vieja y maciza y otra de color rosa chillón.

—Creo que podemos separarnos aquí —propuso Rick, indicando el camino que se adentraba en el pueblo y subía a la estación—. Yo paso un momento por casa, cojo la bici y me reúno con vosotros en Villa Argo.

—Muy bien. Y yo voy primero a ver a Calypso para pedirle la guía de Kilmore Cove que vi ayer —dijo Julia—. A lo mejor ese viejo libro contiene información interesante... ¡Si me lo hubiera metido en el bolsillo como hice con la hoja que encontré dentro! Pero Calypso me pilló curioseando y... no fui lo suficientemente rápida.

—Pues yo... —empezó a decir Jason. Después miró con desagrado la bici rosa y añadió—: Yo voy a casa a esconderme, antes de que el director me vea montado en este cacharro.

—Nos vemos dentro de un rato, pues —se despidió Rick poniéndose la mochila a la espalda.

Capítulo (4)
- PUERTAS CERRADAS
Y PUERTAS ABIERTAS -



El letrero de la «Isla de Calypso» se columpiaba perezosamente con la brisa que venía del puerto. Julia intentó entrar en la librería, pero la puerta estaba cerrada con llave.

—¡Vaya! —exclamó. Esperaba que la librería hubiera estado abierta para poder hacerse con *El viajero curioso*, la pequeña guía de Kilmore Cove entre cuyas páginas había encontrado el día anterior una hoja con unos extraños apuntes: en ella alguien había anotado que el ferrocarril del pueblo desembocaba en la nada y que en la plaza se erguía una estatua de un rey que nunca existió... Dato que después Nestor había confirmado.

Julia pegó la cara contra el escaparate de la librería para mirar dentro, pero la quitó de golpe, asustada: había tenido la impresión de que al otro lado alguien estaba mirándola a *ella*. «¡Qué tonta!», se dijo en cuanto se tranquilizó.

—¿Señorita Calypso? —llamó.

Después se alejó y se colocó a pleno sol. El cielo azul estaba salpicado de nubes rizadas. El tañido de las campanas que llegaba en lenta procesión desde el campanario de la iglesia hacía levantar el vuelo a bandadas de pájaros.

—¡Ahora caigo! —Julia miró su reloj: la librería tendría que estar aún abierta.

Entonces intentó otra cosa: atravesó la plaza y entró en la oficina de correos, que estaba al otro lado. Tal y como imaginaba, vio a la librera concentrada en su segundo trabajo: el de cartera. Estaba sentada detrás del mostrador de las cartas certificadas, con una visera verde calada sobre la frente.

—¡Buenos días, señorita Calypso!

Calypso levantó la vista de las cartas llenas de sellos amenazadores.

—¡La joven Covenant! ¿En qué puedo ayudarte?

—En realidad, esperaba encontrarla en la librería.

La mujer señaló unas sacas de la correspondencia de tela gruesa apiladas tras ella como haces de leña.

—Lo siento, pero los lunes estoy aquí.

Clavó la vista durante un buen rato en una dirección escrita en un sobre, después decidió que, a fin de cuentas, estaba bien así y arrojó el sobre en una de las sacas que estaban a su espalda.

—Con estas máquinas modernas que leen la correspondencia con el láser, hace falta controlar siempre antes las señas. Si no, como son tan tontas, un montón de cartas acabarían sin razón alguna en el cubo de la basura... ¡Ah, la tecnología! Hace unos años podías escribir en una postal: «Al director de la

escuela de Kilmore Cove», y la postal llegaba sin problemas a su destino. Porque era el cartero quien la leía. Ahora, sin embargo, si no escribes el código postal y la dirección exacta del destinatario, no llegará nunca...

—¿Cuál es el código postal de Kilmore Cove? —le espetó entonces Julia. Calypso se alzó la visera.

—¿Para qué lo quieres? Tú vives en Kilmore Cove y aquí me ocupo yo de clasificar la correspondencia. El código es solo para los que quieren escribir a alguien de Kilmore Cove... desde fuera. Y además, si no me equivoco — prosiguió con tono repentinamente expeditivo—, las campanas de la iglesia acaban de anunciar el término de mi jornada laboral en correos...

La librera se levantó del taburete, desapareció casi por completo detrás del mostrador y apareció poco después por una pequeña puerta de madera.

—Decías que querías un libro, ¿verdad? ¿Ya has acabado el que te di?

—Ah... ejem... —balbuceó Julia, sintiendo un remordimiento de conciencia repentino por haber ignorado por completo la lectura de *Cumbres borrascosas*—. Pues la verdad es que no lo he acabado todavía, pero...

La señorita Calypso echó los cierres metálicos de la oficina de correos, que hicieron un ruido ensordecedor.

—¿Cómo puedo ayudarte, entonces?

—¿Se acuerda de la última vez que estuvimos aquí? Cuando entramos en la librería para llamar por teléfono...

—Visto que fue ayer por la tarde y que la memoria aún no me falla... pues sí, me acuerdo. ¿Y bien?

Calypso introdujo una llave fina y reluciente en la cerradura de la puerta y la giró un par de veces.

—Pues resulta que mientras estaba llamando por teléfono, me pareció ver un libro que me interesaba mucho.

—¿Te pareció verlo o lo viste? —apremió la mujer, demorándose aún ante la puerta cerrada.

—Lo vi.

Durante unos instantes las dos permanecieron inmóviles fuera de la librería. Dentro se oyó un ruido sordo, como el de una pila de libros que cae al suelo.

Calypso prosiguió como si tal cosa.

—¿Y puedo saber qué libro era? Te lo digo más que nada para no quedarnos aquí plantadas hasta la noche.

—Era más o menos así de gordo y...

La librera rió con sorna.

—Claro, es lo primero que uno mira de un libro: el grosor. Datos como el título o el nombre del autor son completamente secundarios...

—*El viajero curioso* —bisbiseó Julia—. Una vieja guía turística de Kilmore Cove.

Si en ese momento una mosca hubiera pasado volando por delante de los ojos de la señorita Calypso, habría caído fulminada. Pero solo fue cuestión de segundos. Después la menuda librera recuperó su dulce mirada de siempre.

—¿Te refieres a un libro de bolsillo con el lomo de terciopelo rojo?

—¡Sí, el mismo!

—¡Ah, cuánto lo siento! Habrá estado en la tienda por lo menos veinte años, pero... ayer mismo por la tarde lo vendí, ¡y justo después de que os hubierais ido!

—¿Vendido?

—Sí, a un forastero que estaba de paso y quería saber qué se podía hacer por aquí. «¿Qué quiere hacer? —le dije yo—. Como no quiera usted darse una vuelta por el puerto con un buen libro.» Pero él insistió e insistió y yo recordé entonces que tenía todavía un ejemplar de la guía. Con esas viejas fotos en blanco y negro no es que fuera ninguna maravilla, pero a él le pareció bien y la compró.

—¿Y cómo era?

—Un hombre interesante, la verdad —contestó la señorita Calypso, entreabriendo unos centímetros la puerta de la librería—. Alto, elegante, con buena presencia —añadió después.

Al mirar por la rendija negra por la que se entreveía el interior de la tienda, Julia sintió un escalofrío en la espalda.

¿Podía ser una simple coincidencia que después de veinte años en el mismo estante otra persona hubiera encontrado también la guía? ¿Y justo después de que hubieran pasado ellos por allí? ¿Quién sería ese hombre elegante que la había comprado? ¿Y por qué precisamente en ese momento?

Julia comprobó si tenía en el bolsillo las cuatro llaves de la Puerta del Tiempo, que de repente le parecieron muy pesadas. Se alejó unos pasos.

—Podemos pedir otro ejemplar, si el editor existe aún...

Pero lo único que quería Julia era largarse de allí.

Llegó a donde estaba la bicicleta y balbuceó:

—No, no... Es igual, señorita Calypso... No se preocupe. Era solo curiosidad.

Y se precipitó hacia su casa como una exhalación.

También Rick Banner se dirigió a su casa a toda velocidad. Subió a saludar, pero se quedó solo un momento; después, bajó corriendo las escaleras de cuatro en cuatro.

Cuando llegó a la calle, alzó la vista y sus ojos se cruzaron con la mirada vagamente preocupada de su madre, que le decía adiós desde la ventana de la cocina.

Rick le dijo adiós con la mano, prestando mucha atención para no dejarle ver la excoriación que tenía en el brazo. Un recuerdo de la moto de Manfred, de quien se había vengado con creces. Después miró la hora en el reloj y se dirigió hacia la iglesia del pueblo.

Saint Jacobs era un edificio alto y esbelto, con la pendiente del tejado muy pronunciada. Rick dejó la bicicleta en el suelo, sin saber si entrar o no: en el silencio enrarecido de la iglesia era como si un sinfín de pequeñas espinas puntiagudas lo acuciaran obligándolo a pensar en cosas en las que en realidad no quería pensar. Desterró de su memoria el recuerdo del funeral de su padre y abrió la puerta.

—¡Oh, gracias! —exclamó el padre Phoenix, el párroco del pueblo, armado de una larguísima vara en cuyo extremo curvo colgaba un trapo—. ¿Has venido a echarme una mano, Banner? —Como siempre, el padre Phoenix era directo y jovial—. ¿Me ayudas a llevar el cubo, por favor?

El cubo en cuestión era un inmenso recipiente lleno de agua jabonosa. El padre Phoenix lo arrastró fuera, silbando, con la ayuda de Rick. Le explicó que quería limpiar el barro que la lluvia de los días anteriores había dejado en la fachada.

—Al fin y al cabo, hacía meses que tenía que haberlo hecho... —añadió el sacerdote, metiendo el extremo de la vara en el agua y pasándolo después arriba y abajo por toda la fachada.

Rick lo observaba con cierta admiración: el padre Phoenix era una de esas personas trabajadoras que se contentan con lo que tienen y no se quejan nunca. Perennemente sonriente, rudo solo si hacía falta, siempre tenía una palabra amable o tiempo para un consejo. Y no solía equivocarse.

—Dime, Banner, cuéntame —le dijo, mientras se empinaba por quinta vez para pasar el trapo por la fachada—. Puedes estar tranquilo: estamos solos. Los demás están comiendo.

Rick miró a su alrededor; después se acercó a la espalda oscura del religioso y susurró:

—Es por el señor Moore.

El padre Phoenix dejó en el suelo la vara, cuya sombra se alargó por la plaza como un reloj de sol.

—¿El señor Moore? ¿Y tú qué tienes que ver con ese señor?

Rick le habló de sus nuevos amigos y de la venta de Villa Argo. El párroco, que naturalmente ya conocía la noticia, escuchó con satisfacción la historia de las nuevas amistades de Rick. Estaba contento de que hubiera llegado al pueblo gente nueva: una bocanada de aire fresco. Pero cuando Rick le hizo la pregunta que de verdad le interesaba, el padre casi rompió a reír:

—¿Quieres saber algo de su funeral?

—Sí —respondió Rick en un susurro, sintiéndose irremediabilmente incómodo. Por otra parte, no había pegado ojo pensando en el hecho de que ninguno de los cónyuges Moore estaba enterrado en el cementerio de Kilmore Cove. Y dando vueltas y más vueltas a las palabras de Jason, que desde hacía días andaba repitiendo que a lo mejor el antiguo propietario no estaba muerto y que en Villa Argo había alguien escondido...

Rick confesó todas sus dudas al padre Phoenix, que lo escuchó con atención.

—Yo no estaba presente cuando ocurrió —comentó el párroco, cuando Rick acabó—. En el pueblo no había casi nadie, solo Nestor, Minaxo y la señorita Calypso.

—Pero ¿por qué no está enterrado en el cementerio de Kilmore Cove?

—Por la misma razón por la que tampoco están enterrados allí ni sus abuelos ni su esposa —respondió el sacerdote.

Rick se quedó rígido. Tenía razón. No estaba allí ninguno de los antepasados cuyos retratos colgaban de la escalinata de Villa Argo y cuyos nombres aparecían pintados en el techo de la biblioteca.

—La explicación es muy sencilla, hijo: los Moore no están enterrados en el cementerio porque la familia tiene un panteón familiar en la cima de la colina.

—¿Un panteón?

—Es una especie de antigua sepultura familiar a la que se entra por Turtle Park. Esa es la razón por la que ninguno de ellos está enterrado en el cementerio.

—O sea, ¿que están enterrados... aparte?

—Digamos que sí.

Rick parecía tener todavía alguna duda.

—Pero ¿cuándo y a qué edad murieron exactamente?

—No le preguntes a un viejo cura números ni fechas, hijo mío —bromeó el padre Phoenix—. No soy la persona adecuada.

—¿Y quién es la persona adecuada?

El párroco se quedó un rato pensativo y concluyó:

—Fred Duermevela.

Rick había visto ya alguna vez a Fred Duermevela y sabía que le llamaban así porque decían que se pasaba todo el día medio dormido, hojeando el periódico. Pero no había hablado nunca con él y no sabía dónde trabajaba. Se lo preguntó al padre Phoenix, que le contestó:

—¿Ves ese edificio que está al otro lado de la plaza?

Se trataba de un edificio bajo de piedra, con un jardincillo florido delante.

—Sí —contestó Rick.

—Pues en el lado izquierdo hay una puertecita que conduce a lo que yo llamo la oficina de los papelorios. En realidad, es el registro de nacimientos, defunciones y empadronamientos del pueblo. Ahí están todos los nombres y fechas de quien nace y muere en el pueblo, de los que se casan y de los que no quieren saber nada de seguir casados. Si te das prisa, a lo mejor encuentras todavía por allí a Fred Duermevela leyendo su periódico de deportes.

—¿Y qué tengo que preguntarle?

—Es él quien se ocupa de todas las actas, certificados y permisos del ayuntamiento —prosiguió el padre Phoenix—. Dile que necesitas los de la familia Moore. Si no te los quiere dar, dile que los he pedido yo. En esos documentos encontrarás la información que estás buscando.

Rick asintió y le dio las gracias al padre Phoenix. Luego fue hasta la puerta que le había indicado, la empujó y entró.

El párroco permaneció inmóvil unos instantes delante de la iglesia. Después sonrió y volvió a enfrascarse en la fachada.

—¡Eh, amigo! ¿Puedo ayudarle? —preguntó el hombre al volante de una flamante pickup color gris metalizado, arrimándose a un lado de la carretera en medio de una nube de polvo.

Había un extraño vehículo averiado. Era un dune buggy, un pequeño bólido de dos plazas sin capota y con el cuadro a la vista, las ruedas enormes y el motor justo detrás de los asientos. Llevaba enganchado un remolque para caballos descubierto, encima del cual habían colocado al tuntún una enorme moto deportiva, negra y reluciente. Del motor de aquel gracioso vehículo salía una amenazadora columna de humo.

—Algún problemilla, ¿eh?

—Pues sí... —comentó el conductor del dune buggy, mirando desconsolado su vehículo humeante. Llevaba un mono vaquero y botas de goma como las de los pescadores. Pero no parecía un pescador... Tenía más bien cara de gángster, con esas gafas de sol pegadas con celo.

El hombre que conducía la pickup, por el contrario, era alto, elegante, de buena presencia. Iba vestido de terciopelo beige y llevaba una gorra escocesa de cazador.

—Se corre el riesgo de fundir el motor en estos caminos de cabras. Bonita moto, ¿es suya?

—No —respondió el gángster alzando las gafas. Estaba visiblemente alterado, mejor dicho, enfurecido. Y el tono de voz de aquel desconocido era demasiado cordial para su gusto.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero... este dune buggy no me parece lo bastante potente para arrastrar ese remolque.

El otro gruñó.

El hombre con la gorra escocesa, siempre con aire beatífico, continuó:

—Sin contar que la moto se estropea ahí detrás.

—No tenía otra cosa. Alguien me ha rajado las ruedas.

—¡Ah, vaya!

El gángster tuvo la extraña sensación de que aquel desconocido ya lo sabía.

—¿Y qué piensa hacer?

—Ir a cambiarlas al pueblo.

—¿A Kilmore Cove? ¡Qué coincidencia! Yo también voy para allá. ¿Quiere que le lleve?

El hombre con cara de gángster se lo pensó un poco. Sopesó la posibilidad de pegarle un puñetazo y robarle la flamante pickup sin más, pero al final respondió:

—Podría remolcarme hasta arriba de la cuesta. Es la última pendiente. Después debería de poder llegar solo.

—¿El dune buggy tiene un gancho de remolque?

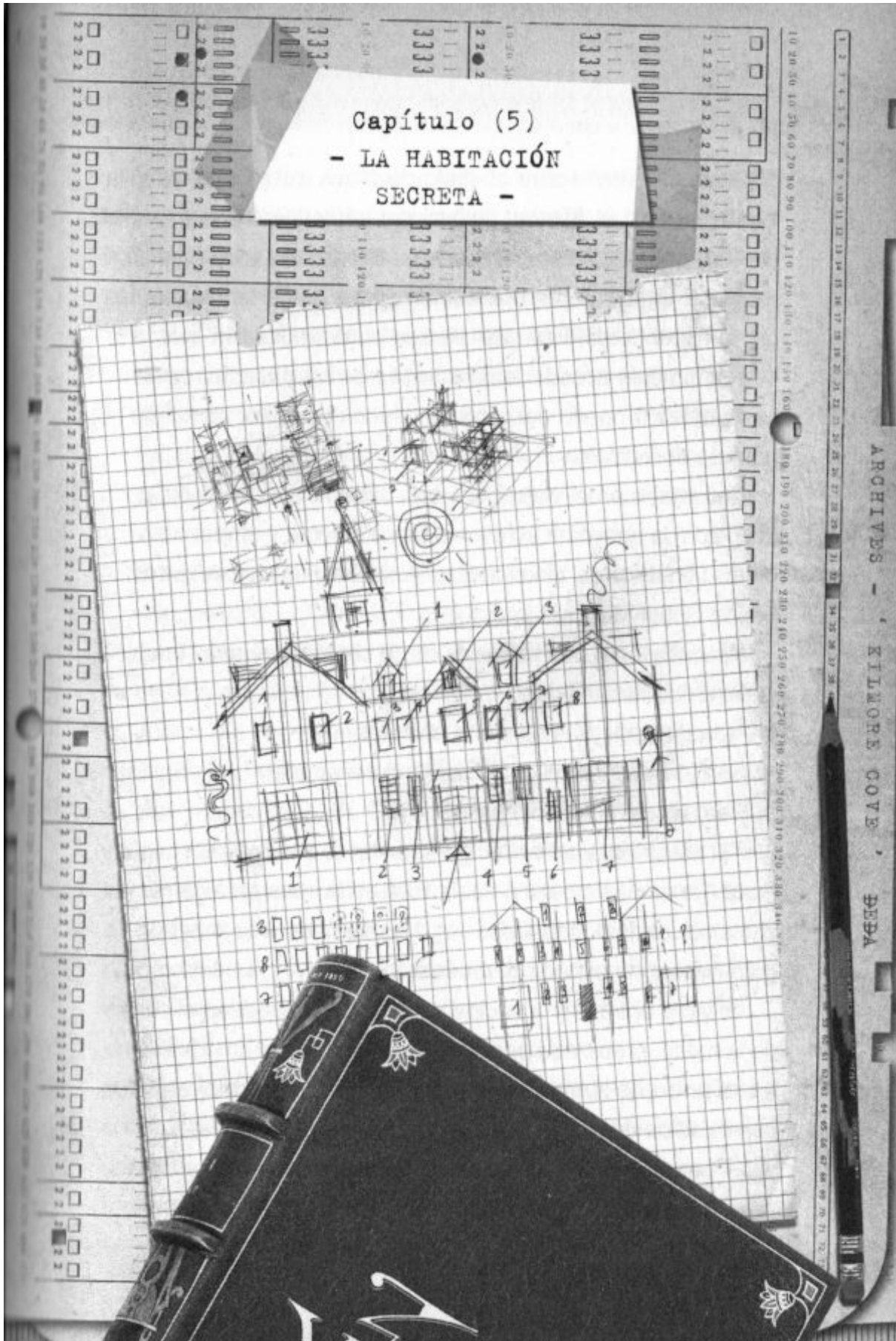
—Debería.

—Está bien, entonces cojo una cuerda y le llevo.

—Gracias —masculló el gángster.

—Debe de haberle pasado algo muy gordo —dijo el hombre con la gorra escocesa antes de subir a la pickup.

—Ni se lo imagina —le contestó Manfred, el chófer de Oblivia Newton, volviendo a ponerse al volante de su dune buggy.



Jason se sentó sobre el suelo de grava del porche de Villa Argo, abrió el *Manual de las criaturas espantosas* y leyó el capítulo sobre la habitación secreta. El caso era muy simple en realidad: en las viejas mansiones donde a los fantasmas les gusta esconderse, hay casi siempre una habitación más a la que es posible acceder solo a través de un pasadizo secreto. La habitación puede descubrirse desde el exterior contando el número de ventanas.

Recostado en el viejo sicomoro, Jason cogió una hoja cuadriculada, la apoyó en el reverso de su manual y empezó a contar las ventanas del piso inferior. Siete. Después las del piso superior. Ocho. Más tres tragaluces.

Nestor asomó por la puerta de la cocina, llevando una cazuela color carbón.

—¡Jaaaason! ¿Vas a venir a comer o no?

—¡Voy! —exclamó el chico poniéndose en pie.

Pero no dio ni un solo paso.

—Si estás en una habitación secreta, te encontraré... —murmuró. Después empezó a dar la vuelta a la casa para contar las ventanas de los otros lados—. ¿Has llamado a tu madre? —le gritó Nestor sin esperar respuesta.

Volvió a entrar en la cocina y colocó la cazuela en el centro de la mesa, preparada para tres. Había una jarra amarilla, llena hasta arriba de zumo de naranja, tres vasos y tres viejos platos con el borde descascarillado.

—Pues si se enfría, peor para ellos... —refunfuñó el jardinero, apoyándose en la pila de mármol.

Junto a la mesa, los chicos habían estado preparando todo lo necesario para el viaje: tres capas venecianas, tres linternas, una mochila, varios metros de cuerda, una cámara de fotos, una navaja multiuso, una brújula, el plano de Venecia del siglo XVIII y, naturalmente, el viejo cuaderno de apuntes de viaje.

Nestor hizo ademán de acercarse al cuaderno cuando sonó el teléfono.

—¡Cómo no! —gruñó mientras se dirigía cojeando hacia una mesa atestada de objetos exóticos, entre los que estaba escondido también el teléfono.

Era la señora Covenant, la madre de los gemelos.

—No, señora... ¡Claro que han ido al colegio! Ahora mismo solo está Jason en casa. No sé por qué Julia no ha llegado todavía. A lo mejor se ha quedado en el pueblo haciendo algunas compras. No, no le puedo pasar tampoco a Jason porque está contando las ventanas de la casa. Sí, sí, exactamente. Y parece muy concentrado. Sí. Claro. Se lo diré. Que a lo mejor llegan esta noche, mañana por la mañana como muy tarde. ¡Ah! Siento mucho el retraso con la mudanza... pero estas cosas pasan. Ya no hay nadie que

trabaje como hay que trabajar. Un verdadero problema. No se preocupe. Puede probar más tarde. Sí, mejor un poco más tarde.

Y colgó.

—Más tarde estaremos en alguna parte de Venecia —dijo Jason pasando rápidamente por delante de Nestor. Contó las ventanas de ambos lados de la habitación y desapareció corriendo escaleras arriba.

—¡Eh! —gritó el jardinero—. ¡El estofado está listo!

—¡Un momento! —exclamó Jason desde el piso de arriba.

—Ninguna habitación secreta —murmuró unos minutos después, sirviéndose el estofado—. Mejor dicho, ninguna habitación secreta con ventanas. Lo que no significa que no pueda haber una... —Hojeó el índice del *Manual de las criaturas espantosas*—... ¡habitación secreta camuflada tras un muro! «Para descubrir una habitación secreta camuflada tras un muro hace falta medir primero la superficie externa de la casa y después la de todas las habitaciones. Con una simple resta...»

—Jason —lo interrumpió Nestor—, no hay otras habitaciones secretas en esta casa.

—¿Otras?

—Además de la de la Puerta del Tiempo.

—Esa es exactamente la cuestión —observó Jason, con un trozo de carne pinchado en el tenedor—. La habitación circular que hay al otro lado de la Puerta del Tiempo tiene cuatro salidas. Una lleva a Villa Argo, otra a la gruta de la *Metis*. ¿Y las otras dos?

—El antiguo dueño no me habló nunca de ninguna otra habitación especial —cortó tajante el jardinero.

—Pero ¿tú has estado alguna vez allí?

—No.

—¿Ves? ¿Cómo podemos saberlo? Podría haber habitaciones secretas excavadas bajo Villa Argo, como esos lugares donde los romanos enterraban a sus muertos. ¿Cómo se llaman? ¡Catacumbas! Al fin y al cabo, esta es una antigua casa romana, ¿no?

—Sobre este promontorio había una antigua atalaya, sí.

—¡Entonces a lo mejor tengo razón! Quizá el secreto de Ulysses Moore esté en uno de esos túneles. A lo mejor se esconde allí y de vez en cuando sale por la Puerta del Tiempo para ayudarnos a encontrar los indicios que necesitamos... ¡Sí! ¿Cómo no he caído antes?

—Pensaba que este asunto había quedado zanjado. El anterior propietario no puede hacer nada de lo que dices. Tienes que resignarte.

Jason frunció los labios, poco convencido.

—Sí, pero...

—Pero ¿qué? —lo reprendió Nestor—. ¿Todavía no te lo crees?

Jason creía lo que el jardinero le había contado sobre Ulysses Moore, sobre sus amigos, sobre las puertas y sobre los caballeros de Kilmore Cove. Pero había algo que no le convencía: tenía la sensación de que alguien le controlaba, de seguir un rastro que había dejado para ellos el antiguo dueño en persona.

—¿Y si no hubiera muerto? ¿Y si estuviera prisionero en algún sitio?

—No está prisionero. Jason, por favor. Hoy tenéis que encontrar a Peter Dedalus. Y no será fácil.

—Es verdad —asintió Jason, perplejo. Después volvió de nuevo a la carga con el tema que de verdad le interesaba y dijo—: Entonces nos queda solo la hipótesis del fantasma.

—¿Fantasma?

—A lo mejor en esta casa hay un fantasma que nos quiere ayudar. El fantasma de Ulysses Moore o... el de Penelope, claro.

—Creo que tendrías que tomar apuntes, Jason —le aconsejó Nestor resoplando—. Si no, no vas a poder acordarte de todas tus geniales intuiciones...

Julia apareció de repente por la puerta de la cocina y dijo:

—¡Ha desaparecido! —Jadeando, miró primero al jardinero y luego a su hermano—. ¡Ha desaparecido! ¡No está!

—¿Quién ha desaparecido? —preguntó Nestor.

—¡La guía turística de Kilmore Cove! —exclamó la chica tirando al suelo la mochila y sentándose a la mesa.

—¡No, no! —la reprendió Nestor, alargándole una toalla.

Mientras se lavaba las manos, Julia contó lo que le había pasado con Calypso.

—No puede ser una coincidencia —dijo Jason—. Alguien quiere impedir que descubramos la verdad sobre Kilmore Cove.

—¿Y quién puede ser?

—Está claro que Oblivia Newton no... —murmuró Nestor.

Los chicos le dirigieron una mirada interrogativa y él explicó:

—Calypso te ha dicho que quien ha comprado la guía es un hombre. Un desconocido.

—Tienes razón.

—¿Parecía asustada o preocupada?

Julia negó con la cabeza.

—No, para nada. Estaba muy tranquila. La que tenía miedo era yo.

Intentó describir el extraño escalofrío que había sentido al querer echar una ojeada dentro de la tienda. Como si en la librería hubiera alguien.

—¿Y quién era?

—No he dicho que en la librería hubiera alguien —puntualizó Julia—. He dicho que era como si hubiera alguien.

—¿Como un fantasma, por ejemplo?

—¡Oh, no, otra vez! —exclamó Nestor, desesperado.

Julia se sirvió el estofado mientras Jason le resumía sus últimas teorías:

—Al fin y al cabo no es tan absurdo. Ayer por la tarde fue el fantasma el que nos sugirió que buscáramos en Venecia y para llamarnos hizo que los batientes de la ventana de la torre entrechocaran con fuerza.

Julia lo recordaba perfectamente. Había oído un ruido, había subido a ver qué era y había encontrado en el centro del escritorio la maqueta de una góndola y un cuaderno. Después había salido corriendo a la calle para ver si había alguien en el tejado, pero no había visto a nadie.

El cuaderno negro que se había materializado como por arte de magia en mitad de la torre estaba ahora allí, ante sus propios ojos. Contenía los apuntes de un viaje a la Venecia del siglo XVIII escritos con la caligrafía menuda y casi ilegible de Ulysses Moore.

—¿En qué estás pensando, Jason? —preguntó Julia.

El chico le enseñó el *Manual de las criaturas espantosas*.

—Si hay un fantasma en la casa, puedo intentar atraparlo.

Un hombre surgió de entre las sombras de los estantes del fondo de la librería:

—Perdona por el ruido —susurró.

—No te preocupes —le contestó Calypso—. Ya se ha ido.

El hombre se arrimó a la pared, miró hacia fuera, a la plaza, a través del escaparate y suspiró.

—¿Y cómo estaba? ¿Tranquila?

—Pues no. Creo que se ha quedado un poco asustada. Yo le he contado lo que tú me habías dicho, pero ya sabes que no estoy de acuerdo con este tipo de cosas.

—Lo siento, pero era necesario. No puede distraerse. No en este momento... —El hombre sacó del bolsillo un ejemplar de un libro titulado *El viajero curioso. Pequeña guía de Kilmore Cove y alrededores*.

—Puede que tengas razón —sonrió la librera, dejando las llaves de la tienda en el mostrador—, pero, en mi opinión, lo único que has conseguido así es levantar sus sospechas.

—Dentro de la guía había una hoja...

—Creo que la cogió ayer, cuando encontró el libro.

—¿Sabes qué era?

—Tus apuntes. Tuyos o... de uno de tus amigos.

—No pronuncies ningún nombre, por favor.

La mujer rio con sorna:

—¿Y por qué? ¿Temes que alguien nos esté escuchando?

—Puede ser.

—Te estás volviendo paranoico.

—Puede ser. —El hombre miró de nuevo hacia fuera—. ¿Se habrá ido ya?

Calypso asintió; luego fue a la parte de atrás de la librería y se asomó a la calle:

—Está pedaleando a toda velocidad acantilado arriba. ¿Te apetece comer algo?

—El acantilado... Es peligroso —murmuró el hombre. Se volvió a meter la guía en el bolsillo—. No, gracias. Tengo que irme.

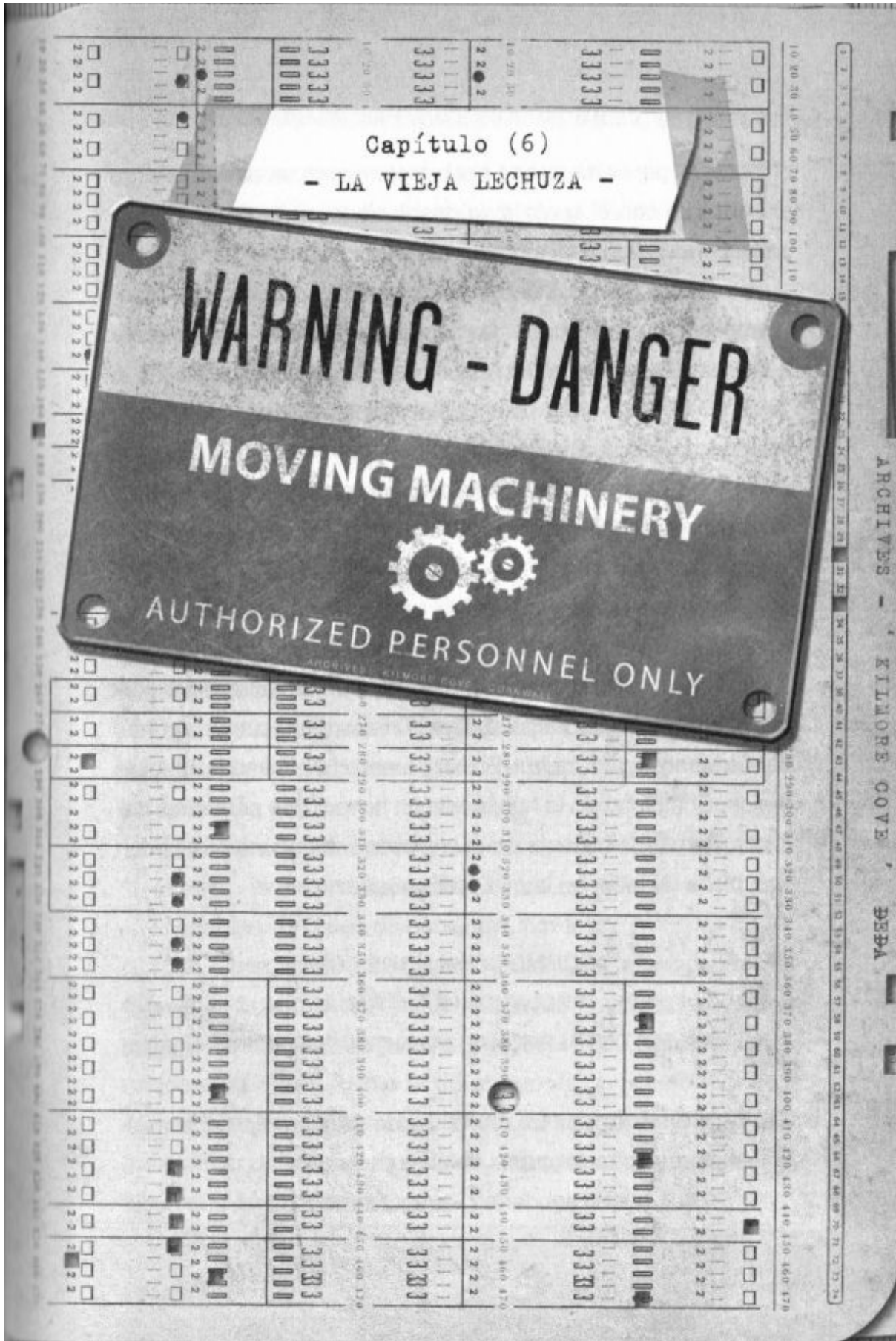
—¿Adónde?

—¡Qué curiosa eres, Calypso! Has sido siempre demasiado curiosa...

—¡Qué remedio! Tú nunca me cuentas nada. Siempre callado, siempre escondidas para...

Pero cuando llegó al escaparate, Calypso se dio cuenta de que en la librería ya no había nadie.

La campanilla que estaba sobre la puerta de entrada no había sonado.



Tras la pequeña puerta del ayuntamiento se abría un largo pasillo con el suelo algo desnivelado, al final del cual se entreveía un tenue resplandor eléctrico.

La puerta se cerró detrás del chico impulsada por un moderno brazo mecánico. Unas lámparas de neón francamente feas zumbaban en el techo como insectos atrapados en la miel. En el fondo del pasillo destacaba un enorme cuadro con un marco dorado. Rick estaba intentando distinguir los rasgos de la persona del retrato, ocultos por las sombras del tiempo, cuando oyó doblar las páginas de un periódico y una voz ronca que decía:

—Por aquí, por favor.

El chico se acercó al hombre, que estaba instalado delante de un enorme ventilador encendido, con un periódico de deportes doblado en las rodillas. Sobre la mesa destacaban algunas fichas blancas perforadas. En las paredes había varios cuadros viejos. Completaban la habitación un fichero con pequeños cajones, un par de butacas de cuero consumido y una puerta con una placa de latón en la que podía leerse:

ARCHIVO DE KILMORE COVE
PROHIBIDA LA ENTRADA
A LAS PERSONAS NO AUTORIZADAS

Del picaporte colgaba un cartel donde se advertía de la existencia de maquinaria en movimiento en la sala.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó el hombre.

Llevaba unos pantalones de lana gris que le llegaban al tobillo y una camisa de rayas finas, rojas y blancas. Sus largas patillas de bucanero se movían bajo el sople de aire fresco del ventilador.

Rick se presentó a Fred Duermevela y le dio la mano.

—El padre Phoenix me ha dicho que usted...

El chico le explicó lo que quería mientras Fred se atusaba cuidadosamente las patillas.

—¡Vaya! Parece interesante. Habrá que realizar algunas gestiones... Fírmame este folio, por favor.

Para llegar al tablero de la mesa, Rick tuvo que ponerse de puntillas.

—Y exactamente, ¿qué es lo que quieres saber de la familia Moore? —preguntó Fred Duermevela, cogiendo el folio firmado y acercándose al fichero.

Pasó por alto unos cuantos cajones y después abrió un par de ellos, sacó una decena de fichas perforadas y las miró a contraluz.

—Perfectas. Estas deberían de ser perfectas. ¿Entonces?

—Pues... exactamente, no sé. Decida usted.

—Muy bien. Un poco de paciencia, por favor.

Fred Duermevela desapareció dentro del archivo. Rick le oyó silbar. Luego el silbido quedó ahogado por el ruido de una especie de máquina de escribir gigante, al que siguieron otros ruidos chirriantes, como el de un montacargas en marcha. A medida que pasaban los minutos, el silbido de Fred se iba transformando en una especie de jadeo ronco, intercalado con algún que otro exabrupto.

Rick era demasiado curioso para no echar una ojeada. Atravesó la habitación y se asomó por la rendija de la puerta del archivo, que estaba entreabierta.

Lo que vio le dejó de piedra: toda la sala estaba ocupada por una máquina metálica llena de palancas, manivelas, pulsadores, tubos y planos inclinados.

Fred Duermevela introducía las fichas perforadas que había sacado del fichero en una especie de hendidura que se las iba tragando con un sorbo brusco.

—¡Ah, claro! —exclamó en un momento determinado el funcionario, empezando a silbar de nuevo. Una cinta transportadora le entregó unos folios con la tinta todavía fresca.

Rick se alejó corriendo, al ver que Fred Duermevela se encaminaba hacia la puerta.

—¡Aquí está! —exclamó el hombre agitando los folios delante del ventilador para que se secan—. ¿Has visto qué maravilla? En menos de cinco minutos la Vieja Lechuza ha escupido lo mejor de nuestros archivos.

Volvió a colocar las fichas perforadas en el fichero y entregó a Rick el resultado de sus pesquisas.

—Y se atreven a llamarme Duermevela...

Rick echó una rápida ojeada a los folios que tenía entre las manos: era una larga lista con todos los antepasados de la familia Moore, que se remontaba varios siglos atrás. Conteniendo la respiración, se apresuró a leer los dos nombres que le interesaban.

*Ayuntamiento de Kilmore Cove
Archivo del Registro de la población, Archivo del Censo
y muchos otros archivos*

1) Moore, Ulysses, nacido en Edimburgo (Inglaterra). 63 años. Casado con Sauri Penelope, presuntamente fallecido (muerte accidental por caída desde el acantilado de Salton Cliff)

2) Moore, Sauri, Penelope, nacida en Venecia (Italia). 57 años. Casada con Moore Ulysses, presuntamente fallecida (muerte accidental por caída desde el acantilado de Salton Cliff)

Estado de familia: en espera de la declaración oficial de defunción

Herederos u otros parientes hasta el sexto grado: ninguno

Albacea testamentario: Nestor Mac Douglas

Fred Duermevela miró de reojo por encima del hombro de Rick.

—Hay que tener mucho cuidado con ese acantilado —comentó.

Después le explicó por qué estaba escrito: «En espera de la declaración oficial de defunción»:

—Es una cuestión legal. Cuando no se encuentra el cuerpo de una persona, tienen que pasar al menos diez años desde el día de su desaparición para declararla oficialmente fallecida.

—¿No encontraron sus cuerpos?

—Se los tragó el mar.

—Así que técnicamente... no están muertos, ¿verdad?

—Digamos que nuestro archivo es muy escrupuloso pero... Salton Cliff es un acantilado que no perdona. Las corrientes los habrían arrastrado hasta alta mar y allí habrían sido pasto de los peces. Una triste historia.

Rick pensó en su padre y en las fuertes corrientes marinas. Después pensó en Manfred, que había caído rodando por el mismo acantilado y había logrado sobrevivir.

—Quizá el mar también se equivoque alguna vez.

—¡Ah, por supuesto! ¡No es como mi Vieja Lechuza! En los treinta años que llevo aquí no ha cometido ni un solo error si exceptuamos, claro, la manera en que imprime la letra «d». Aunque creo que eso en realidad es como una especie de firma.

—¿Cómo?

—Es una de las últimas máquinas que construyó Peter Dedalus antes de irse. ¿Te acuerdas de Peter? El relojero que desapareció hace unos años sin dejar rastro...

Por un instante Rick se quedó sin respiración.

—¿Quiere decir que en el archivo de Kilmore Cove hay una máquina inventada por Peter?

—¡La Vieja Lechuza! Clasifica todos los fascículos en los archivos y localiza los expedientes sin que se pierda ni un folio. Una verdadera joya de la mecánica y la imprenta a la manera tradicional. ¡Donde esté ella, que se quiten los ordenadores y demás inventos electrónicos! La Vieja Lechuza tiene solo engranajes y muelles y funciona incluso en la oscuridad, sin luz.

Rick miró con respeto reverencial los folios que sujetaba con fuerza entre las manos y preguntó:

—Entonces, ¿podríamos buscar algo más?

A la oficina llegó el eco del tañido de las campanas de Saint Jacobs, atenuado por la distancia.

—Hum... En realidad, tendría que cerrar, pero... puedo hacer una excepción, siempre que sea algo rápido. ¿Qué quieres buscar?

—A Peter Dedalus —respondió Rick sonriendo.



Julia miró a su hermano con recelo.

—¿Crees que es el momento de ponerte a hacer esto? —preguntó—. Dentro de nada tenemos que irnos.

—Casi he acabado —respondió Jason muy serio—. Estoy haciendo lo que pone en la página sesenta y cinco.

Por un momento Julia pensó controlar el manual para ver si de verdad ponía que había que embadurnar con clara de huevo las puertas de la casa y esparcir harina por todo el pasillo. Después decidió detener a su hermano con un método más directo:

—Mamá se pondrá furiosa.

Jason negó con la cabeza.

—Ni se enterará. Volveremos antes que ella, así que podremos quitar las trampas antes de que pueda darse cuenta.

«Trampas para fantasmas», añadió mentalmente Julia. Eso era lo que estaba colocando Jason por toda la casa.

—¿Y Nestor? ¿Qué dirá Nestor?

—No te preocupes. Está de acuerdo.

Jason acabó de embadurnar la puerta del baño; después se acercó a su hermana y le arrancó un pelo.

—¡Ay! ¿Qué haces?

—Me hace falta uno largo —explicó él. Pegó el pelo de Julia entre las jambas de la puerta untadas de clara de huevo y contempló satisfecho su obra —: ¡Perfecto! ¡Una trampa para fantasmas perfecta!

—Jason... yo creo que...

—¡Quieta! Si no, ¡no conseguiremos tomarle las huellas!

Le indicó la sutil capa de harina del suelo, en la que según el *Manual de las criaturas espantosas* habrían quedado egregiamente estampadas las «huellas» del fantasma.

—Pero ¡bueno...! ¡Ya vale! Haz lo que quieras —estalló Julia, saltando por encima de la harina—. Pero baja enseguida. En cuanto llegue Rick, nos vamos.

—¿Me dejarías solo un par de pelos más?

Rick llegó a Villa Argo pocos minutos después, quitó de la bici el reloj que le había regalado su padre y fue directamente a donde estaba Julia. La chica estaba mirando fijamente con el ceño fruncido las escalerillas que descendían hasta el mar.

—¿Estás bien?

Julia se dio la vuelta. Le gustaba que Rick se preocupara por ella.

—Jason está en el piso de arriba montando trampas *para fantasmas* —dijo con tono distante—. Ahora que se ha convencido finalmente de que el anterior propietario ha muerto, está seguro de que por la casa sigue vagando su fantasma o el de Penelope.

—Hum... interesante —respondió Rick.

Julia le abrió camino hasta la veranda, donde pasaron por delante de la estatua de la pescadora remendando redes. Por los ventanales se filtraba una agradable calidez. Si no hubieran tenido que viajar a través de varios siglos de historia, habría sido una jornada ideal para darse un chapuzón en la playa.

—Quién sabe qué tiempo hará en Venecia —murmuró Rick.

—Quién sabe si lograremos llegar a Venecia —añadió Julia.

—Otra cuestión interesante.

En la cocina la chica le enseñó a Rick lo que habían encontrado en el baúl y le sirvió su porción de estofado.

—Se ha quedado un poco frío, pero...

—No te preocupes. Así está bien. ¡Buenos días, Nestor!

—Hola, Rick.

—He descubierto hace poco que te llamas Mac Douglas...

—Muy bien. —El viejo jardinero fue hasta la pila para llenar una regadera verde esmeralda y después salió sin decir palabra.

—¿Qué le pasa? ¿Está enfadado?

Julia se encogió de hombros.

—Creo que no está del todo conforme con lo que Jason está haciendo arriba: para atrapar fantasmas pega pelos en las puertas, espolvorea los espejos con mina de lápiz machacada...

—¿Mina de lápiz?

—Según el manual de Jason, si un fantasma se mira en un espejo con mina de lápiz en polvo, deja estampada su imagen, así que ha machacado las minas de todos los lapiceros de la casa y ha empezado a esparcir el polvo en el espejo del estudio de Ulysses Moore.

—Hablando de Ulysses Moore: he averiguado algunas cosas interesantes en el pueblo... —Rick le enseñó a Julia los folios que le había dado Fred Duermevela y le explicó cómo los había conseguido—. El primero es la lista de sus antepasados. A lo mejor valdría la pena compararla con los retratos que están colgados en la escalera. El segundo contiene el resultado de una búsqueda sobre Peter Dedalus que le he pedido a Fred Duermevela.

—¿Qué significa?

—Es lo que nos hemos preguntado Fred y yo.

En el folio concerniente a Peter Dedalus había escrito:

Lo sentimos, pero esta máquina carece de autorización para proporcionar información sobre la persona que están buscando. Si desean ponerse en contacto con ella, tienen que usar la llave correcta y escribir «DEDA». Para no cometer más errores imperdonables, recuerden que la llave correcta no está en la parte inferior.

—Fred Duermevela y yo hemos intentado escribir «DEDA» en lugar de «DEDALUS», pero... —explicó Rick— no hemos conseguido nada más.

Subieron al piso de arriba para poner al corriente a Jason de los resultados de las pesquisas. Rick les refirió también a los gemelos lo del panteón, o sea, lo del sepulcro familiar situado en la cima de la colina donde estaban enterrados todos los Moore.

—Me gustaría ir a comprobar si ese panteón existe de verdad, pero...

—La misión de Venecia es más urgente —concluyó Julia por él, lanzando una mirada amenazadora a su hermano—. Y no admite más demoras.

El trío bajó a despedirse de Nestor, recogió los pertrechos que habían dejado preparados en la cocina y controló que todo estuviera listo para el viaje.

Julia sacó del bolsillo del pantalón las cuatro llaves de la Puerta del Tiempo y dijo:

—Como caballeros de Kilmore Cove... ¡no nos queda más que ponernos en marcha!

Clac. Clac. Clac. Clac.

Las cuatro llaves abrieron las cerraduras de la Puerta del Tiempo, rayada y ennegrecida por los años.

Al otro lado del umbral hacía casi frío.

Jason dio el primer paso. Para iluminar el pasadizo que conducía a la habitación circular, esta vez en lugar de cabos de vela usó una linterna.

—¿Habrá entrado alguna vez un haz de luz aquí dentro? —se preguntó Rick, siguiéndolo con la mochila y la cuerda.

Julia entró en último lugar, sin decir palabra. Se dio media vuelta para despedirse de Nestor, que le dirigió una sonrisa de ánimo.

—Tened cuidado, ¿vale?

—Vale —le respondió la chica.

—Y si no encontráis a Peter, no os preocupéis y volved enseguida a casa.

—De acuerdo.

Jason se detuvo en el centro de la habitación. Había cuatro salidas que daban a cuatro corredores. Una llevaba de nuevo a Villa Argo. Otra conducía abajo. Las otras dos, como decía el mensaje del pergamino que habían encontrado con las cuatro llaves, a la muerte.

—«De cuatro irán a la muerte dos y abajo conduce, de cuatro, una...» — repitió Jason, mientras un escalofrío le recorría la espalda.

La luz eléctrica hendió la oscuridad iluminando los macizos arquivitrabes de piedra esculpidos con siluetas de animales: peces, luciérnagas, toros y, encima de la salida que llevaba de nuevo a Villa Argo, albatros.

A espaldas de los tres amigos, Nestor, desde el umbral, los llamó por última vez:

—¡La música, chicos! ¡Recordad que Peter Dedalus estaba loco por la música! Quizá pueda resultaros útil... ¿Chicos? ¿Me oís?

Pero Rick, Jason y Julia no pudieron contestarle. Una violenta corriente de aire descendió por las escaleras de Villa Argo y arrolló a Nestor, arrojándolo casi al suelo. El jardinero soltó la puerta para no caerse.

Y, con un golpe sordo, la Puerta del Tiempo se cerró.



Jason se paró en seco.
—¿Qué has dicho? —preguntó a su hermana.

—Yo no he dicho nada.

—Yo tampoco.

El chico se encogió de hombros y prosiguió.

Julia, Jason y Rick afrontaron su segundo descenso a la gruta casi en silencio. Los tres recordaban perfectamente lo que había pasado hacía dos días en esos mismos peldaños, cuando las velas que llevaban consigo amenazaron con apagarse y dejarlos sumidos en la oscuridad para siempre. Bajaron la escalera resbaladiza, se deslizaron bajo las piedras que se habían derrumbado obstruyendo parte del pasadizo y saltaron por encima de la alcantarilla en la que Jason había dejado caer las bolitas de tierra-luz. Llegaron así a la habitación del tobogán.

Rick, pensando de nuevo en lo que había pasado la otra vez, preguntó:

—¿Lo hemos traído?

—Claro. —Julia le enseñó el ejemplar medio roto del *Diccionario de las lenguas olvidadas*. Después se acercó al hueco del tobogán y, como la vez anterior, se dejó caer la primera, seguida inmediatamente de su hermano y de Rick.

En un instante se encontraron los tres juntos en la gruta subterránea.

De día y sin los millares de luciérnagas que la iluminaban, la gruta tenía un aspecto distinto de la primera vez. Del techo descendían saetas de luz que dibujaban círculos luminosos sobre la playa, una especie de selva de minúsculas columnas que sostenían la bóveda de la gruta. Las paredes de roca se curvaban sobre ellas como una cúpula, a lo largo de cuyas nervaduras Jason arrojaba el haz de luz de su linterna.

Oyeron rodar una piedra a sus espaldas. Después reinó el silencio.

—Es todavía más bonita de como la recordaba... —murmuró Julia, mientras el corazón le latía con fuerza.

La *Metis* había regresado al lado del espejo de mar donde se encontraban ellos ahora y descansaba plácidamente, amarrada al muelle de madera. El airoso casco de líneas geométricas y antiguas cabeceaba dulcemente en el agua.

Los chicos se acercaron al puente. Del palo mayor colgaban aún las sogas a las que Rick se había agarrado con todas sus fuerzas para no caerse por la borda y los remos seguían estando también donde Julia y él los habían dejado.

Julia acarició las letras griegas que formaban el nombre de la nave; después miró a sus amigos:

—¿Subimos?

Arrojaron las mochilas dentro y saltaron a bordo. Como la vez anterior, se dirigieron al único camarote de la nave, donde encontraron sus viejas ropas.

Rick se agachó para tocarlas. Estaban secas. Decidieron meterlas en un baúl y dejar las mochilas cerca.

En la mesa del camarote había un libro cerrado.

—El cuaderno de bitácora del último capitán de la nave... —murmuró Rick, mirando el libro de piel negra con renovados ojos.

—Del penúltimo capitán, querrás decir —bromeó Jason.

Cogió un bolígrafo de la mochila y escribió su nombre en la primera página en blanco del diario. «Yo, Jason Covenant, junto con mi hermana Julia y mi amigo Rick Banner, tomo de nuevo posesión de la *Metis*. Es hora de hacerse de nuevo a la mar. Es hora de volver a emprender viaje.»

Los chicos fueron al cabrestante y levaron anclas.

La *Metis* empezó a alejarse del embarcadero; después se quedó inmóvil sobre el mar del tiempo, a la espera de conocer su destino.

Al otro lado del espejo de agua, en lo alto de la angosta escalera incrustada de algas y conchas, se entreveía la puerta cerrada, coronada por el arquitrabe de piedra.

—¿Y ahora qué hacemos, Jason? —preguntó Julia—. ¿Tenemos que coger los remos?

—Creo que no... —murmuró el joven capitán. Sacó del bolsillo del pantalón el cuaderno de Ulysses Moore, lo abrió por una página al azar y leyó —: «... al igual que los restantes edificios, está construido sobre miles de tablas de encina hundidas en el fango. Es el fango el que protege las tablas de la erosión del agua y de los parásitos. En la placita del mercado hay también un «jorobado» que trae buena suerte. Desde allí se pueden ver las góndolas deslizándose por el Canal Grande. Las damas pasean ataviadas con sus miriñaques...» —Después, dando un largo suspiro, volvió a meterse el cuaderno en el bolsillo y cogió el timón—. Venecia, siglo dieciocho —dijo.

Y cerró los ojos.

Los abrió poco después, o creyó abrirlos, cuando el viento comenzó a girar formando un remolino en torno a la nave. La *Metis* se había movido, poniendo proa hacia la otra orilla.

—¡Jason! —gritó Julia cuando el viento arreció.

Las linternas de los chicos brillaron; después se encendieron y se apagaron. El viento soplaba cada vez más fuerte y un golpe de mar azotó la cubierta. La cámara fotográfica se rompió en mil pedazos.

—¡Jason! —gritó de nuevo su hermana, refugiándose en los brazos de Rick.

El chico contemplaba fascinado cómo los elementos de la gruta se mezclaban unos con otros, como en el lienzo de un pintor: las columnas de luz se iban haciendo fluidas y líquidas, el agua del mar vaporosa como el viento, mientras este último soplaba recio como una roca.

La proa de la *Metis* se alzó y se hundió en el mar, cortándolo de arriba abajo.

—¡Adelante! —gritó Rick dándose la vuelta para mirar a Jason.

Pero Jason veía solo el mar. Y no el pequeño espejo de agua de la gruta, sino un mar infinito sobre el que se cernían negras nubes borrascosas. Un mar donde el sol salía y se ponía en el mismo instante, donde los colores cambiaban continuamente. Un mar poblado por inmensas criaturas que buscaban misterios en las profundidades. El mar del principio de los tiempos. El mar que cantaba.

Jason aferró el timón con fuerza y comprendió que era parte de ese canto. Comprendió que ese canto se había diluido en el agua y que con el agua había entrado en todas las criaturas vivientes, que lo reconocían instintivamente como una llamada. La llamada del mar.

Y entonces vio otras naves cruzarse en su rumbo y otras personas que, erguidas en el puente de sus embarcaciones, lo saludaban solemnemente.

Después las naves que vio, o creyó ver, se alejaron lanzando destellos plateados, y cuando Jason abrió los ojos había llegado ya al otro lado.

Los lunes por la tarde en la peluquería de Kilmore Cove siempre se formaba cierto revuelo. Los dos letreros de Gwendaline Mainoff entrechocaban entre sí movidos por una suave brisa, mientras adentro algunas señoras del pueblo, cómodamente sentadas en sus respectivos sillones, charlaban animadamente.

—¿Habéis oído? —exclamó de repente miss Biggles, que se encontraba a sus anchas entre las manos de la peluquera—. ¡Dicen que ha llegado gente

nueva al pueblo!

—¿De verdad? —dijo Gwendaline. La chica intuyó que la señora tenía ganas de charla y bajó el aire caliente del secador—. ¿Se refiere a la familia de Londres?

—¡Oh, no! Esos llegaron la semana pasada. Me refiero al hombre que ha llegado hoy mismo. O eso me han dicho.

—¿Hoy mismo? —atronó con su voz la segunda clienta del salón de belleza, intentando descollar por encima del zumbido de su secador de casco para la permanente. Era la señora Bowen, la quisquillosa mujer del médico del pueblo—. ¿Quién? ¿Quién ha llegado al pueblo?

—¡Bah! —resopló miss Biggles, alzando los ojos al cielo—. Pero ¿de verdad no sabéis nada?

—Pues yo algo he oído... —dijo Gwendaline regulando la posición del cuello de miss Biggles delante del espejo—. ¿Es posible que el recién llegado se aloje en el Windy Inn?

—¿En ese viejo hotel apestoso? —cacareó Edna Bowen, levantando el borde del secador de casco, lo que hacía que pareciera una astronauta—. ¡Pues pobrecillo! No tardará en poner pies en polvorosa.

—A mí me han dicho que es un hombre muy guapo. Alto, elegante, con una gorra escocesa.

—¡Esperemos que sea también joven! —bromeó Gwendaline, haciendo sonreír a las dos mujeres maliciosamente.

Sin embargo, el tema se reveló demasiado interesante para liquidarlo con una broma. Las tres mujeres se contaron todo lo que sabían, colmando las lagunas con un poco de sentido común y fantasía. Después de un cuarto de hora de animada conversación, establecieron que el misterioso recién llegado había venido en un coche muy grande, quizá uno de esos pickup americanos.

—¡No me digas! —exclamó la señora Bowen, dirigiéndose con tono sarcástico a miss Biggles, que según ella ni siquiera sabía qué era un coche americano—. Pues no me lo parece. No he visto ningún *pikkup* en el pueblo. ¿Y tú, Gwendaline?

Hacía dos noches la peluquera había visto un cochazo deportivo, grande y negro, aparcado justo delante de la casa de miss Biggles.

Cleopatra Biggles dijo con una risa cristalina.

—¡Oh, sí! Puede ser. Habrá sido el del chófer de la señorita Newton. Vino a verme hace un par de días...

—Ah, ¿sí? ¿Y se puede saber por qué la señorita Newton habría venido a verte?

—¿Sabes que no me acuerdo? —respondió miss Biggles cándidamente—. Era muy tarde. Además, estaba lloviendo y Marco Aurelio estaba tan nervioso... ¡Pobrecito mío! Lo pasa muy mal cuando hay tormenta.

Las tres se pusieron a charlar de nuevo por los codos hasta que entró en la peluquería una tercera clienta.

—¡Qué mañanita, con esos chicos! ¿Puedes cogermme, Gwen? —preguntó la maestra Stella.

Gwendaline echó una ojeada al reloj y suspiró. Con tantas señoras con ganas de charlar no iba a poder cerrar.

—Claro, claro, miss Stella. Siéntese aquí.

—Estupendo.

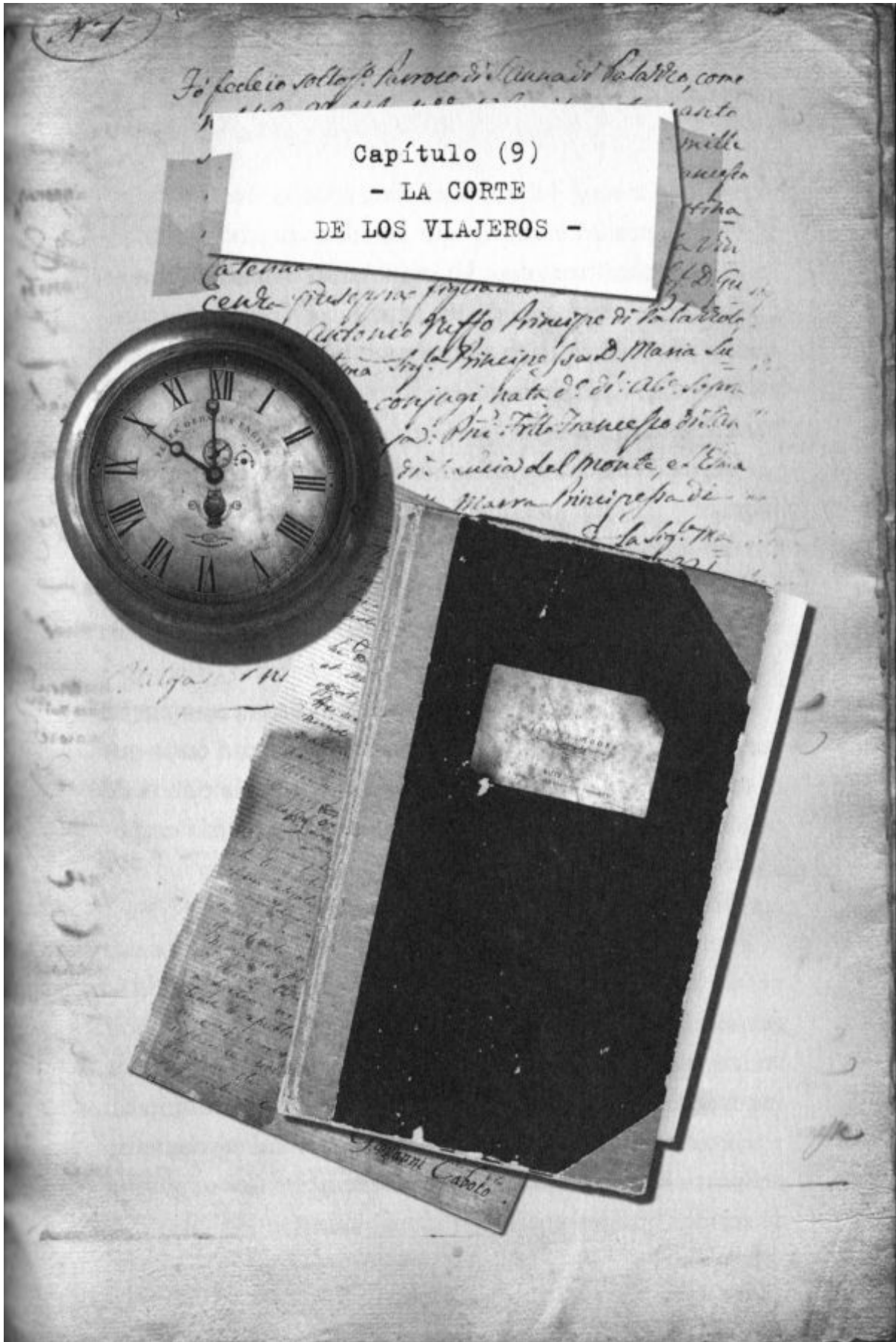
—Stella, ¿has oído hablar del hombre que acaba de llegar a Kilmore Cove? —le espetó a bocajarro la señora Bowen antes de que las otras pudieran pisarle la noticia.

La maestra se sentó a su lado.

—No, ¿quién?

Miss Biggles intervino, rauda:

—Dicen que tiene un cochazo enorme...



Rick, Jason y Julia descendieron de la *Metis* y subieron por las escaleras que conducían a la puerta coronada por tres tortugas. La empujaron y se encontraron en una casa, en medio de un patio silencioso con un pequeño pozo. Al patio se asomaba un pórtico con pequeñas arcadas al que podía llegarse por una escalera de piedra sin barandilla.

—¿Qué os parece? ¿Hemos llegado a Venecia? —preguntó Julia.

—Yo creo que... sí —murmuró Rick.

Los chicos permanecieron durante unos instantes junto a la Puerta del Tiempo para controlar si en el patio había alguien. Pero no vieron un alma.

A sus espaldas, la Puerta del Tiempo parecía una puerta cualquiera, disimulada tras una arcada de piedra en la que destacaba un medallón medio roto. Podía ser la puerta de una bodega o de un almacén. Rick intentó abrirla empujando y esta no opuso resistencia.

—Volver podemos volver... —comentó.

Fueron hasta el pozo y echaron una ojeada dentro a través de la rejilla metálica que lo cubría. Después, cuando se familiarizaron con el nuevo ambiente, empezaron a percibir los ruidos que procedían del exterior: una algarabía de voces lejanas y el sonido solemne del mar que se agitaba.

Decidieron subir las escaleras y llegaron al primer piso del pórtico. Desde allí, pudieron contemplar una extensión de tejados que terminaba en el mar abierto.

La casa parecía deshabitada desde hacía mucho tiempo.

Julia se dirigió al balcón que estaba al final de la galería, se asomó y lanzó un chillido de sorpresa. Estaba sobre un gran canal surcado por naves de madera brillante con enormes velas de los colores más variopintos. Filas de remeros alzaban y bajaban sus palos de madera hundiéndolos en el agua y los gondoleros empujaban rítmicamente sus negras embarcaciones. Al otro lado del canal, en una isla verde, se recortaban contra el horizonte cúpulas y campanarios. Bajo el balcón, dos larguísimos márgenes de piedra blanca poblados de gente se extendían en ambas direcciones. A poca distancia de la casa dos mendigos hacían bailar a un perro saltarín al son de un pífano.

—¡Qué espectáculo! —exclamó Rick.

—¡Qué pena que nuestra cámara fotográfica no haya sobrevivido al viaje! —observó Julia.

Jason sonreía complacido. Había logrado llevar la *Metis* exactamente a donde quería.

—Ahora solo nos falta saber en qué parte de Venecia estamos... —dijo Rick.

Los chicos se pusieron las capas y bajaron al patio. Levantaron las trancas que cerraban por dentro la enorme puerta de entrada y salieron. A pesar del sol, el aire era fresco y pequeñas nubes doradas embellecían el cielo por doquier.

Se dieron la vuelta. Vista desde fuera, la casa no parecía completamente abandonada.

Una ajada bandera inglesa estaba izada sobre la puerta de entrada.

—«Casa de los Caboto, exploradores...» —leyó Jason en el cuaderno de Ulysses Moore—. «Giovanni y su hijo Sebastiano viajaron al servicio del rey de Inglaterra en busca de una nueva ruta para llegar a la China...»

—Esto explica la bandera —dijo Julia a Rick.

—«Descubrieron la isla de Terranova y Canadá. De Giovanni se perdió el rastro durante una expedición que tocó la península del Labrador. Desapareció quién sabe dónde...»

—Igual que Ulysses Moore, añadiría yo.

—«Y como las cosas tampoco le fueron mejor a Sebastiano, se empezó a pensar que la familia era portadora de desgracias.»

—Y esto explica la casa abandonada.

Los chicos se fijaron en que los viandantes, al pasar por delante de casa Caboto, intentaban mantenerse lo más lejos posible.

Los márgenes del canal, en cualquier caso, estaban muy concurridos. Había hombres que transportaban cestos de mimbre repletos de pescado, fruta y jengibre. Había pollos y aves cantoras. Había figuras enmascaradas y otras que caminaban más tiesas que un palo, haciendo gala de un derroche de puntillas y encajes blancos.

Jason extendió el plano de Venecia sobre el empedrado blanco de la orilla para intentar descubrir en qué punto de la ciudad se encontraban. Identificaron casa Caboto a orillas del canal Castello, a poca distancia del Arsenal, el gran astillero en el que Venecia construía sus naves. A su derecha quedaba, pues, la plaza principal de la ciudad, la plaza de San Marcos, de la que veían sobresalir la cúpula y el campanario. Y a la izquierda, el muelle de Venecia, la puerta del mar.

—Si existe el centro de esta ciudad... está por este lado —decidió Jason.

—¿Será ese el lugar más adecuado para buscar a un relojero?

—¿Por qué no le preguntamos a alguien? —propuso Julia—. A alguien que pase por la calle o a uno de esos dos mendigos con el perro.

—¿Y qué les preguntamos? ¿Sabe usted dónde vive Peter Dedalus?

—Para empezar —dijo Julia—, podríamos preguntarles si en la ciudad hay algún relojero.

—¡Eh! —exclamó Rick, sacando su reloj de la mochila—. ¡Funciona!

—¿Cómo es posible? El mío está parado como la otra vez —comentó Julia.

—¡Evidentemente, los relojes de Peter están fabricados para poder viajar a través del tiempo! —explicó Rick mientras contemplaba admirado las manecillas ahusadas que se movían sobre el cuadrante con la lechuza blanca en el centro.

—¡Venga ya! —dijo Jason sarcástico—. Y te lo ha vendido aposta, ¿verdad?

—¡Oh, es muy bonito! —exclamó en ese momento una voz a sus espaldas que le hizo pegar un brinco—. ¡Precioso!

Era uno de los dos mendigos del perro, un joven alto y apuesto, con los ojos tan azules que parecían casi transparentes, el pelo largo recogido bajo un pañuelo de colores y la ropa vieja, raída y con los bolsillos deshilachados.

—Un precioso objeto de gran valor —insistió mostrando una sonrisa en la que faltaban bastantes dientes.

Rick se apresuró a esconder el reloj en la mochila, mientras que Julia le preguntó al joven:

—¿Podemos preguntarte una cosa?

El mendigo dio un paso atrás e hizo una divertida reverencia.

—¡Naturalmente, mi querida señorita! Don Diego Valente, para servirte.

—Magnífico. Nosotros estamos buscando... hummm... a un relojero.

—¿Qué?

—Un relojero, ¿sabes? —intervino Jason—. Fabricantes de relojes como ese tan bonito que has visto antes. Horas. Minutos. Tictac.

—¡Oh, naturalmente! —exclamó el mendigo—. Relojes, máquinas del tiempo. Por supuesto, amigo mío. Venecia está llena de máquinas del tiempo.

—¿Y dónde podemos encontrar uno?

—¡Seguidme! —ordenó el mendigo mientras se dirigía hasta donde estaba su compañera con el perro saltarín—. ¡Dieguita! —la llamó. Acto seguido, le gritó algo en un dialecto incomprensible.

Dieguita era una joven alta y de complexión fuerte, cuyos rasgos quedaban ocultos por la suciedad y poco realzados por los harapos que llevaba. Además, despedía un olor pestilente.

Cuando la joven dejó de tocar el pífano, el perrito ladró de alegría. Era un chucho de pelo marrón e hirsuto. Los mendigos le habían atado varias

campanillas y un cucurucho de tela roja, de lo que evidentemente el animal se avergonzaba muchísimo.

—¡Dieguita! Estos amigos están buscando una tienda de máquinas del tiempo. ¡Dieguita! ¿Me has oído?

Dieguita no solo había oído, sino que también parecía molesta por el tono de su compañero. Entre los dos estalló una acalorada discusión, tras la cual los dos mendigos indicaron la orilla que conducía a la plaza de San Marcos.

—Primero, seguid todo recto —explicó Dieguita—. Luego pasad cerca de las columnas, no entre ellas, que trae mala suerte, y llegad hasta la plaza de San Marcos. Una vez allí, observad la torre. Hay una máquina del tiempo grande y muy moderna. ¡Estoy segura de que os gustará!

Don Diego Valente la interrumpió.

—Pero, Dieguita, amor mío, ¿están buscando relojerías!

La joven se enfureció por segunda vez:

—Y mientras buscan las relojerías, ¿no pueden ver también la gran máquina del tiempo?

Los dos volvieron a enzarzarse en una nueva discusión, tras la cual Don Diego prosiguió:

—En la plaza de San Marcos, preguntad por el puente de Rialto y por la rúa de los Relojeros: allí encontraréis todas las máquinas del tiempo que queráis.

—¡Estupendo! —dijo Julia. El perrito se había acercado y ella había empezado a acariciarlo por detrás de las orejas—. ¡Gracias!

—¡Diogo, Diogo! ¡Ven aquí enseguida!

Los chicos se alejaron unos pasos.

—¿Has visto? —añadió Julia, dirigiéndose a su hermano—. Ahora sabemos adónde tenemos que ir.

—Sí, exactamente a donde quería ir yo.

—Lávate las manos en cuanto puedas —le aconsejó Rick—. Ese perro tendrá por lo menos trescientas enfermedades.

Los cascos de mil naves abarrotaban el brazo de mar y se zambullían después en el Canal Grande, una cinta de agua que atravesaba toda la ciudad. A la altura del canal Tana, Jason, Julia y Rick subieron por un puente movedizo y se quedaron ensimismados contemplando una góndola que se deslizaba ligera junto a ellos y se dirigía hacia un canal interno. El sol bañaba los esmaltes, columnas y dorados y creaba una atmósfera de ensueño.

—Quién sabe si hoy es también así... —dijo Rick mirando a su alrededor. Sumido cada uno en sus propios pensamientos, Rick y Julia bajaron por el otro lado del puente, mientras que Jason se paró en seco y se quedó atrás.

—¿Jason? ¿No vienes?

—Han desaparecido —gritó él, asustado—. ¡Los mendigos han desaparecido!

Julia volvió al centro del puente.

—Se habrán ido a otro sitio...

—¿He cerrado la puerta de la casa? —preguntó Jason—. Yo he salido el último. He cerrado la puerta de la casa, ¿verdad? —repitió.

—Oh, porras.

Rick abrió los ojos de par en par.

—No, creo que no, pero... ¿Quieres decir que...?

Los tres salieron corriendo hacia casa Caboto sin decir palabra. Llegaron hasta la puerta de entrada con la bandera inglesa y entraron en el patio.

—No me lo puedo creer... —gimió Jason, desesperado. El perrito Diogo corrió hacia él moviendo la cola—. Dime que están aquí todavía... —murmuró después—. Que están arriba...

Julia se agachó para acariciar al perro saltarín.

—¿Dónde están tus dueños, eh? ¿Dónde están?

—¡No están! —exclamó Rick un instante después de haber dado toda la vuelta al patio.

El perrito se soltó del abrazo de Julia y se dirigió con decisión hacia la arcada que ocultaba la Puerta del Tiempo.

—No, no, no... No quiero saberlo... —murmuró Jason—. ¡Se han ido a Kilmore Cove!



Capítulo (10)
- SEPARACIONES -

ARCHIVES - KILMORE COVE - BBBA

Nestor se sentía cansado y preocupado al mismo tiempo. Subió las escaleras y se detuvo ante la puerta de la torre, completamente espolvoreada con mina de lápiz. Una sombra se reflejó en el espejo.

—Los chicos están en Venecia. Tenía que ser así —murmuró el jardinero, entrecerrando la puerta—. Son solo unos chiquillos, pero son valientes y podrían lograr localizar a Peter. Al fin y al cabo han conseguido abrir la puerta de su taller, algo que ninguno de nosotros había conseguido... Antes de que ella derribara la pared posterior, claro. En cualquier caso, no podíamos contar con nadie más. Todos los demás o han muerto, o han desaparecido, o se han ido. —Nestor tosió—. Pero a lo mejor me equivoco... A lo mejor no tiene sentido buscar a Peter —saltó después, moviendo la cabeza—. ¿Cuál será el secreto que no ha querido revelar a Oblivia? ¿Será aún esa vieja historia de la Primera Llave? Es solo una leyenda, pero ¿qué otro secreto podía ser tan importante para que escapara así, sin conservar siquiera la llave del león?

El viejo jardinero volvió a pensar en el día en que la llave del león había llegado a la oficina de correos en una cajita.

Se rascó la barbilla, meditabundo.

—Hay una cosa, sin embargo, que les podía haber dicho... La antigua casa de...

En ese momento en el piso de arriba se oyó un ruido seco, como un portazo.

—¿Qué pasa, Dieguita? —exclamó una voz desconocida al final de la escalera.

Nestor se quedó rígido. Una corriente de aire le envolvió los tobillos. La ventana de la habitación de la torre se abrió de golpe.

—¿Diego? ¿Estamos soñando? —exclamó una voz femenina.

Nestor, sobrecogido de terror, buscó algo para defenderse. Agarró un bastón de paseo que sobresalía de un paragüero situado en un rincón y empezó a bajar las escaleras, cojeando.

Bajó. Y siguió bajando.

(...)

—Ante todo, razonemos —exhortó Rick a los otros dos—. Gritar no sirve de nada.

—¡AQUÍ NADIE ESTÁ GRITANDO! —bramó Jason, recorriendo el patio a grandes zancadas.

—¿Tienes alguna idea, Rick? —preguntó Julia, que mientras tanto le había quitado al perro las campanillas que llevaba al cuello.

—Hemos venido a Venecia tres. Mientras que ellos han ido a Kilmore Cove y son dos, ¿verdad?

—Verdad.

—Eso significa que la Puerta del Tiempo, por el otro lado, espera aún el regreso de un viajero...

Julia asintió.

—Es como cuando yo volví de Egipto antes que vosotros. Por el otro lado, la puerta permaneció cerrada hasta que no volvisteis.

—¡UN VIAJERO! —gritó Jason—. ¡UNO SOLO! ¡Qué pena que seamos tres! ¿Cómo hemos podido ser tan estúpidos?

Diogo le gruñó, asustado por sus gritos.

Rick y Julia se miraron.

—Y entonces, ¿qué hacemos? —murmuró la chica.

—Solo se me ocurre una solución. Uno de nosotros tiene que volver atrás con las cuatro llaves —dijo el chico pelirrojo—. Atrapar a esos dos y... traerlos de nuevo aquí, de modo que podamos volver todos a Kilmore Cove.

—¡Pues claro! —exclamó Jason—. ¡Vamos a Villa Argo, hablamos con ellos y les convencemos de que se arrastren por un túnel, suban a la *Metis* y atraviesen una tormenta del tiempo para volver a este siglo, a seguir viviendo como mendigos en Venecia! ¡Facilísimo!

—Tenemos que ayudar a Nestor —dijo Rick.

—Rick tiene razón: tenemos que separarnos —añadió Julia. Sacó del bolsillo las cuatro llaves y preguntó—: ¿Quién vuelve a casa?

—Iré yo —propuso Jason—. Todo esto ha pasado por mi culpa y es justo que sea yo el que intente arreglar las cosas.

Julia vaciló antes de entregar las cuatro llaves a su hermano.

—¿Y si no lo consigues?

Rick alargó la mano para cogerlas.

—Iré yo. Soy el único que conoce Kilmore Cove y soy también el más... fuerte. Si hubiera que... luchar...

Julia negó con la cabeza.

—No, mejor voy yo —dijo—. No tenemos que olvidar por qué hemos venido aquí: tenemos que encontrar a Peter Dedalus. Y a vosotros se os da mejor que a mí descifrar mensajes secretos. Sin contar con que yo ya he defendido una vez Villa Argo con Nestor...

—¿Y si lo echamos a suertes? —propuso Jason.

—¿Cómo?

—Ponemos las llaves aquí en medio... así...

Julia colocó las llaves en el suelo y Jason las cogió de un salto. Luego se dirigió con paso decidido hacia la Puerta del Tiempo.

—Pues... me ha tocado a mí.

—¡Jason!

—No tengáis miedo. Volveré a buscaros. Nos vemos al anochecer, chicos. En este mismo sitio.

—¡Jason! ¡Vuelve aquí ahora mismo!

—Tu reloj funciona, Rick. Hasta luego.

—¡Jason, detente! —gritó Rick.

Pero Jason no se detuvo. Empujó la Puerta del Tiempo y desapareció por ella.

Rick se quedó en medio del patio sin saber qué hacer.

—Una salida espectacular. ¡Enhorabuena! «Nos vemos al anochecer, chicos...» ¿Y ahora?

Rick y Julia estaban solos en una ciudad desconocida. Eran las primeras horas de una tarde del siglo XVIII. Durante un buen rato, entre ellos reinó un largo silencio.

Fue Julia quien lo rompió:

—Pues lo mejor que podemos hacer es ir al puente de Rialto ese a buscar a Dedalus y volver aquí lo antes posible. Esperemos que mientras tanto mi hermano consiga hacer algo en el otro lado...

—Está bien —respondió Rick.

La desaparición de Jason y el hecho de encontrarse a solas con Julia hacían que todo fuera mucho más difícil.

Ella y él. Él y ella. La conocía solo desde hacía dos días. Era una chica. Y una chica realmente guapa.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella.

—A mí... no sé, lo siento... —balbuceó Rick, disculpándose sin motivo—. Vamos, vamos. Estamos perdiendo un montón de tiempo —añadió después.

A Julia no le gustó el tono perentorio de Rick. De repente parecía nervioso y taciturno... muy distinto del chico protector que había conocido los últimos días.

—¡Siento ser un lastre para ti, pero no he elegido yo quedarme a solas contigo en Venecia!

—No eres ningún lastre —se apresuró a decir él—. De verdad. —La luz del sol le iluminó el pelo rojo fuego—. Es solo que no estoy acostumbrado. A las chicas, digo.

Julia se echó a reír.

—¿No me digas que estás de bajón porque soy una chica?

—No, no estoy de bajón porque seas una chica —replicó él, logrando tragar saliva a duras penas—. Estoy de bajón porque eres tú.

Julia no tenía mucha experiencia en eso de que le hicieran la corte, pero le pareció que esa frase era exactamente el tipo de cumplido capaz de lograr que una chica se estremeciera.

Y, en efecto, se estremeció.

Siguió a Rick fuera de casa Caboto, hasta el puente, y después más allá, hasta San Marcos, con Diogo brincándole entre las piernas, liberado al fin de las campanillas.

—De todas las citas que he tenido, diría que esta es la más original.

Rick se puso rojo como un tomate, pero siguió caminando sin aminorar la marcha.



Cuando Jason traspasó la Puerta del Tiempo y apareció en Villa Argo, en la salita con la bóveda de piedra ya no había nadie. El chico escudriñó la habitación desde detrás del armario. Después oyó la voz del mendigo, que venía de la veranda:

—¡Eh, abuelo! ¡Estate quietecito, por favor! ¡Quietecito y sin rechistar! Así, muy bien. A ver, ¿cómo se llama esta casa?

Le respondió un gruñido ahogado; luego se oyó la voz chillona de Dieguita:

—Si no le quitas el trapo de la boca, ¿cómo te va a contestar?

—¡Cállate, Dieguita! Bueno. Ahora te quito la mordaza, pero me tienes que prometer que no te vas a poner a gritar como antes. Ya está. Te decía, ¿cómo se llama esta casa?

Horrorizado, Jason reconoció la voz de Nestor, que pronunciaba con dificultad:

—Villa Argo, miserable...

—Villa Argo Miserable —repitió don Diego Valente.

—Es bonita —dijo Dieguita—. Una casa muy bonita.

Jason se quitó la capa e intentó llegar de puntillas al descansillo de la escalera. Tenía la sensación de que habían movido los muebles, como si alguien hubiera pasado la aspiradora y se hubiera olvidado de volverlos a colocar en su sitio. O como si hubiera habido una lucha encarnizada...

—¡Os aconsejo que no toquéis nada! —amenazó Nestor.

Al llegar a la escalera, Jason asomó la cabeza por la puerta de la veranda. Lo que vio le heló la sangre en las venas: los dos mendigos habían inmovilizado a Nestor en el sofá de enfrente de la chimenea, maniatándolo con una cortina. Nestor estaba despeinado y maltrecho, mientras don Diego, de pie ante él, había perdido su pañuelo, pero no su terrible carácter español.

—¿Es tuya esta casa?

—No —respondió el jardinero.

Dieguita estaba contemplando la estatua de la pescadora.

—¿Y esta es tu novia?

—¡No! —replicó Nestor, forcejeando en el sofá.

—¡Tranquilo, abuelo! —le dijo don Diego con tono amenazador—. No queremos hacerte daño. ¡Has sido tú el que nos has atacado con un bastón! Pero si esta no es tu casa, ¿por qué estás aquí?

—Soy el jardinero —respondió con orgullo Nestor.

—¿Y el dueño dónde está?

—Está al llegar.

—¡Bien! Entonces no será problema si nos quedamos aquí para esperarlo... —sonrió maliciosamente don Diego.

—¿Se puede saber quién demonios sois vosotros dos?

—Artistas callejeros —respondió el joven—. ¡Pero estar en una casa es mucho mejor que estar en la calle!

—¿En qué parte de Venecia estamos? —preguntó Dieguita, mirando por los ventanales.

—¡Esto no es Venecia! —gruñó Nestor—. ¡Estamos en Inglaterra!

—¿Inglaterra? ¿Y forma parte de Venecia?

—¡Oh, cielos! —gimió Nestor, furibundo.

—¡Bah! Este señor dice cosas incomprensibles. Y yo sigo sin entender cómo hemos llegado aquí. Y por qué la puerta por la que hemos entrado, ahora no se abre.

Los dos intentaron explicar a Nestor lo que les había pasado. Después decidieron que, de todas formas, habían tenido suerte.

—Una casa preciosa, llena de objetos valiosos... —dijo don Diego—. ¡Demasiados para un viejo solo!

—¿Qué quieres hacer, canalla?

—Echar un vistazo a la casa. ¿Vamos, Dieguita?

Jason se escondió en la penumbra de la escalera justo antes de que lo vieran. Los dos mendigos se detuvieron un momento discutiendo animadamente. Después se dirigieron al piso de arriba. Mientras subían fueron comentando todos los cuadros que había en la escalera y entraron en la biblioteca sin dejar de hablar ni un segundo.

Jason entró en la veranda teniendo cuidado de no hacer ruido.

Nestor abrió los ojos de par en par.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Y esos dos...?

—Ha habido un problema —susurró el chico.

—¡Me lo había imaginado! —El jardinero forcejeaba en el sofá—. Mira a ver si consigues quitarme esto...

Las cortinas estaban atadas muy fuerte.

—¡Espera, voy a la cocina a buscar un cuchillo!

—¡Aaah! —gritó Dieguita desde arriba.

Un momento después se oyó un alboroto.

—¡¿Harina por el suelo?! Pero...

A pesar de todo, el viejo jardinero sonrió:

—Esos dos han encontrado tus trampas para fantasmas.

—Salgamos de aquí, deprisa... —susurró Jason, ayudando a Nestor a levantarse.

—¡No! —se opuso él—. No podemos dejar la casa en sus manos.

—¿Qué quieres hacer?

—Todavía no lo sé. Quizá llamar a... O mejor, no. ¡Ve corriendo al faro a buscar a Leonard Minaxo! —le ordenó el jardinero.

El chico asintió.

—Cuéntale lo que ha pasado —prosiguió Nestor—. No tengas miedo. Cuéntale todo. Él sabe. Es uno de los nuestros.

—¿Sabe *qué*?

En el piso de arriba sonó un estruendo.

—¡Jason, corre! ¡Ahora!

Jason se acercó a la puerta de la veranda y, antes de abrirla, lanzó una mirada hacia atrás.

—Y tú, ¿qué vas a hacer?

—Intentaré distraerles y alejarlos. Usaré el plan de la paloma en el pozo. Tú díselo a Leonard, que te explicará qué es.

Jason abrió la puerta y repitió:

—La paloma en el pozo. Entendido.

—¡Vete! ¡Rápido! —susurró Nestor al oír que los mendigos estaban bajando las escaleras.

Jason dio la vuelta corriendo alrededor de la casa con el corazón latiéndole atropelladamente. Apretaba con fuerza en el bolsillo las cuatro llaves de la Puerta del Tiempo.

Se deslizó a lo largo de la pared para que no lo descubrieran hasta que logró ver la bicicleta de Rick, apoyada contra un seto.

En Villa Argo estalló un nuevo estruendo. Los árboles del parque, por el contrario, silenciosos e inmóviles, parecían petrificados.

No podía dejar que lo descubrieran. Nada más.

Se puso en cuclillas cerca de la salida de la cocina y sopesó la distancia que lo separaba de la bici de Rick.

Un breve tramo al descubierto, coger la bici, montarse y pedalear por la grava hasta la verja de entrada... ¿Podría conseguir hacerlo sin que lo vieran?

En ese momento, Dieguita dio un alarido. Jason aprovechó la situación y saltó como impulsado por un resorte.

En tres zancadas llegó hasta la bicicleta, le dio la vuelta y se montó al tiempo que levantaba el pie metálico de la bici de un taconazo. Después empezó a luchar contra los pedales. La bici de Rick estaba durísima, pero por suerte consiguió hacer que se moviera. Entró como un bólido en el camino de entrada sin que nadie se lo impidiera y logró llegar hasta la verja sin problemas. Pasó por delante de las columnas de mármol blanco coronadas por dos bolas de piedra y se precipitó como una exhalación acantilado abajo. Vio el faro al otro lado de la bahía: un índice blanco y azul rodeado por el mar.

Y comprendió que tenía que darse prisa.

Después de que el desconocido lo remolcara hasta lo alto de la cuesta, Manfred se lanzó carretera abajo con el dune buggy, limitándose a frenar el mínimo necesario para trazar las curvas. Tomaba la mayor parte inclinándose hacia un lado, como en un velero, soltando maldiciones contra todo y todos, incluido él mismo, y asomándose por la ventanilla para intentar reequilibrar el coche.

Cuando llegó al pueblo, lanzó un suspiro de alivio y se dirigió al bar de la playa.

Poco después detuvo el dune buggy y comenzó a proferir insultos. En realidad, no había dejado de proferir insultos desde el día anterior, desde el momento en que en la Casa de los Espejos había descubierto que le habían rajado las ruedas de la moto. Había tenido que ir a casa de Oblivia Newton a pie, atajando a campo traviesa, para una vez allí darse cuenta de que no tenía las llaves de casa, solo las del garaje.

El parque móvil de casa Newton languidecía: el coche deportivo desaparecido, tras precipitarse por el acantilado el sábado por la noche, la moto por los suelos el domingo. Quedaba solo el dune buggy y el remolque para el transporte de caballos que Oblivia había comprado en un arrebatado de pasión por la hípica, rápidamente evaporado.

Manfred había dormido en el garaje, había pasado buena parte de la mañana intentando enganchar el dune buggy al remolque de caballos y se había marchado. Pero como tampoco tenía las llaves de la verja de entrada, había tenido que salir de la propiedad de Oblivia Newton caminando a campo traviesa, con lo que había logrado llegar a la Casa de los Espejos solo a media mañana.

Por suerte, Oblivia no había regresado aún de su viaje al otro lado de la puerta.

La excavadora de la empresa de derribos Cyclops & Co yacía ahora peligrosamente inclinada hacia delante. La moto deportiva de Oblivia estaba a poca distancia, con las ruedas completamente deshinchadas. Manfred la había subido al remolque del caballo y la había atado como había podido; después había ido a buscar un mecánico a Kilmore Cove.

Unos peldaños de madera llenos de arena conducían hasta la entrada de Salt Walker, la taberna del pueblo. La entrada estaba oscura como la boca de un lobo. Manfred buscó una mesa apartada y se sentó, no sin antes mirar la hora. Acababan de dar la una. Había solo un par de clientes y algunos chiquillos en el otro extremo del bar, arremolinados ante la pantalla del único videojuego existente.

Manfred odiaba los niños: le recordaban a esos mocosos de Villa Argo, a los que habría arrojado de buena gana acantilado abajo.

—¿De dónde viene usted? —le preguntó el camarero. Pasó una bayeta mojada por la mesa como para hacer que quitaba algo de la suciedad que llevaba incrustada allí años.

—De fuera —respondió Manfred, haciendo ostentación de sus gafas de sol pegadas con celo.

El camarero comprendió que no era cuestión de insistir y preguntó:

—¿Qué le pongo?

—Salchichas a la brasa y zumo de manzana sin hielo.

—Perfecto.

El camarero se puso la bayeta al hombro.

—¿Vaso pequeño o grande?

—Grande.

El camarero se metió detrás de la barra y desapareció dentro de la cocina, donde las salchichas empezaban a churruscarse.

Manfred acababa de hincar el diente al primer bocado cuando un hombre con una camisa de rayas finas, rojas y blancas, pantalones de lana gris y patillas de bucanero entró en la taberna gritando:

—¿De quién es el armatoste que está delante de la puerta?

Manfred, de repente, sintió que la sangre se le subía a la cabeza y, con la boca a rebosar de zumo de manzana y salchicha, bramó:

—¡Mío!

—¡Ah, perdone! —se disculpó el otro—. Creía que era de los chicos.

Manfred intentó calmarse y le preguntó:

—¿Sabe usted dónde puedo encontrar un mecánico en este pueblo?

—¿Qué tiene que hacer?

—Cambiar las ruedas de la moto.

—¿Qué moto? —El hombre salió a controlar y volvió a entrar enseguida—. Caray, ¡qué moto! Si me deja comer un bocado, le acompaño a ver a mi primo. Es zapatero, pero entiende mucho de coches.

—Vale —dijo Manfred, engullendo la segunda salchicha.

El hombre pidió lo mismo. Luego le tendió la mano y se sentó en la mesa de al lado.

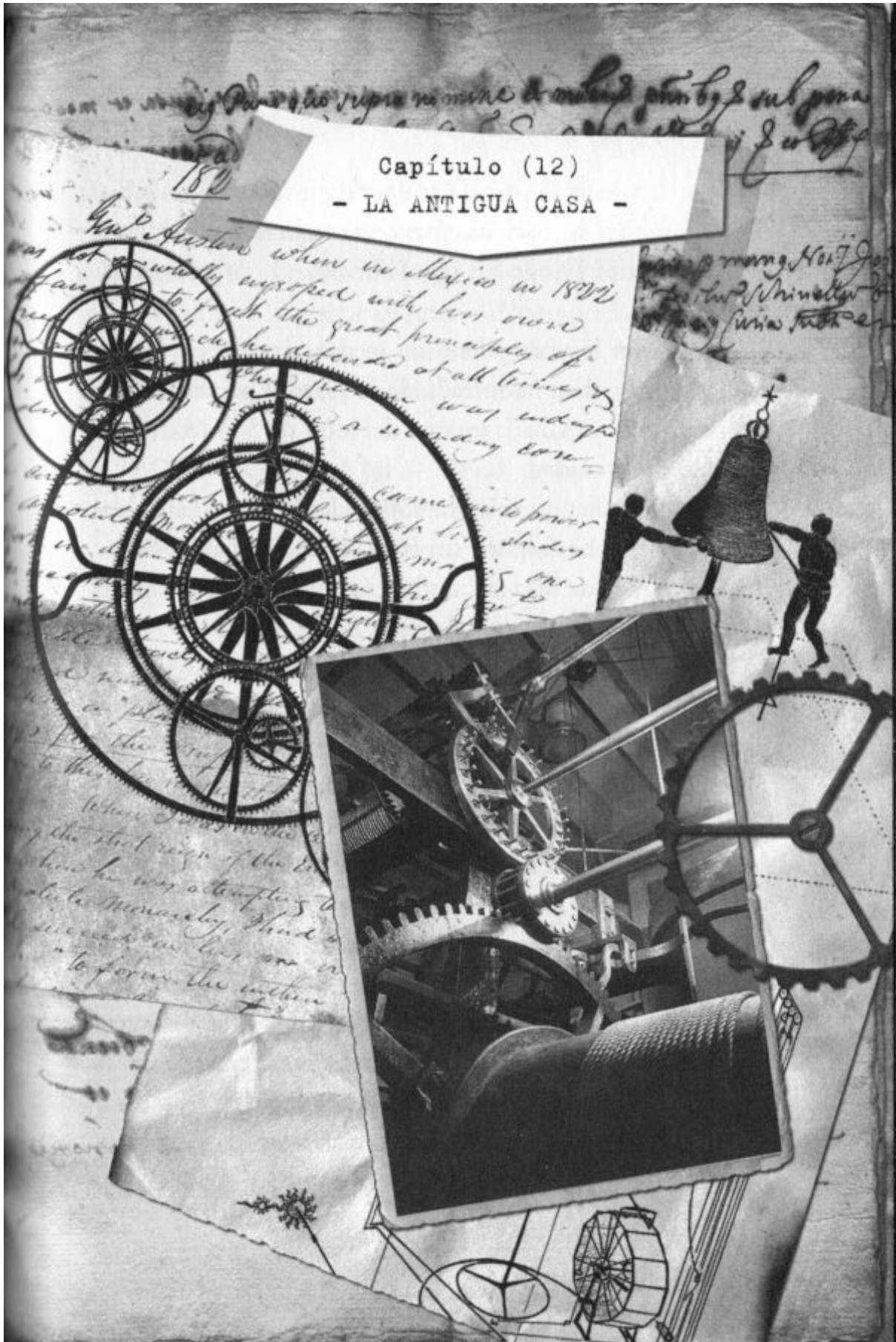
—Hola, ¿qué tal? Soy Fred Goodtaste. Pero en el pueblo me llaman Fred Duermevela.

Manfred le saludó con un ademán.

—Yo soy Manfred. Pero en el pueblo no me llama nadie.

—¡Muy bueno, muy bueno! —rió Fred Duermevela—. ¿De dónde lo has sacado?

—De mi innato sentido del humor —respondió Manfred, pidiendo un segundo vaso de zumo de manzana. Grande.



Rick y Julia llegaron caminando a toda velocidad al muelle de San Zaccaria, atestado de góndolas y embarcaciones. Diogo los seguía brincando orgulloso detrás de ellos.

Admiraron los dos pilares de piedra, similares a obeliscos, que marcaban la entrada de la plaza. Encima de uno de los dos descansaba la estatua del león de San Marcos, el símbolo de la ciudad.

En la plaza, flanqueada por soportales blancos, había una numerosa muchedumbre, un ir y venir de trajes vistosos, pelucas y medias blancas, disfraces multicolores y zapatos de tacones vertiginosos.

Un campanario puntiagudo, semejante a un cohete de mármol rojo, parecía a punto de despegar del centro de la plaza.

Rick y Julia se sumergieron en aquel mar vociferante apretándose el uno contra el otro. En el aire flotaba un penetrante olor a pescado frito, especias, rosquillas de azúcar y caramelos.

—¿Dónde estará el puente de Rialto? —preguntó Julia.

—Ni idea —respondió Rick—, pero yo iría hacia la iglesia.

San Marcos parecía un edificio carente de dimensiones, líquido como una criatura marina: la fachada tenía cinco grandes arcadas circundadas por un bosque de columnas y pilares blancos y coronadas por remates puntiagudos, cúpulas que se sucedían unas a otras y una cuadriga de caballos dorados.

Mientras se acercaban, Rick se dio cuenta de que junto a la iglesia había un edificio con un enorme reloj mecánico.

—¡Aquí está la gran «máquina del tiempo»! —bromeó.

Era gigantesco, con el cuadrante dorado, blanco y azul rematado por una estatua de bronce y una gran campana encima.

—¡Caray! —comentó Julia—. Es tan grande que casi no lo veo. ¿Crees que es obra de Peter?

—Bueno, no veo lechuzas... —respondió el muchacho, estudiando el reloj.

Rick y Julia pasaron por debajo y encontraron las indicaciones para llegar al puente de Rialto: la calle más ancha se transformó muy pronto en un dédalo de callejuelas abarrotadas de gente y de tiendas, por entre las cuales discurrían los canales.

Al mirar hacia arriba parecía que las casas estuvieran apoyadas las unas en las otras: arcadas y troneras creaban un laberinto de pasajes y pasarelas elevadas, del que pendían flores, tapices y estandartes de colores.

Siguiendo la corriente humana, Rick y Julia llegaron a una pequeña plaza.

Luego, casi sin darse cuenta, empezaron a subir los escalones de un gran puente blanco, lleno de arcadas, que atravesaba con gracia el canal más grande de todos.

Habían llegado al puente de Rialto.

Bajo el ojo del puente, las góndolas y demás embarcaciones se deslizaban veloces y los palacios de oro se reflejaban en el canal. Al otro lado había un animado mercado, en el que se abría una calle que parecía hecha aposta para ellos: la rúa de los Relojeros.

Rick y Julia anduvieron un buen rato de taller en taller preguntando por Peter Dedalus, pero no encontraron ninguna pista.

Desconsolados, volvieron a la placita del mercado, donde había canteros que labraban las piedras levantando chispas, gigantes de piel oscura que cargaban a hombros sacos repletos de pimienta y nobles mercaderes que abrían las puertas de sus almacenes.

Se sentaron al lado de la estatua del jorobado, la cual, según los apuntes de Ulysses Moore, traía suerte.

—¡Es inútil! ¡Es demasiado grande! —gimió Julia, mientras acariciaba al perrito que los había ido siguiendo, impertérrito. Observó descorazonada aquel laberinto de canales, calles, puentes, talleres y colores—. ¿Tú tienes alguna idea?

Rick se había puesto a hojear el cuaderno de Ulysses Moore en busca de inspiración.

—Por ahora, no.

Estuvo un rato leyendo y después dijo:

—Aquí el anterior dueño ha pegado una viñeta y la ha resaltado con un recuadro.

—¿Una viñeta? ¿Y pone algo?

—«En Venecia hay tres lugares mágicos y escondidos: uno en la calle dell'Amor degli Amici; otro cerca del puente delle Maravegie; el tercero en la calle dei Marrani, cerca de San Geremia, en la vieja judería. Cuando los venecianos están cansados de la autoridad establecida, acuden a estos tres lugares secretos y, abriendo las puertas que se encuentran en el fondo de los patios, se van para siempre a lugares hermosísimos y a otras historias.»

—¡Yo diría que esta viñeta habla justo de nuestras puertas!

—Yo también —estuvo de acuerdo Rick—. Pero nosotros no hemos aparecido en ninguno de estos tres sitios.

—Lo que implica que hay al menos cuatro lugares mágicos...

Diogo ladró.

—Exacto. —Rick pasó el cuaderno a Julia y empezó a buscar en el plano los nombres de la viñeta—. El hecho es que... De acuerdo. He encontrado San Geremia. Y también el puente delle Maravegie. No están lo que se dice aquí al lado... Al contrario. Amor degli Amici, sin embargo... no lo encuentro.

—Pues entonces seguro que es el que necesitamos —comentó sarcásticamente Julia. Pasó algunas páginas del cuaderno de Ulysses Moore—. ¡Eh, Rick! ¡Mira lo que pone aquí, al lado de esta foto!

En la fotografía se veía una antigua casa veneciana con las ventanas y las arcadas góticas a orillas de un canal.

—«Antigua casa de Santa Marina» —leyó Rick—. ¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? ¿No has dicho que Penelope era de Venecia?

Rick volvió a mirar la foto. Un enorme árbol protegía la entrada principal, encima de la cual había un emblema: una lagartija enroscada en forma de «S».

—Sauri... —murmuró Rick—. ¡Caramba...! ¿Puede ser...?

—¿Dónde está Santa Marina?

—Si es un canal, no queda muy lejos de aquí —comprobó Rick—. Tenemos que volver a atravesar el puente de Rialto y girar a la izquierda un poco más allá.

A diferencia de la foto, la casa estaba ahora pintada de amarillo chillón y el emblema de la lagartija que coronaba la puerta había sido sustituido por otro, floral, con forma de «C».

—¿Qué hacemos? ¿Llamamos?

—¿Cómo? No creo que en el siglo XVIII haya portero automático...

—Habrà algo parecido. —Rick se acercó a la puerta de entrada e indicó el aldabón de bronce.

—¿Y luego qué hacemos?

—¿Improvisar? —propuso Rick.

Y llamó con fuerza con el aldabón.

Hizo un ruido atronador y tenebroso.

Julia acarició a Diogo para tranquilizarlo, pero el perro se había escondido entre sus piernas y miraba el portal por el rabillo del ojo, aterrorizado.

Rick tuvo que llamar otra vez con el aldabón antes de que la puerta se abriera y apareciera un señor de mediana edad vestido con un impecable traje de terciopelo marrón. Tenía los ojos redondos y penetrantes, un largo bigote cuidadosamente recortado y una peluca blanca corta. Llevaba unos pantalones cerrados a la altura de las rodillas por un par de medias blancas, zapatos negros con hebilla dorada, chaleco de piel y una larga chaqueta con los ribetes de piel oscura.

—¿Qué desean? —preguntó. Después, al darse cuenta de que sus interlocutores no eran más que unos muchachos, añadió presuroso—: Ah, no, lo siento, no tengo nada para vosotros.

Intentó cerrar la puerta, pero Rick se le adelantó:

—Perdone, señor, no queremos molestar, pero... no conocerá usted por casualidad...

—Lo siento, muchachos. Creo que os habéis equivocado de puerta.

—... a Ulysses y Penelope Moore, ¿verdad? —dijo Julia acabando la frase.

El impecable señor arqueó las cejas por la sorpresa.

—¡Oh, ese nombre! —comentó poniéndose rígido—. Pero... ¿qué tenéis que ver vosotros con... los señores Moore?

La puerta se entreabrió de nuevo imperceptiblemente.

—Es una larga historia, señor —continuó Julia—. Y no demasiado fácil de contar. Nosotros vivimos en la casa de Ulysses Moore y digamos que... en fin... gracias a él hemos venido a parar aquí, a Venecia, de una manera un tanto rocambolesca, no sé si me explico...

—Para ser sincero, no, señorita... Pero tengo que admitir que lo que me dice me sorprende porque... en realidad yo diría que somos nosotros los que vivimos en la casa del señor Ulysses Moore. Mejor dicho, para ser más preciso, en la casa de su dulce esposa. Pero vosotros, ¿de dónde venís exactamente?

—De Cornualles, señor —respondió Rick—. En Inglaterra.

Un gesto de estupor se dibujó en el rostro del propietario de la casa.

—¡Caramba! ¡Esta sí que es una noticia!

—¿Qué pasa, Alberto? —preguntó una voz. Un momento después, sin esperar respuesta, apareció en el umbral una señora más joven, con una melena de tirabuzones negros, las mejillas arreboladas difuminadas por los polvos de arroz y los ojos vivaces y alegres—. ¡Hola! —exclamó al ver a Julia y a Rick—. Y vosotros, ¿quiénes sois?

Diogo salió de entre los tobillos de Julia y saltó al regazo de la recién llegada, que lo recibió con un grito de alegría:

—Pero, bueno... ¿Y tú quién eres? Eh, pequeñín...

El hombre miró con cierta frialdad al perro de pelo hirsuto que jugaba con la señora; después hizo las debidas presentaciones:

—Mi esposa, Rossella Caller. Yo soy Alberto. Y creo que, llegados a este punto, podríamos continuar nuestra conversación en casa. Solo os pido que tengáis la amabilidad de dejar aquí fuera a vuestro simpático...

—¡Pues claro! —exclamó sin embargo Rossella, estrechando contra su pecho al perrito, que la inundaba de lametazos—. ¡Claro que vienes con nosotros tú también! ¡Claro que sí!

El interior de casa Sauri-Caller era sorprendente. Los chicos atravesaron un vestíbulo verde esmeralda, pasaron junto a una imponente escalinata que conducía al piso superior y a través de un pasillo alto y estrecho tapizado de terciopelo rojo, con cuadros y muebles resplandecientes. Después cruzaron un comedor con una mesa de cristal y llegaron a un patio interior, con plantas trepadoras y hermosos árboles que se alzaban hacia el cielo. Se acomodaron bajo un quiosco color crema, mientras Diogo comenzaba a explorar atentamente el lugar.

Antes de sentarse, Alberto Caller puso unos cojines en el sillón, cubrió con un tapete los libros que estaba consultando y esperó a que Rossella, alegre y burbujeante, les sirviera a todos una limonada fresca. También ella era muy elegante: llevaba una mantilla de seda azul celeste, cerrada en torno al cuello y a la cintura por dos cintas más claras, y una vistosa muselina sobre los hombros.

—Los chicos dicen que vienen de Inglaterra y que están en casa de Ulysses Moore —explicó Alberto.

—¿De verdad? ¡Qué coincidencia! Esta era la casa de los Sauri, la familia de Penelope. ¡No los vemos desde hace no sé cuánto tiempo! Decidme, chicos, ¿cómo están?

Rick y Julia cruzaron una mirada cohibida.

—A decir verdad... no muy bien. Están, cómo podríamos decirlo... Los dos han...

El rostro de los cónyuges Caller se ensombreció.

—¡Oh, lo siento!

—No tiene que sentirlo por nosotros —se apresuró a añadir Julia—. En realidad, no los conocíamos.

—Y entonces, ¿puede saberse cómo es que habéis entrado en contacto con ellos y cuál es el motivo de vuestra visita?

—¡Alberto! ¡Sé amable con los chicos! —lo reprendió la mujer.

—Lo soy, Rossella. Solo estoy intentando entender por qué diantres han venido aquí. Sabes perfectamente que dejamos entrar a poquísimas personas en casa. Y tenemos nuestras razones.

—Oh, Alberto. Todas esas sospechas. ¿No ves que son unos chicos muy formalitos? ¿Sois hermanos?

—No, no exactamente.

Rick se puso rojo como un tomate, mientras que Julia aclaraba con una sonrisa:

—Primos. Somos primos.

—¿Y sois parientes de los Moore? —insistió Alberto.

Rossella se reclinó hacia atrás en la silla y explicó:

—Es un fanático de los parentescos.

—Con el árbol genealógico de los Moore puede usted divertirse de lo lindo —dijo Rick.

Alberto frunció los labios.

—Hay muchas imprecisiones en esa familia. Es, cómo diría yo... un tanto huidiza.

—¡A quién se lo va usted a decir! —exclamó Julia—. En cualquier caso, señor Caller, no somos parientes de los Moore. Lo que pasa es que después de su muerte, mis padres compraron su casa de Inglaterra y, cuando nos mudamos allí, encontramos muchas cosas que tenían que ver con ellos, incluido este cuaderno...

Julia dio a los Caller el diario de viaje de Ulysses.

Al verlo, los ojos de ambos brillaron de emoción.

—¡Recuerdo estos viejos cuadernos! ¿Dónde los compraba?

—En la tienda de Zafon, en la esquina de la calle del Forno.

—¿Así que han conocido ustedes a Ulysses Moore? —preguntó Rick—. ¿En carne y hueso?

—Pues sí —respondió Alberto.

—¿Y cómo era? Quiero decir... físicamente.

—Alto, elegante. De una presencia imponente, diría yo —respondió Rossella Caller.

—Bueno, bueno, Rossella... —dijo Alberto, picado en su orgullo—. Imponente es mucho decir.

—¡Mira quién fue a hablar! Más imponente que tú desde luego.

—Sí, claro, pero no era imponente en el sentido estricto de la palabra. Era...

—Imponente —cortó tajante Rossella—. Un hombre amable y educado, siempre dispuesto a ayudar a los demás. Y se paraba a acariciar a todos los perros que se encontraba por la calle —añadió.

—¡Eso es verdad! Pasear con él podía ser desesperante —especificó Alberto.

—¿Y Penelope?

—Penelope era la dulzura personificada. Inteligente y refinada. Cuando vivía todavía en esta casa, antes de irse al extranjero, organizaba fiestas maravillosas. Recibir una invitación a casa de los Sauri significaba poder asistir a uno de los acontecimientos más elegantes de Venecia. Y ella, bueno... ella era sencilla y complicada al mismo tiempo, esencial y barroca.

—Era bellísima —añadió Alberto.

—¡Ay, ay, ay! —replicó Rossella.

—Sabes que solo estoy haciendo una valoración estética.

Rossella, sonriendo amablemente, se inclinó hacia Julia y le confió:

—¿Has visto cómo son los hombres? Si nosotras hacemos un cumplido a un hombre imponente nos lo echan en cara, pero si es al contrario se trata solo de una «valoración puramente estética».

Julia rompió a reír, sorprendida por la confianza que aquella señora parecía otorgarle.


Alberto, por su parte, se había concentrado en Rick, a quien había empezado a explicar de manera extremadamente pormenorizada las relaciones de parentesco de los Sauri con la antigua aristocracia veneciana.

—Mientras vosotros os ocupáis de esas cosas de hombres, nosotras nos retiramos un momento —se entrometió Rossella. Y después añadió—: Ven conmigo, que te quiero enseñar una cosa.

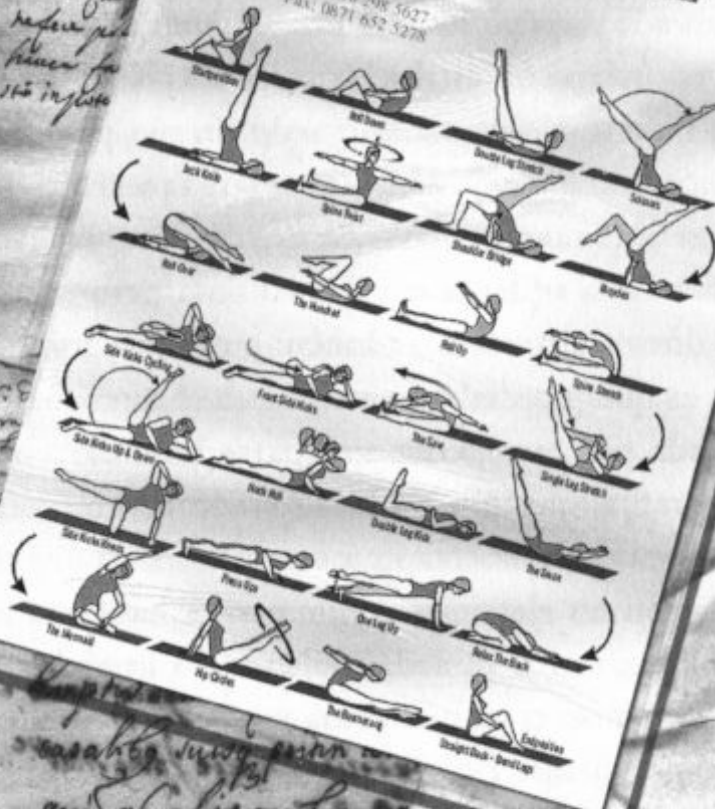
Capítulo (13)
- FLACO CONSUELO -

*...provincia ...
...Comitatus ...
...ordinatus ...
...Fidelibus ...
...Societas ...
...gubernans ...
...provincia ...*

*Apr 23 di ...
...ca ...
...fere ...
...tura ...
...refer ...
...fuerit ...
...sto in ...*

FITNESS CLUB **FC** 

101 GYM Road
London
E1 1RD
Tel: 0870 208 5627
Fax: 0871 652 5278



The grid contains the following exercises (row by row, left to right):

- Row 1: Suspension, Sit-ups, Double Leg Lifts, Sit-ups
- Row 2: Jack Knife, Side Kick, Double Bridge, Sit-ups
- Row 3: Sit-ups, The Handstand, Sit-ups, Sit-ups
- Row 4: Side Kick Drill, Front Sidekick, The Side, Side Kick
- Row 5: Side Kick Up & Down, Kick Kick, Double Leg Kick, Single Leg Kick
- Row 6: Side Kick Drill, Press Up, Double Leg Kick, The Kick
- Row 7: The Heave, Hip Kick, Double Leg Kick, Kick Kick
- Row 8: The Heave, Sit-ups, Sit-ups, Sit-ups

*...sua ...
...quo ab ...
...aut alii ...*

La luz del sol penetró lentamente por entre los cortinajes venecianos. Cuando llegó hasta la cama de damasco, Oblivia Newton se restregó los ojos, estirándose bajo las mantas. Permaneció suspendida en una deliciosa duermevela acompañada por el lejano romper de las olas y el vago vocerío procedente de las calles.

—¡Ah, qué paraíso! —dijo, rindiéndose finalmente ante la luz del día.

Se estiró según las reglas que había aprendido en las clases de ayurveda y apoyó los pies descalzos en el suelo.

Tirada en un rincón estaba la mochila. Oblivia bostezó y después intentó alcanzarla alargando un pie, pero no lo consiguió. Su mirada se posó sobre su larga pierna torneada por las sesiones de gimnasio. Se quedó pensativa de repente. Ella se veía espléndida y delgadísima, pero el conde Cenere y otros antes que él le habían preguntado si estaba enferma. ¿Es que parecía enferma?

Perturbada por esos pensamientos, se levantó, rebuscó entre las baratijas que aún no había usado como moneda de trueque por dinero contante y sonante y sacó una tabla plastificada con sus ejercicios de gimnasia cotidianos.

Con las largas uñas pintadas de morado llegó hasta el punto en el que se cruzaban altura y edad y leyó el peso ideal correspondiente.

—¡Lo sabía! ¡Soy perfecta! —exclamó.

No tenía ni un miligramo de grasa en la cintura, los bíceps estaban perfectamente esculpidos gracias a las pesas, las piernas gracias al stepping. ¿De qué enfermedad hablaban esos venecianos?

—¡Que se vayan al diablo! —murmuró, lanzando la tabla a la mochila.

Se lavó la cara con agua fría y echó una ojeada fuera de la ventana. ¿Qué hora sería? ¿Mediodía? Hasta las seis tenía todo el tiempo a su disposición. Y después de las seis habría encontrado a Peter, gracias a la valiosa ayuda del conde Cenere.

Cuando abrió la puerta de la habitación, dos camareras se inclinaron para darle los buenos días y ayudarla a vestirse.

—Dime la verdad, ¿me encuentras delgada? —preguntó Oblivia a la mujer que le estaba anudando el corsé.

La mujer rió sin ganas y después de muchos rodeos admitió, apoyada por la otra, que no solo la encontraba delgada, sino que la encontraba espantosamente delgada. Las dos camareras le dieron a entender que unos quince kilos más sin duda la habrían favorecido.

Oblivia las miró con la boca abierta.

Pero tras unos segundos de reflexión, sonrió satisfecha y mientras bajaba las escaleras para ir a desayunar ataviada con un suntuoso vestido blanco y oro y un antifaz, imaginó un anuncio destinado a todas las gorditas del siglo XXI: «¿Kilos de más? ¡En la Venecia del siglo XVIII puedes ser una estrella!».

Era solo uno de los innumerables beneficios que las puertas del tiempo le podrían reportar una vez que consiguiera controlarlas. Ya las había localizado todas en el mapa que había encontrado en Egipto. Ahora solo le quedaba abrirlas. Por eso estaba buscando a Peter.

Llegó hasta el salón del desayuno, donde otros huéspedes estaban enfrascados en una animada conversación. Oblivia eligió una mesa tranquila y pidió una taza de una bebida negra con nubecillas de leche, que en realidad no era sino la versión veneciana del café con nata.

—¿Sobre qué discuten esos señores? —le preguntó al camarero.

—Sobre la guardia secreta de la ciudad. Parece que ayer descubrieron dos tipografías clandestinas donde se imprimían libros prohibidos.

—¿Qué clase de libros prohibidos?

El hombre se agachó y le susurró:

—Creo que tenían que ver con una nueva moda francesa llamada iluminismo. Pero seguramente se trata solo de una moda pasajera.



Capítulo (14)
- LA HABITACIÓN DE LA JOVEN -

En el patio de casa Sauri, Julia lanzó una última mirada a Rick, que escuchaba concentrado el alud de información de Alberto. Luego siguió a Rossella hasta una vieja cocina de mármol.

—Cuando empieza así, puede continuar sin parar durante todo el día —explicó Rossella, atravesando la habitación—. Si no ves sirvientes, es porque después de la mala experiencia que tuvimos con Dante, nuestro último camarero, Alberto no quiere dejar entrar a nadie —añadió—. Y no se puede decir que no tenga razón: por la ciudad circulan demasiados chismes...

Julia creyó oportuno no hacer preguntas sobre qué tipo de chismes eran aquellos y subió las escaleras en busca de Rossella.

Llegaron hasta una habitación que debía de haber estado cerrada durante mucho tiempo a juzgar por el trabajo que le costó a Rossella abrir la puerta.

—Espera aquí un momento... —musitó la mujer, desapareciendo dentro de la habitación para ir a abrir la ventana.

La luz entró a raudales y Rossella exclamó:

—¡Ven, ven a ver!

Era un dormitorio con el suelo ajedrezado de baldosas blancas y negras. Adosada a la pared, había una cama tapizada de verde. Y, además, una mesita redonda con muchos joyeros pequeños, un espejo, una jofaina para el agua y un aguamanil decorado con flores.

—Era la habitación de Penelope —explicó Rossella—. Cuando Alberto y yo vinimos a vivir aquí, decidimos dejarla tal como estaba, no tocar nada.

Julia dio unos pasos por la habitación que había pertenecido a Penelope. Se respiraba un olor a cerrado y a humedad y un sutil perfume almizclado nada desagradable. Después se detuvo ante un enorme cuadro:

—¿Es ella? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí. Era hermosa, ¿verdad? —le contestó Rossella acercándose.

—Muy hermosa... —musitó Julia.

Era el retrato de una joven con una larga melena rubia sujeta con una diadema azul claro. La joven estaba de pie junto a una ventana abierta. La habitación era la misma donde estaban ahora.

—¿Lo ha pintado ella? —preguntó Julia, perdiéndose en la mirada de Penelope.

—Oh, no. Se lo regaló Ulysses cuando vino a pedir su mano. Es obra de un maestro flamenco cuyo nombre no recuerdo.

Julia no conseguía apartar su mirada de él.

—Te pareces mucho a ella, ¿sabes? —dijo Rossella—. Por eso quería enseñártelo.

Desde el patio llegó la voz de Alberto, que en un instante rompió la atmósfera que se había creado en la habitación:

—¡Vosotras! ¿Me oís? ¿Es que queréis abandonarnos?

—Creo que será mejor que volvamos al lado de ese viejo gruñón —rió Rossella, cerrando de nuevo las contraventanas.

Solo entonces Julia se dio cuenta de que había algo que no encajaba.

En el patio, Rick estaba hundido en el sillón con aire compungido. Alberto se levantó hasta que Rossella y Julia se acomodaron y luego retomó el hilo de la historia:

—Entonces, como te decía, nosotros aceptamos adquirir la casa de los Sauri y por este motivo estamos aquí.

Rick resumió rápidamente a Julia los capítulos anteriores:

—La familia Sauri se extinguió con Penelope, cuando ella decidió tomar el apellido Moore.

«Oh, caramba», pensó Julia.

—En la ciudad la noticia de que la pequeña Penny se había enamorado de un extranjero levantó cierto revuelo. Y uno del norte encima...

—Así es —intervino Alberto—. No digo que fuera un escándalo, pero... faltó poco.

Julia miró a Rick. Él asintió tranquilo. Evidentemente no se había dado cuenta de lo que habían descubierto.

El señor Caller se atusó el bigote y preguntó, volviendo al tema principal:

—No nos habéis dicho todavía por qué estáis en Venecia. Es un largo viaje, desde Inglaterra.

—Estamos buscando a una persona —explicó Rick—. Y como era un amigo de Ulysses Moore, hemos pensado que quizá fuera también amigo suyo. Se llamaba, mejor dicho, se llama... Peter Dedalus.

El nombre del relojero permaneció flotando en el aire como si fuera humo, mientras el tiempo transcurría sin que hubiera respuesta positiva por parte de los Caller.

—¿Dedalus habéis dicho? —masculló Alberto, perplejo—. Es un nombre que me resulta completamente desconocido. ¿Y a ti, Rossella?

Ella también negó con la cabeza.

—¿Por qué era amigo de Ulysses?

—Ah, pues... ejem... —Rick pidió ayuda a Julia, que, sumida en sus propios pensamientos, parecía completamente ajena a la conversación—.

¿Julia?

Al oír su nombre, la chica levantó la cabeza y dijo:

—En realidad, no lo sabemos.

Justo después miró hacia arriba, hacia la ventana cerrada de la habitación de Penelope Moore.

«Oh, caramba», pensó otra vez.

—Peter es un experto artesano... un relojero, para ser más exactos —explicó Rick. Después se agachó para rebuscar en la mochila—. Aquí está. Este reloj de pulsera lo ha hecho él.

Alberto Caller lo cogió con cierto recelo.

—¿Un reloj de pulsera? Y... ¿qué es? —Le dio la vuelta entre los dedos, sorprendido por sus reducidísimas dimensiones—. Yo me considero un apasionado de los relojes, pero nunca he visto nada parecido...

—Son muy raros... —explicó Rick—. ¿Ven ustedes esta lechuza? Es una especie de firma...

—¡Claro! —exclamó Rossella, observando al contraluz la caja del reloj—. ¡La lechuza! Nosotros tenemos también una cosa con una lechuza grabada, ¿verdad, Alberto?

—Pero no es un reloj, querida.

—No, pero... era de Penelope...

Rick recordó entonces las últimas palabras que Nestor pronunció antes de que la Puerta del Tiempo se cerrase a sus espaldas: «¡La música, chicos! ¡Recordad que Peter Dedalus estaba loco por la música!».

—Peter era un apasionado de la música —dijo.

—¿Lo ves? —exclamó Rossella radiante—. ¿Ves como tengo razón, cabezota?

Alberto frunció el ceño, mientras los dos chicos miraban a la mujer con aire interrogativo.

—¡El carillón que tenemos encima de la cómoda! —exclamó la señora Caller—. ¿Queréis verlo, chicos?

—Pues sí, podría resultarnos útil —respondió Rick.

Se levantaron los cuatro.

—¿Julia? ¿Qué te pasa? —susurró Rick a su amiga, aminorando el paso—. Desde que has vuelto del piso de arriba estás muy rara.

—¡Por fuerza! Rick, ¿no te has dado cuenta de nada? —respondió ella con un hilo de voz.

—¿Dado cuenta de qué?

—De Penelope.

—¿Qué?

—Era la última descendiente de una familia que se extinguió en 1751...

Julia dejó la frase sin acabar y Rick tardó un rato en caer en la cuenta.

Y entonces por poco no se desmaya. Porque si la familia de Penelope Sauri se había extinguido en 1751, eso quería decir que Penelope tenía que haber nacido en el siglo XVIII.

Ulysses Moore había viajado a través del tiempo para casarse con ella.

(...)

Cuatro alegres señoras avanzaban en procesión con paso decidido por las calles de Kilmore Cove.

—¡Oh, era una niña tan mona! —decía miss Biggles mientras acompañaba a las otras señoras hacia su casa—. Era de verdad una chiquilla deliciosa. Mi hermana hablaba tan bien de ella... Pero ahora os enseño todas las fotos...

La señora Bowen caminaba detrás de ella e intentaba proteger del viento su nuevo peinado, aún mojado. Miss Stella, la maestra, buscaba escaparates y espejos retrovisores donde comprobar si las mechas habían sido o no una decisión demasiado atrevida. Y Gwendaline charlaba cordialmente con las tres.

—Espero que ninguna de vosotras sea alérgica a los gatos... —sonrió miss Biggles, abriendo la puerta de su casita de piedra—. Cuando vivía todavía mi pobre hermana, no paraba de toser. Pero pasad, pasad, acomodaos.

La señora Bowen se cepilló automáticamente con la mano la falda, que le llegaba solo por debajo de la rodilla, y refunfuñó en voz baja.

—Habrá pelos por todas partes.

Los veinte gatos de Cleopatra Biggles estaban en fila en la escalera que conducía al piso superior. La mujer los saludó con un gorjeo y dijo a sus invitadas:

—¡Adelante, por favor, como si estuvierais en vuestra casa! Yo subo a coger las fotos.

Mientras miss Stella y Gwendaline charlaban en la puerta, miss Bowen pasó rápidamente revista a la casa.

Tal como imaginaba, había pelos de gato en los sofás y los sillones, lo que hacía que le resultara absolutamente imposible comportarse como si estuviera

en casa. En el suelo, además, había una fina capa de arena por todas partes y justo en la mitad del pasillo podía verse incluso un buen montoncito.

—¡Marco Aurelio, déjame pasar! —exclamó la dueña de la casa en el piso de arriba.

—¿No será molestia, verdad? —dijo Gwendaline al oír que abría y cerraba un montón de cajones.

La señora Bowen se encogió de hombros:

—Ha sido ella la que ha insistido.

—Pues yo estoy contenta de haber venido, la verdad —dijo miss Stella, mirando el reloj—. ¿No os parece emocionante poder ver todas esas viejas fotografías?

En realidad, más que con las viejas fotografías, miss Biggles las había convencido para que la acompañaran a casa diciéndoles que tenía muchas fotos de la señorita Newton de joven. Y ya que la presencia en el pueblo de la misteriosa millonaria y las visitas que le hacía a miss Biggles alimentaban las más exuberantes fantasías, las tres señoras habían encontrado la invitación absolutamente irresistible.

—¡Aquí están! —exclamó Cleopatra Biggles, bajando las escaleras con cuatro gigantescos álbumes fotográficos.

Saltando metódicamente por encima de todos sus gatos, invitó a sus amigas a que se acomodaran en la cocina para poder abrir todos los álbumes en la mesa del centro.

Un minuto después, la tetera estaba en el fuego y las cuatro señoras habían empezado ya a mirar las fotografías en blanco y negro.

Miss Biggles actuaba como una especie de memoria colectiva, ya que en la mayoría de los casos las fotos representaban momentos de la historia de Kilmore Cove:

—Aquí era cuando todavía funcionaba el ferrocarril y en la estación estaba el viejo Black Vulcano. Esta era durante el gran verano de los atunes. Y esta es del invierno de hace treinta años, cuando las oreas atacaron a una ballena que estaba agonizante en alta mar... Esta es mi hermana durante su viaje a Italia: Florencia, Roma, Venecia. ¡Aquí está en una góndola!

Después, de nuevo Kilmore Cove: la comunión de los niños en 1974 y el banquete en la playa. Una de las muchas fiestas de matrimonio en Turtle Park, la luminaria y la procesión hasta la iglesia de Sant' Elmo. A continuación, la elección del alcalde y la llegada del nuevo director a la escuela, del que miss Stella contó en secreto que ¡tenía un aliento terrible que atemorizaba a los chicos!

—¡Había muchos más niños en el pueblo! —comentó la señora Bowen, que recordaba la consulta del marido llena de chiquillos con las rodillas despellejadas.

Y más: ese era Leonard, el farero, cuando era joven y veía todavía con los dos ojos. En la página sucesiva se veía a un irreconocible padre Phoenix, tomando el sol tumbado, con un pañuelo en la cabeza...

—¿Quién es ese hombre de espaldas al final del muelle... con una gorra de cazador? —preguntó la joven peluquera.

Las mujeres se pasaron la foto, ojeándola atentamente.

—¿Sabéis quién es? ¡Es el señor Moore, el de Villa Argo! —declaró al final miss Biggles.

Se pasaron de nuevo la foto. Cleopatra Biggles quizá tuviera razón, pero resultaba difícil estar completamente seguras, porque el hombre estaba demasiado lejos para poder reconocerlo.

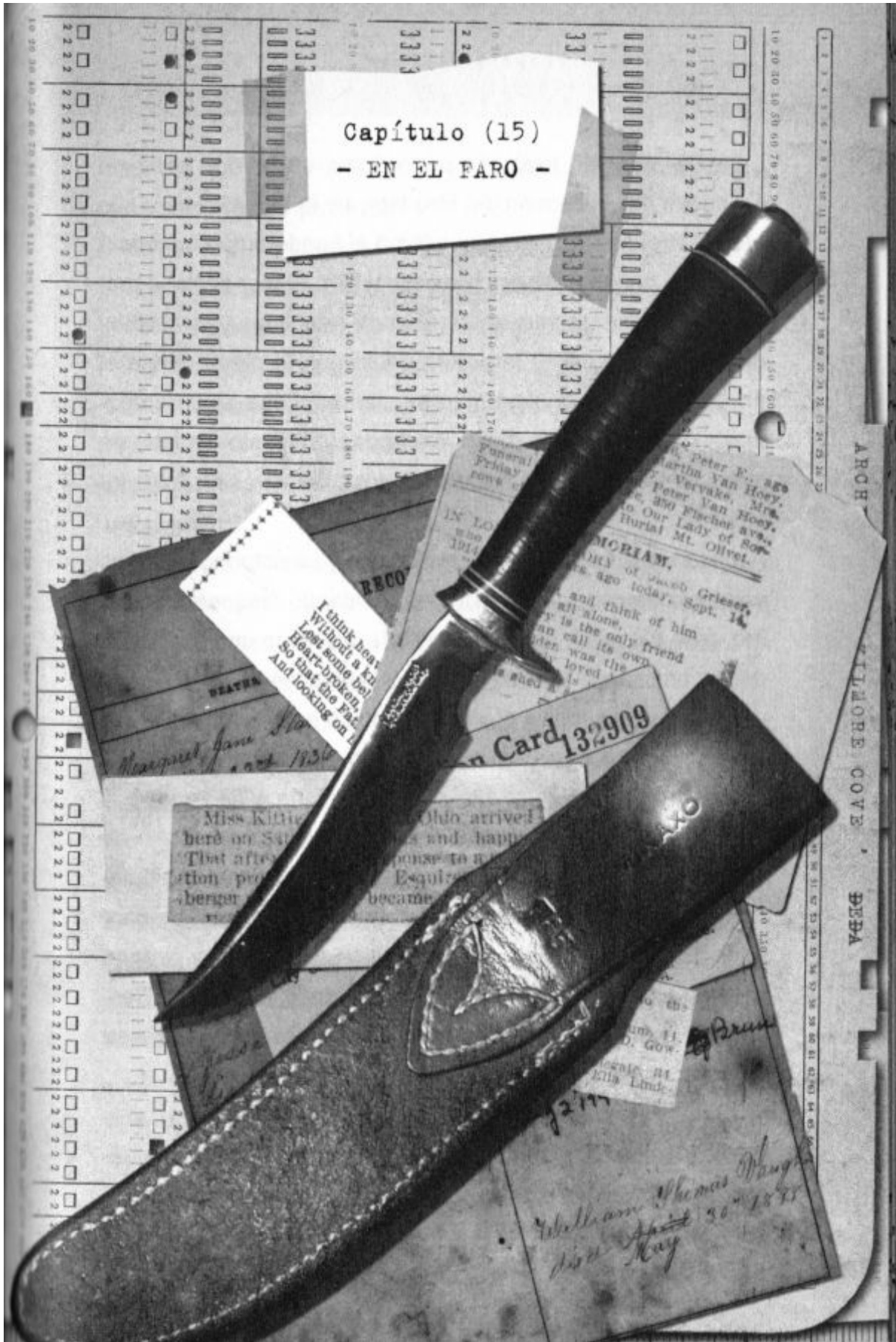
En ese momento, miss Biggles vio una foto en color que sobresalía del álbum y la cogió rápidamente. Era Oblivia Newton con un galgo que le llegaba a la altura de los riñones y un resplandeciente collar de piedras preciosas.

—¡Aquí está, por fin! —exultó mientras las invitadas centraban su atención en la foto—. Nuestra misteriosa millonaria.

Gwendaline, sin embargo, había conservado la fotografía con Ulysses Moore al fondo.

—¿Me puedo quedar con esta? —preguntó cándidamente.

Y casi automáticamente dejó que se deslizara dentro de su bolso.



Jason atravesó todo el pueblo como un rayo y subió de nuevo por el camino del otro lado de la bahía. Dejó a sus espaldas el camino principal y tomó el sendero que conducía al faro. El promontorio era estrecho y alto. El mar azotaba ambos lados y se encrespaba formando remolinos y torbellinos entre los escollos. El faro surgía justo en la cima, donde el prado descendía hacia el mar transformándose en un empedrado de gigantescas rocas cuadradas. El viento soplaba en todas direcciones y en el cielo las gaviotas parecían flotar inmóviles.

Jason se subió todas las cremalleras y se abrochó todos los botones que consiguió encontrar, intentando resguardarse del frío, pero fue inútil: su camiseta ondeaba como una bandera y de vez en cuando las olas del mar lo salpicaban.

Forcejeando contra el viento, el chico se aproximó al faro. Al verlo de cerca, se dio cuenta de que era altísimo, por lo menos tres veces más alto que la torre de Villa Argo. Era blanco, sin ventanas y tenía solo una puerta, en la parte de abajo, que resultaba ridículamente pequeña. Jason ni siquiera intentó abrirla porque estaba cerrada con un pesado candado. Miró hacia arriba, con sensación de vértigo, y escrutó la estrecha peana circular situada justo debajo del fanal. Después se protegió los ojos con la mano y trató de atisbar a su alrededor.

No había nadie.

Dio la vuelta al faro y se acercó a la casa del farero, un edificio sencillo de dos plantas, con casi todas las persianas bajadas. Vio que había también un tercer edificio, más pequeño y más bajo, a poca distancia.

—¡Señor Minaxo! —gritó—. ¡Señor Minaxo!

Llegó hasta la puerta de entrada y llamó de nuevo.

Volvió a llamar, pero no le contestó nadie.

Una de las ventanas, a la derecha de la entrada, tenía un batiente abierto. Jason echó una ojeada dentro a través de la reja de hierro: vio una mesa con un cuchillo apoyado encima, un fregadero y una vieja estufa de leña. Pero de Minaxo no había ni rastro.

Se arrebujó en sus ropas, atemorizado por el ulular insistente del viento que se arremolinaba a su alrededor. Después, como transportada por una ráfaga, sintió que una sombra gigantesca se cernía sobre él.

Jason se dio la vuelta y, entornando los ojos, vio la figura de un hombre de pelo largo recortada contra el sol. Llevaba en la mano un objeto puntiagudo y metálico.

—¿Y tú quién eres? —dijo.

Jason sintió que se le hacía un nudo la garganta y se le paralizaba la respiración.

El hombre sujetaba en la mano un arpón. El viento henchía su camisa, que se abrió súbitamente como una vela desgarrada.

El muchacho luchó contra la tentación de retroceder uno, dos, diez pasos y poner pies en polvorosa. Pero era Nestor quien lo había mandado y...

—¿Eres Leonard? —consiguió preguntar.

Hacía un instante estaba de pie ante Jason. Un instante después estaba en cuclillas a pocos centímetros de él. Su rostro estaba surcado por un parche negro que le tapaba el ojo derecho. El ojo sano era de un color azul hielo. Nariz afilada. Hombros anchos. Y llevaba un diente de tiburón colgado al cuello.

—He preguntado antes yo —dijo clavando el arpón delante de él sin prestar demasiada atención. La punta penetró en la hierba como un cuchillo en la mantequilla.

—Me llamo Jason Covenant —respondió—. Y he venido a buscar a Leonard Minaxo.

—Jason Covenant... —La melena del hombre ondeó al viento—. ¿Y por qué has venido a buscar a Leonard?

—Porque Nestor me ha dicho que es de los nuestros.

El hombre se enderezó.

—Explícate mejor.

Jason respiró profundamente.

—Si no eres Leonard, no puedo.

El farero miró al chico, que temblaba de frío y de miedo, se vio a sí mismo con el arpón de pescar atunes en la mano y pensó en la distancia que los separaba del alma viva más cercana. Sopesó todos estos factores y dijo:

—Tienes agallas, chico. —Pasó por delante de Jason y fue a abrir la puerta de la casa—. Soy Leonard. Entra.

Dentro de la casa hacía frío, como si ningún fuego hubiera calentado nunca las paredes y el suelo. Leonard Minaxo hizo un gesto a Jason indicándole que se sentara en un taburete de madera hecho con un mástil. Dejó el arpón encima de la mesa, junto al cuchillo, se quitó la camisa y abrió el grifo. Mientras se lavaba con agua helada preguntó:

—¿Por qué te ha mandado aquí Nestor?

A Jason le habría gustado contarle todo enseguida, pero decidió que era mejor ser prudente:

—Me ha dicho que sois amigos.

—No creo que haya usado esa palabra. —Leonard dejó que el agua helada se deslizara por sus manos y sus brazos musculosos—. Lo fuimos. Pero... para decirlo en verso: «Será cual renovarte cuando te sientas viejo y ver tu sangre ardiente cuando la sientas fría».

—No entiendo...

—Es Shakespeare, jovencito. Dice que a veces te acuerdas de los amigos porque te acuerdas de cuando eras joven. ¿Has leído a Shakespeare? No, no creo... ¿Tú qué lees?

—*Capitán Mesmero* —respondió Jason, aclarando después—: Es un cómic.

—¿Entiendes por qué el mundo va al revés?

—Nestor está en peligro —replicó Jason, molesto por el comentario despreciativo—. Y ha dicho que solo tú puedes ayudarlo.

—¿En peligro? —Leonard Minaxo cerró el grifo.

—Ha dicho que tenéis que poner en marcha el plan de la paloma en el pozo.

Leonard ladeó la cabeza.

—¿De verdad te ha hablado de la paloma en el pozo? ¿Cuándo?

—Hace diez minutos. Antes de que aquellos dos volvieran a interrogarlo.

—¿Aquellos dos quiénes?

—No lo sé. Dos mendigos... Quiero decir... dos ladrones. Han entrado en Villa Argo y tienen a Nestor maniatado en el sofá.

El farero lanzó un improperio; después volvió a ponerse la camisa aunque tenía los brazos todavía mojados.

—Y él, ¿cómo piensa hacer el plan de la paloma?

—No lo sé. Me ha dicho que intentará llevarlos lejos de casa.

—Entonces no hay un momento que perder. —El farero agarró el arpón de encima de la mesa y lanzó el cuchillo a Jason—. Ten. ¿Sabes usar un cuchillo?

Jason lo agarró al vuelo, sorprendido de sus propios reflejos.

—Creo que sí...

Leonard sonrió complacido.

—Es fácil —dijo—. Si apoyas la hoja sobre algo y aprietas... el cuchillo corta.

—¿Qué es el plan de la paloma en el pozo? —gritó Jason al viento, corriendo tras Leonard Minaxo.

—El pozo es el de Turtle Park —respondió él, dirigiéndose hacia un edificio no muy lejano—. O sea, el parque de Kilmore Cove.

Jason sacudió la cabeza. No sabía que en el pueblo hubiera un parque ni tampoco dónde estaba.

Leonard se acercó a la puerta del edificio y comenzó a abrir los pestillos. Por el olor, Jason se dio cuenta de que se trataba de una cuadra.

—Antes, bajo la colina del parque, había grutas. Durante la campaña de Inglaterra, los romanos las usaban como prisiones para interrogar a los celtas rebeldes, los druidas y los espías.

Jason asintió, aunque no había entendido ni una sola palabra.

Leonard abrió la puerta de la cuadra de par en par y entró.

—¡Arre, bonita! ¡Nos vamos!

Jason se detuvo en el umbral de la puerta. La cuadra, asomada al mar, albergaba un magnífico corcel de pelaje oscuro y crin blanca. Leonard le acarició rudamente el hocico; después le preguntó a Jason:

—¿Cómo se te dan los caballos?

—No... no he montado nunca.

—Estupendo. Siempre tiene que haber una primera vez.

—En realidad, tengo mi bici aquí fuera.

—Pero yo no. ¡Ven!

Jason entró con paso vacilante en la cuadra. La yegua agitó las crines, como si hubiera entendido que iba a salir.

—Ella es Ariadne —dijo Leonard—. Ariadne, él es... Jason Covenant.

Esperó a que Jason le acariciara el hocico; después puso su enorme mano encima de la del chico y, apretándola contra la testuz de Ariadne, declaró:

—Ahora sois amigos.

Después indicó la silla que colgaba de un gancho y ordenó:

—Ensíllala, por favor.

Jason intentó protestar, explicando que no había ensillado un caballo en su vida, pero todo fue inútil.

—¡Y, además, no llego! ¡La silla está demasiado alta! —gritó.

—Entonces, salta —fueron las últimas palabras del farero antes de salir de la cuadra.

—Así que queréis robarme... —dijo Nestor, siguiendo con paso firme al mendigo hasta la cocina—. En resumidas cuentas, que sois dos ladrones.

Don Diego Valente, fascinado por las luces de la nevera, la había dejado prácticamente vacía mientras intentaba averiguar cómo funcionaba. Dieguita, mientras tanto, estaba examinando todos los adornos de la casa: en cuanto encontraba alguno que le parecía de valor, lo sacaba fuera.

Dejando a un lado el problema de descubrir dónde estaban, los dos mendigos habían elaborado un sencillo plan: saquear Villa Argo.

—¡Ladrones! ¡Ladrones! —gesticuló don Diego, plantándose en jarras frente al frigorífico mientras clavaba la mirada en la luz eléctrica—. Es fácil llamar ladrón a alguien. Pero ¿quién no ha robado nunca? —Y antes de que Nestor pudiera contestarle añadió—: ¿No le has robado nunca el corazón a una chica? ¿O el tiempo a quien tenía menos que tú? O... ¿qué era lo que venía después?

Don Diego se restregó la nariz, intentando acordarse de un tercer ejemplo que causara impresión, como si se los hubiera aprendido de memoria.

Al verlo en aprietos, Nestor rió con sorna:

—No creía que fueras tan filósofo... ¡De todas formas, no me parece una buena idea coger las cosas de la casa y llevárselas, como está haciendo tu amiga!

—De acuerdo, eso es robar —asintió el mendigo, saliendo al jardín y yendo hasta las escalerillas de piedra—. Coger las cosas de los otros. Vale. Pero entonces también el Consejo de los Diez es un ladrón... porque ¡hace pagar a todos los mercaderes! Y, en cualquier caso, así es la vida. Hablando de otra cosa dime, abuelo, ¿qué mar es este?

—El océano Atlántico.

Los ojos del joven se iluminaron. Cruzó las manos detrás de la nuca e inspiró profundamente el aire salobre.

—¡Claro! ¡Ah, entonces no me equivocaba! Había reconocido el olor.

—¿De dónde eres? ¿Eres español? —le preguntó Nestor.

—Yo soy ciudadano del mundo. Mi madre era de Valencia. Mi padre... ¿quién sabe? Murió antes de decirme la verdad. De tos. Así que antes de morir yo también, me embarqué a los doce años. He visto las islas del Atlántico llamadas Cabo Verde. Y Marsella y Génova, antes de que la nave naufragara bajo un ataque. He jurado no volver a pisar nunca más un barco. Después conocí a Dieguita y nos fuimos a Venecia a trabajar para los especieros hasta que nos echaron. Después... después hemos tenido que apañarnos como hemos podido.

Dieguita salió de Villa Argo, sosteniendo triunfante una lámpara de pie dorado.

—¡Mira, amor mío! ¡Toda de oro!

Nestor reconoció con rabia la lámpara que estaba junto a la mesita del teléfono. Tenía que conseguir alejar a esos dos de Villa Argo antes de que la destrozaran.

—Veamos... ¿cómo pensáis ir de aquí?

—¿Cómo?

—Que cómo pensáis llevaros todas esas cosas. Si os vais a pie, el dueño de la casa os encontrará enseguida.

Solo entonces don Diego pareció darse cuenta de la cantidad de cachivaches y de baratijas doradas que Dieguita había sacado de la casa.

—Pues... tienes razón. Nos hace falta un caballo. ¿Dónde está la cuadra?

—No hay ninguna cuadra en Villa Argo.

Don Diego estaba muy sorprendido.

—Y entonces, ¿cómo os movéis en este pueblo?

—A pie o en barca.

—¡No me hables de barcos! ¡Lo he jurado!

—En ese caso, tendréis que ir a buscar un caballo a la cuadra más cercana... —comentó Nestor con aire indiferente.

—¿Dónde está?

—No os lo diré nunca.

—Pues yo creo que sí que nos lo dirás...

Nestor se tomó algún tiempo y luego dijo:

—Hace falta andar un poco...

—¡Ah, sí! ¡Muy listo el abuelo! —sonrió don Diego—. Así mientras nosotros vamos a buscar el caballo, vuelve tu dueño.

—Por mí podéis llevaros todo si queréis —dijo Nestor.

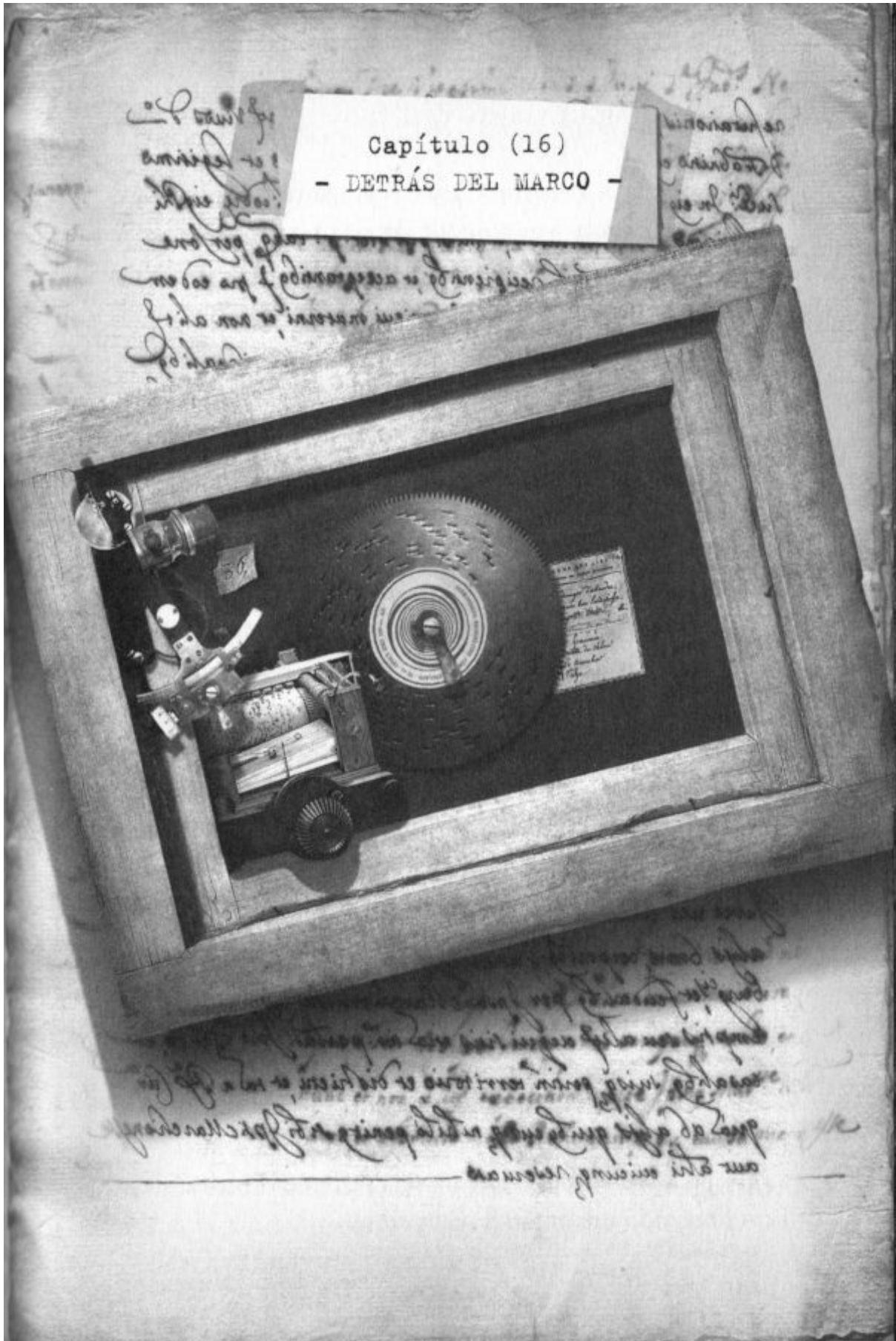
Don Diego sopesó las palabras del jardinero; después miró los objetos amontonados en la grava.

—¡Dieguita! —gritó.

La muchacha acudió a la puerta. Llevaba una bandeja de plata en las manos, que contemplaba admirada por uno y otro lado:

—¡Mira! ¡Es de plata! Se puede uno mirar en ella como si fuera un espejo...

—¡Deja! ¡Deja! —le ordenó don Diego—. Tenemos un pequeño problema...



Rossella y Alberto Caller acompañaron a Julia y a Rick hasta una cómoda de rica taracea, encima de la cual estaban expuestos algunos objetos: dos estatuillas Ming procedentes de China, una navaja de Toledo y un joyero de Esmirna.

—No veo ningún carillón —dijo Julia mirando a su alrededor con curiosidad.

—Claro. Porque es un poco especial... —farfulló Alberto, cogiendo una silla. Se quitó los mocasines, se subió encima y descolgó de la pared un pequeño cuadro que estaba sobre la cómoda.

—¡Rick! —exclamó Julia, reconociendo la casa y el jardín del cuadro—. ¿No es Villa Argo?

—¿Qué? —preguntó Alberto.

—¡Es la casa donde vivimos nosotros! —explicó Julia—. Aquí está el parque, el acantilado... y aquí la verja de entrada.

—¿En serio? —dijo Rossella—. ¡Enséñales el marco, Alberto!

Alberto le dio la vuelta al cuadro y les mostró a los chicos una manivela incrustada en el marco dorado. Había un pequeño cilindro de metal con una lechuza grabada, el símbolo de Peter. El cilindro, conectado a la manivela mediante una rueda dentada, estaba erizado de minúsculas púas metálicas.

—Ahora le doy cuerda para que lo oigáis... —musitó Alberto. Y giró la manivela.

Las púas comenzaron a rozar una serie de láminas metálicas liberando una melodía dulcísima.

Al escuchar sus notas, Rick se sintió transportado de repente a su infancia. Era la misma música que había escuchado años atrás, el día que su padre había entrado con él en la tienda de Peter Dedalus para comprarle un reloj. No tenía la menor duda: esa melodía estaba grabada en su memoria como si fuera su propio nombre.

—¿Estás bien, Rick? —le preguntó Rossella.

La voz lo sacó de repente de sus recuerdos y se dio cuenta de que el carillón había dejado de sonar y de que Julia y los Caller lo estaban mirando.

—¿Cómo? ¿Qué?

Le escocían los ojos y estaba ruborizado. Como siempre que pensaba en su padre.

—Rick... ¿estás bien? —Julia le cogió la mano.

—Es suyo —declaró el chico pelirrojo, indicando el carillón—. Es de Peter. Lo he reconocido.

—Pues la verdad es que es un buen misterio —observó Alberto Caller, apoyando el cuadro en el suelo—. No sabría por dónde empezar. No es fácil encontrar a una persona en una ciudad tan grande como Venecia y con tan pocos datos.

—¿Habéis hablado ya con los mercaderes de la rúa de los Relojeros? —preguntó Rossella.

—Sí, pero nadie parece saber nada.

—¿Estáis seguros de que ese tal Peter no tiene un apodo o algo parecido? —sugirió Alberto.

—Pues sí... A lo mejor usa otro nombre. Para estar más tranquilo...

—O sea, ¿que no quiere que lo encuentren?

—Digamos que... ha huido —admitió Julia.

—Ha dejado una confesión en la que pedía disculpas por un error cometido en el pasado y decía que quería rehacer su vida aquí, lejos de todos.

—Y entonces, ¿por qué no respetáis su voluntad?

—Porque creemos que Peter se llevó consigo un secreto que pertenecía a Ulysses Moore. Y nosotros... queremos descubrirlo.

—Pero... ¡esto es fantástico, Alberto! ¡Es como una caza del tesoro!

El señor Caller se atusó el bigote, meditabundo.

—Todo lo que tenemos de él es este carillón.

Rick guardó silencio unos instantes y después añadió:

—Nosotros hemos encontrado también un tablero de ajedrez suyo y una hoja en la que dice que para ponerse en contacto con él hay que usar la llave correcta y escribir «DEDA».

—¿Y qué es? ¿Una especie de enigma? —gruñó Alberto.

—Sí, pero totalmente incomprensible. Además, el mensaje proviene de una invención suya —precisó Rick—. Una máquina para clasificar los documentos de un archivo. Si uno le pide que busque el nombre de Peter Dedalus, sale esa frase.

—Extraño, verdaderamente extraño. Un inventor orfebre, apasionado del ajedrez y la música, que se ha refugiado en Venecia y ha dejado un mensaje aparentemente carente de sentido. Diría que solo queda una cosa que hacer.

—¡Mi marido tiene siempre solución para todo! —lo felicitó Rossella.

—Siempre que queráis que participemos nosotros también en la búsqueda, claro —añadió el señor Caller.

—¡Por supuesto! ¡Les estaríamos muy agradecidos! —exclamó Julia.

—Bueno, pues entonces... ¡cojamos las capas y salgamos! Yo intento envolver el cuadro para llevárnoslo.

—¿Adónde vamos?

—Al hospital de Santa Maria della Pietà —respondió Alberto Caller.

El pequeño grupo salió rápidamente de casa. El señor Caller cerró la puerta de entrada con una gran llave profusamente labrada, que se colgó acto seguido al cuello, para acabar metiéndosela por debajo del chaleco. Había confiado el cuadro a su mujer y llevaba consigo otro objeto, envuelto en un paño.

Les abrió camino a lo largo del canal, que después tuvieron que cruzar para llegar hasta la calle delle Erbe, y durante el trayecto les fue explicando su plan.

—Cerca del hospital de Santa María della Pietà se encuentra una de las cuatro academias de música más importantes de la ciudad —dijo—. Hasta hace unos años enseñaba allí nuestro Antonio Vivaldi.

—¿El de *Las cuatro estaciones*? —preguntó Julia.

—Exacto —confirmó Alberto—. Y si este carillón es la única pista que tenemos lo primero que hay que hacer es averiguar cuál es la melodía que suena. Y para decírnoslo, ¿quién mejor que los maestros de la más afamada escuela de música de la ciudad?

—Y, naturalmente, podremos preguntárselo solo nosotras dos —dijo Rossella a Julia.

—¿Por qué?

—Es una escuela femenina. Las jóvenes alumnas aprenden a cantar y a tocar el violín, pero se mantienen siempre ocultas a los ojos del público actuando detrás de una celosía.

—¡Es una verdadera obsesión eso de ocultarse! —saltó Rick—. ¡Celosías, secretos, máscaras! ¿Es que aquí no se hace nada a la luz del sol?

Alberto Caller no respondió enseguida. Se colocó bien el envoltorio que se había traído de casa bajo el brazo, como si tuviera miedo de que pudiera escapársele. Después murmuró:

—En realidad, muy pocas cosas...

—Por lo menos ustedes no van por ahí enmascarados como los demás venecianos —comentó Julia.

—Las máscaras esconden solo los secretos del semblante. Hace falta mucha más habilidad para esconder los secretos del corazón —dijo Alberto, pensativo—. De todas formas, hemos llegado. Id a preguntar e intentad descubrir algo más sobre el carillón.

Rick y Alberto se quedaron fuera. Mientras esperaban, a los pies de una enorme estatua ecuestre, un pregonero empezó a vocear:

—*¡Los chismes de las mujeres!* ¡Esta noche todos al Teatro Sant' Angelo para asistir a la comedia de Goldoni! *¡Los chismes de las mujeres!*

—Por fin una buena noticia —sonrió Alberto—. Tiene que ser divertida. ¿Has ido alguna vez al teatro?

Rick negó con la cabeza.

—Podríamos ir, si os apetece. ¿Cuánto tiempo pensáis quedaros en Venecia?

Solo entonces Rick se dio cuenta de lo rápido que había pasado el día. Todavía no habían descubierto nada y el sol ya estaba poniéndose en el horizonte tiñendo de oro el cielo. Su plan de encontrar a Peter en una sola tarde era más que optimista.

—Solo hoy, creo —respondió.

—¡Qué pena! Nos habríamos divertido.

Rick se acordó de la cita con Jason y sintió que le faltaba la respiración. A saber qué estaba sucediendo en Kilmore Cove y si lograrían alguna vez volver a casa... Esperó confiado a que Julia regresara, pero la expresión con la que salieron de la academia de música hacía presagiar que no habían descubierto nada nuevo.

—Misterio —resumió Julia, dirigiéndose a Rick—. Ningún maestro la ha oído nunca. Señal de que es una melodía más moderna.

—¿Más moderna? —preguntó Alberto—. ¿Qué quieres decir?

—Nada... era un simple comentario...

Rick, sin embargo, había entendido perfectamente: era posible que la melodía del carillón hubiera sido compuesta después del siglo XVIII.

—Entonces, ¿ha sido todo inútil?

—Bueno, todo no —respondió Rossella mostrando una hoja de papel—. El maestro de violín nos ha dado la dirección de una persona que podría haber hecho este marco y haber montado el carillón.

—Pues vamos a comprobarlo —dijo Alberto.

Recorrieron un laberinto de callejas y callejuelas y volvieron por segunda vez a la plaza de San Marcos, donde algunas damas ataviadas con ampulosos trajes de al menos tres metros de ancho habían salido a pasear.

Alberto llevó a los chicos a un café situado bajo los soportales que rodeaban la plaza.

—Cada vez que pasamos por aquí —explicó—, nos tomamos un dulce de chocolate a la vainilla por lo menos.

En el letrero del local se leía: ALLA VENEZIA TRIONFANTE. Pero Alberto les dijo que los venecianos lo conocían simplemente como el café Florian, por el nombre del señor con mostacho que servía zabaione caliente de un perol de cobre.

Las posibilidades de elección eran sorprendentes: agua aromatizada a la esencia de flores, limonada, helados de nieve, helados duros y, por supuesto, dulces de chocolate a la vainilla. Alberto compró cuatro dulces, que les sirvieron bien calentitos en cucuruchos de papel.

Pero cuando llegó el momento de salir del café, el rostro del señor Caller se ensombreció de repente.

—El conde Cenere —murmuró en el umbral de la puerta. Lanzó una mirada preocupada a Rossella, que se puso tan rígida como él.

—A lo mejor no nos ha visto —dijo la mujer.

Los Caller se dieron la vuelta de golpe, colocándose de espaldas a la plaza y de frente a los chicos.

—¿Qué pasa?

—Un desagradable encuentro, me temo —respondió Alberto, acariciando nerviosamente el envoltorio que llevaba bajo el brazo.

—Démelo a mí —intuyó Rick.

Alberto miró a Rossella, que asintió.

—Me harías un gran favor... Es que este... personaje... parece que me persigue.

—No hay problema.

—Haced esto, entonces: pasad por aquella arcada y seguid todo recto hasta llegar a la iglesia de San Moisè. En cuanto nos deshagamos de este tipo, os alcanzamos.

Rick no se lo hizo repetir dos veces. Agarró el envoltorio y descubrió que era más ligero de lo que pensaba. Después, con Julia corriendo a su lado, hizo exactamente lo que le habían dicho.

Se abrió paso con dificultad por entre la muchedumbre que abarrotaba la plaza, cruzándose con infinidad de máscaras multicolores. A la altura de la arcada se detuvo para mirar atrás, pero no reconoció ni a Alberto ni a Rossella. Una figura enmascarada vestida de malva pasó cerca de él, desprendiendo un perfume que lo dejó totalmente aturdido.

—¿Rick? ¿Estás aquí? —lo apremió Julia.

El muchacho asintió. Por un momento, el perfume pareció traerle un recuerdo a la memoria... Después sacudió la cabeza y prosiguió su camino.

—Conde Cenere —le susurró Oblivia Newton al oído del enmascarado gris, al tiempo que le ponía una mano en el hombro.

El guardia estaba delante del café Florian, conversando con dos señores de mediana edad, que parecían bastante intranquilos. Él movía nerviosamente los ojos redondos. Ella tenía las mejillas arreboladas y llevaba en la mano un cuadro tosco con un marco dorado. Oblivia lanzó una mirada despectiva a la mujer, decididamente demasiado rolliza para su gusto.

El conde Cenere se dio la vuelta de golpe.

—Ah, es usted —comentó—. Estaba conversando gratamente con estos dos queridos amigos míos... los señores Caller, Rossella y Alberto. La señora...

—Newton, como el científico —se presentó Oblivia.

—El señor Caller era un prestigioso estudioso —prosiguió el conde Cenere, subrayando el verbo en pasado— antes de mudarse a su nueva residencia.

—¿Es usted de Venecia, señora Newton? —intervino Rossella, intentando cambiar de tema.

—No exactamente —respondió Oblivia en tono displicente—. Pero creo que el conde tiene información que me permitirá conocer mejor la ciudad.

—Pues entonces... perfecto —sonrió Alberto Caller—. Nosotros ya nos íbamos. Señor conde, mis respetos. Le deseo lo mejor en su trabajo.

Con una rápida reverencia y un besamanos, se separaron.

—Sigue, sigue con tus juegucitos... —masculló el conde Cenere a sus espaldas—, que van a ser los últimos.

—Con máscara o sin ella, parece que a usted le conocen todos en la ciudad —observó Oblivia.

—Solo los que tienen algo que temer del Consejo de los Diez —respondió el guardia en tono seco.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que tenían que temer esos dos?

—Son iluministas que difunden libros prohibidos. Y antes o después los pillaré con las manos en la masa.

—Me alegro por usted. Pero me parece que nuestro encuentro de hoy tenía otro objeto.

Sin responder, el conde Cenere echó a andar por la plaza abarrotada de gente.

—¿Ha encontrado a nuestro hombre? —le preguntó Oblivia, que echó a andar tras él.

—Y usted, ¿tiene mi recompensa?

La mujer hizo tintinear las monedas bajo el vestido, y el conde asintió.

La escoltó hasta la torre del reloj, hasta una pequeña puerta situada en la parte trasera del edificio que daba a un callejón oscuro y sin salida.

—¿Y entonces?

—Qué prisa, señora Newton. Ha sido una investigación larga y difícil. Los datos en mi poder eran pocos, muy pocos. Pero... por suerte... —Oblivia vio brillar por debajo del traje del hombre un objeto metálico. Por un instante, creyó que era un cuchillo. Sin embargo, era una anilla de metal de la que colgaba un mazo de llaves. El conde Cenere eligió dos y abrió la puertecilla. Entró y le hizo a Oblivia ademán de que lo siguiera.

Fueron a dar a una habitación de piedra, con una escalera de madera que conducía a un altillo.

—No entiendo —dijo Oblivia.

El conde Cenere le mostró la palma de la mano.

—El dinero, señora.

—Antes dígame si ha encontrado a Peter.

El conde Cenere señaló el techo con el índice.

—Claro. Aunque no usa ese nombre. Ahora se hace llamar... Pietro el Inglés, el relojero.

—¡Es él!

—Me alegro. En este momento se encuentra dos pisos más arriba de esta habitación, arreglando el reloj de la torre. No tenéis más que subir por esta escalera de aquí para encontrarlo.

Oblivia sonrió. El guardia agarró el talego de monedas y lo escondió rápidamente bajo la capa.

—Buena suerte, señora Newton. Y si necesita de nuevo mis servicios, ya sabe dónde estoy.

—Echo solo un vistazo —dijo Rick.

—¡No! —replicó Julia, acariciando a Diogo—. Rick, el señor Caller no te ha dado permiso...

—¿Y cómo se van a dar cuenta? —protestó él—. Levanto solo el paño y miro a ver qué es...

—No.

Los dos estaban sentados en el suelo, al lado de la entrada de la iglesia.

—¡Se le ha puesto una cara antes! —continuó Rick.

—A Rossella también. Parecían realmente asustados...

—¡Por eso! —afirmó Rick, indicando el envoltorio que le había confiado Alberto Caller—. Te recuerdo que no sabemos nada de ellos, tan solo que viven en casa de Penelope.

—Algo que Nestor no nos había contado...

—A lo mejor no es lo que creemos.

—O quizá no lo sabía ni siquiera él —masculló Julia.

—Probablemente... Si no, nos lo habría dicho.

—Hay una cosa más que no me encaja... —dijo Julia.

—Qué suerte tienes, solo una.

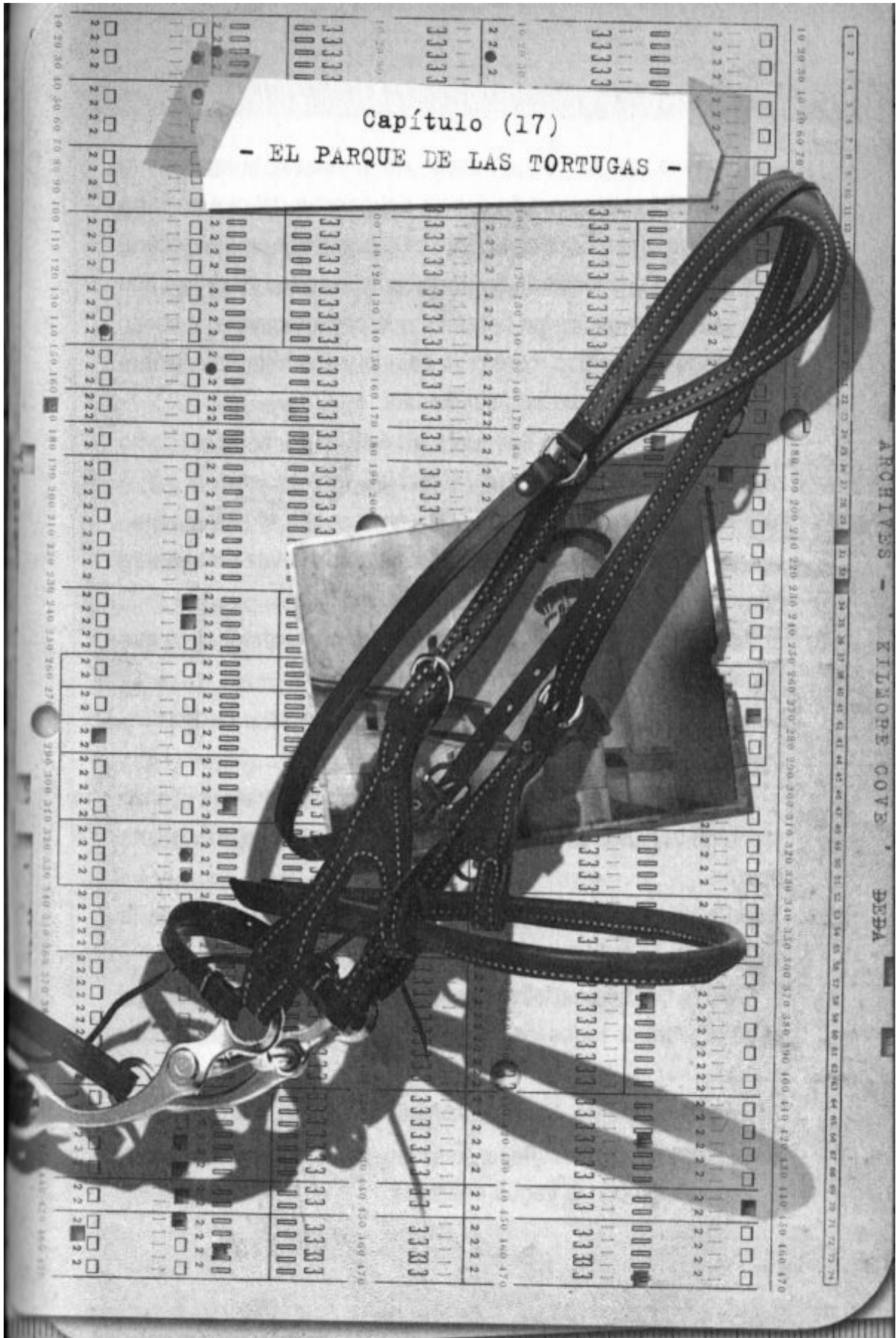
—Si Penelope ha vivido después en Kilmore Cove, entonces algún otro tiene que haberse quedado aquí en su lugar, ¿no? Es algo así como lo que ha sucedido hoy con los dos mendigos. Ellos allí y nosotros... aquí.

—Esperemos que sea por poco tiempo.

Ante la idea de permanecer prisionera en Venecia, Julia sintió un escalofrío.

—A propósito, ¿qué hora es?

—Creo que es un libro —dijo Rick, mirando dentro del envoltorio.



Jason vio una silla en un rincón de la cuadra, la agarró y la arrastró hasta colocarla debajo del gancho del que colgaba la silla de montar. Era una silla de montar inglesa de piel oscura, muy pesada: una tonelada de cuero con sus arreos y estribos que hizo que le temblaran los brazos y que casi se cayera al suelo. Apretando los dientes, consiguió bajarla y acercarse a Ariadne.

La yegua lo miraba con curiosidad.

En ese momento se oyó fuera un estruendo metálico, como el de un barril rodando, pero Jason hizo caso omiso.

Entró en la cuadra y dejó la silla en el suelo.

—¡Ensíllala, por favor! —masculló, imitando la voz de Leonard Minaxo—. Como si fuera fácil...

Ariadne bufó y Jason dio un prudente paso atrás, visto que la yegua era cuatro veces más grande que él.

—Bueno, Ariadne, ahora necesito que colabores... —dijo después.

La yegua se le acercó. Jason respiró profundamente y lanzó con ímpetu la silla sobre la grupa de Ariadne. Los estribos tintinearón.

—¡Lo conseguí! —exultó el chico, acariciando el cuello de la yegua—. Buena chica...

Ciñó la cincha por debajo de la barriga de Ariadne, ajustó los estribos y tiró de todos los cordoncillos de los que, según él, había que tirar.

En ese momento, Leonard Minaxo se asomó a la cuadra.

—¿Y bien?

Jason salió con la yegua ensillada.

—Tenemos poco tiempo, vamos —dijo el farero.

Condujo a Ariadne fuera de la cuadra, controló la silla con una rápida ojeada y después soltó la cincha.

—¿La he puesto mal? —preguntó Jason.

—No, perfectamente —respondió el hombre—. Pero ahora no nos hace falta.

—¿Qué quiere decir?

—La atamos a eso —explicó Leonard.

En la parte de atrás de la cuadra había un pequeño carro, cargado con dos barriles de metal sujetos uno a otro con una cuerda.

El farero quitó la silla del lomo de Ariadne con una sola mano y la sustituyó con unos arneses ligeros para engancharla a las varas del carro.

—Y si no hacía falta, ¿se puede saber por qué me has dicho que la ensillara? —protestó Jason.

—No le hacía falta a Ariadne, pero a mí sí.

Jason se quedó mirándolo con la boca abierta, sin entender nada.

Leonard sonrió.

—Tenía que saber si sabes hacer las cosas que no sabes hacer —explicó—. Y si de verdad eres tan valiente como dicen.

—¿Quién lo dice?

—Monta.

Ariadne galopaba veloz y el carro avanzaba por el sendero de guijarros.

Jason estaba en el estribo hecho un ovillo, al lado de Leonard Minaxo, mientras los barriles de metal daban botes en la parte de atrás.

—¿Qué es lo que llevamos ahí atrás? —preguntó, mientras se dirigían al pueblo.

—¿Tienes todavía el cuchillo que te he dado?

—Claro que lo tengo, pero te he hecho una pregunta —replicó Jason.

Minaxo levantó la palma de la mano derecha.

—Un momento, capitán. Sujeta las riendas.

Jason agarró instintivamente las dos finas tiras de cuero.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó, asustado.

—Sujétalas y ya está.

—¡Demonios! —gimió el chico, poniéndose de pie sobre el estribo.

—¿Dónde tienes el cuchillo?

—En el cinto —silabeó Jason, con los ojos de par en par, fijos en el camino.

Leonard sacó el cuchillo, se dio la vuelta hacia los barriles y cortó un extremo de la cuerda que los sujetaba. Después les dio una patada y volvió a atarlos con la cuerda, esta vez más fuerte.

—Así está mejor, creo —afirmó, metiendo el cuchillo en una especie de cuña que se encontraba bajo el estribo—. No es buena idea ir por ahí con un cuchillo al cinto —añadió, volviendo a sentarse en su sitio.

En cuanto Minaxo recuperó las riendas, Jason cayó sentado junto a él.

—¡Uau! —dijo—. ¡Cómo corre!

Trazaron trotando las curvas del camino principal, sin que los barriles volvieran a moverse en la parte de atrás.

—Pez —dijo Leonard, después de un rato.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que estamos transportando dos barriles de pez.

—¿Y para qué queremos dos barriles de pez?

—Los llevamos a Turtle Park.

—¿Y dónde está Turtle Park? —gritó Jason, de manera que pudiera oírle a pesar del ruido de las ruedas del carro.

—En el otro lado de Kilmore Cove. Pero no te preocupes... —Leonard tiró de la rienda izquierda, haciendo que el carro entrara en un sendero de tierra hasta entonces oculto—, Ariadne y yo conocemos un atajo.

Volaron por detrás del pueblo, costeando la colina que ceñía la bahía de Kilmore Cove a la altura de la vieja estación. Cruzaron las vías y, cerca de la escuela pública, prosiguieron hacia la colina y empezaron a ascender por el sendero. La vegetación se iba haciendo más y más tupida y muy pronto se encontraron galopando entre las ramas de los árboles, con la hierba que rozaba el fondo del carro.

Pasaron al trote bajo un arco de hierro forjado en torno al cual trepaban unos lirios y fueron a dar a un claro rodeado de cipreses afilados y un frondoso bosque con plantas muy extrañas.

—Turtle Park, el parque de las tortugas —dijo Minaxo, deteniendo la yegua y mirando a su alrededor.

—¿Qué es? Parece que está abandonado.

—Es que lo está. Cuando lo proyectaron, hace casi dos siglos, iba a ser un gran parque botánico, capaz de albergar plantas de todo el mundo. Pero después de la muerte de su artífice, fue quedando en el abandono. Y ahora que las plantas originarias se han mezclado con las plantas silvestres es quizá aún más hermoso de como debía de ser hace cien años. O por lo menos esa es mi impresión.

—¿Quién lo proyectó? —preguntó Jason, cautivado por la majestuosidad de algunas plantas, por los festones que formaban las trepadoras, por la tupida maleza salvaje que había invadido los senderos.

—Fue idea de un antepasado mío... ejem... de los Moore, un apasionado de la botánica.

—¿De un antepasado *tuyo* o de los Moore? —lo apremió Jason.

Leonard dirigió al muchacho una sonrisa burlona.

—No se te escapa una, ¿eh? De un antepasado de los Moore. Me he confundido. Se llamaba Raymond Moore y era el tatatarabuelo de Ulysses Moore o algo así.

—¿Quieres decir que los antepasados de la familia Moore vivían en Kilmore Cove?

—¿Y dónde iban a vivir?

—Yo creía que la casa estaba abandonada y que Ulysses... el señor Moore fue a vivir en ella cuando se mudó aquí.

—Y así fue. Pero perteneció siempre a los Moore. La dejó abandonada el abuelo de Ulysses y después él decidió ir a vivir allí.

Jason intentó localizar el rostro del abuelo de Ulysses entre los cuadros de la escalera de Villa Argo. Le vino a la cabeza el retrato de un hombre distinguido, vestido de cazador.

Mientras tanto, Leonard condujo el carro a lo largo de un sendero y cruzó un prado, en el centro del cual había un extraño monumento. Eran tres tortugas, una junto a otra.

—¡Anda! —exclamó Jason cuando las vio.

—¿Anda dónde?

—¡Las tres tortugas! —dijo Jason.

Eran las mismas tortugas que estaban esculpidas sobre la puerta de la gruta de Salton Cliff.

Leonard sacudió las riendas.

—Como las de la Puerta del Tiempo —dijo.

Jason abrió los ojos de par en par.

—¿Por qué sabes...?

—Yo también tendría que hacerte la misma pregunta —lo interrumpió el farero.

En la calle principal, el primo de Fred Duermevela tenía un taller de zapatero, mientras que en la parte trasera había transformado un almacén de pescado en un taller de reparaciones de barcas y coches. En el espacio que antes ocupaban los filetes de ballena y de atún había metido quintales de neumáticos, cascos de barcas, timones, marmitas y puertas de coches.

Era un tipo bajo y rechoncho, con la cabeza pelada, que no abrió la boca ni siquiera para pronunciar su nombre.

Examinó la moto de Manfred durante una decena de minutos, sin acercarse siquiera. Después se metió los pulgares por debajo de los tirantes y los tendió como dos arcos, se colocó el palillo de dientes entre los labios como una mira y disparó su sentencia definitiva:

—Neumáticos de ese tipo no tengo seguro.

Manfred apretó los puños en los bolsillos, intentando contener la rabia.

Fred Duermevela se sintió en la obligación de intervenir. Se subió los pantalones de lana y dijo:

—¿Cómo que no tienes? ¡Pero si tienes miles de neumáticos ahí dentro!

Su primo no se alteró. Se pasó una mano grasienta por la calva y precisó:

—Miles, sí, pero esos no. Esa es una moto de lujo. Yo tengo neumáticos normales. Hazme caso, amigo. Para cambiar esas ruedas, tienes que ir a Bristol. O a Londres. O sea, a una gran ciudad.

Manfred no dijo nada.

—Si quieres te apunto el nombre del modelo, pero tienes que encargarte tú.

—¿No puedes pedir las tú? —intervino Fred.

—¿Con la cantidad de trabajo que tengo? Nooo. No puedo. Créeme, amigo, es lo más rápido. Si no sabes dónde meter la moto te la puedo guardar yo aquí hasta que encuentres las ruedas. Mientras que esa cosa de ahí...

—Es un dune buggy —farfulló Manfred.

—Eso, sí, el dune buggy, llévatelo.

El primo de Fred Duermevela le dio una hoja con el modelo de neumático que tenía que buscar.

Manfred decidió dejar la moto en el taller una semana; después subió al dune buggy con la intención de largarse de allí lo antes posible. Tenía que llegar a Bristol y volver a la Casa de los Espejos antes de que Oblivia traspasara la puerta.

—Perdona los modales de mi primo —empezó a decir Fred, acercándose al dune buggy de Manfred—. Pero hace muy bien su trabajo.

Manfred no consideró oportuno subrayar que también él hacía muy bien su trabajo en el hampa de Londres.

—La verdad es que motos hay pocas, aquí en Kilmore Cove —añadió Fred Duermevela.

Manfred, que no estaba de humor para chácharas, hizo como que encendía el cuadro de mandos.

—Mejor dicho, para ser precisos, había solo una —continuó Fred—. Pero no era una moto moto... Era una de esas con una especie de supositorio al lado, ¿sabes cuáles?

—Pues no. Pero tampoco me interesa mucho, la verdad.

—¡Sidecar! Así se llaman. Tenía uno el dueño de Villa Argo.

Solo con oír nombrar la casa de la cima del acantilado, la mano de Manfred se puso rígida.

—Era un tipo especial, sin duda —continuó Fred Duermevela—. Imagínate que un chico ha venido hoy a verme para preguntarme cuándo murió. Y si estaba muerto de verdad.

Manfred arqueó las cejas:

—¿Qué?

—Quería ver las actas de defunción —prosiguió Fred—. Pero como murió en el mar no ha sido declarado todavía oficialmente muerto y... —El hombre rió burlón—. En fin ¡a lo mejor nosotros pensamos que está muerto y bien muerto y sin embargo anda todavía por el pueblo!

Manfred aferró el volante con las dos manos.

—Claro. Pero en un pueblo como este enseguida lo sabrían todos, ¿no?

—¿Y cómo íbamos a saberlo? ¡Nadie le ha visto nunca la cara! ¡A lo mejor resulta que soy yo! ¡Ja, ja, ja!

—Ya, ya... —Manfred miró a Fred Duermevela desde el dune buggy—. ¿Y quién era el chico? ¿Un mocoso pelirrojo?

—Sí, exacto. Banner. ¿Lo conoces?

—Hum... ¿Iba solo o con una chica?

Fred se quedó pensando un momento. Había acompañado a Rick fuera de la oficina y lo había visto montar en la bici. No había nadie más.

—No. Iba solo, en bici.

Manfred recordó que se había cruzado hacía dos días con él. El chico pelirrojo subía pedaleando a Villa Argo y casi lo había atropellado. Y casi lo había atropellado de nuevo el día después, con la moto, antes de llegar a la Casa de los Espejos. Pero en esta ocasión el chico no iba solo. Eran dos. O quizá tres.

—Claro que si el antiguo dueño estuviera todavía vivo... se explicarían muchas cosas —murmuró Manfred.

Sería una jugosa noticia para su jefa. Una noticia de primera plana. Una noticia como para escribirla con letras mayúsculas. ¡Como el gol con la mano de Maradona en los Mundiales!

Algo importante, en fin.

Esa ocurrencia le trajo otra a la cabeza. Debía de ser su día de las ocurrencias.

Se asomó por encima del volante y preguntó:

—Oye, a propósito de tipos raros... ¿No habrás visto por casualidad en la ciudad a un hombre con una pickup gris?

Capítulo (18)
- EL POZO Y LAS PALOMAS -

The microfiche card contains a grid of frames. Each frame typically contains a number (e.g., 10, 20, 30, 40, 50, 60, 70, 80, 90, 100, 110, 120, 130, 140, 150, 160, 170, 180, 190, 200, 210, 220, 230, 240, 250, 260, 270, 280, 290, 300, 310, 320, 330, 340, 350, 360, 370, 380, 390, 400, 410, 420, 430, 440, 450, 460, 470) and a corresponding pattern of dots or characters. The patterns are arranged in columns and rows. A white label is pasted over the top center of the card, and a large black ink smudge is on the right side.

Leonard Minaxo y Jason se adentraron en el parque montados en el carro. Se entreveían retazos de océano azul entre los árboles y, desde lo alto de la colina, Kilmore Cove mostraba sus tejados oscuros.

—¿Tú has conocido a Ulysses Moore? —preguntó Jason.

—No me apetece hablar de ello.

—Pues a mí sí.

—¿Por qué?

—Para saber qué le ha pasado.

—Ha perdido todo y ha dejado su casa.

—¿Cómo era?

—Le gustaba este lugar.

—¿Y de carácter?

—Incontenible.

—¿O sea?

—No estaba parado ni un instante y no podías decirle nunca lo que tenía que hacer. Ni tampoco tener ideas distintas de las suyas.

—¿Os peleasteis?

—Ya te he dicho que no me apetece hablar de ello.

—No me quieres ayudar.

—¿A hacer qué?

—A encontrarlo. O a encontrar su fantasma.

—Pero ¿de dónde te has sacado eso? —exclamó Leonard—. ¿Qué tienen que ver ahora aquí los fantasmas?

—Creo que su fantasma se esconde en Villa Argo.

—¡Chiquillos! En eso es en lo que creen: en fantasmas.

Jason habría querido replicar, pero decidió no hacerlo. Le daba miedo hacer el ridículo. Leonard estaba tan seguro de sí mismo y era tan tajante en sus juicios, que lo atemorizaba.

—Oye, yo estoy de tu parte. Estoy de la parte de Nestor, igual que tú. Y estoy contra Oblivia —añadió después.

—Dime solo una cosa. ¿Has viajado?

Jason permaneció unos instantes en silencio. La pregunta del farero podía significar solo una cosa: ¿has subido alguna vez a bordo de la *Metis* y has cruzado el mar del tiempo?

—Sí —admitió.

—¿Tú solo?

—Con mi hermana y Rick.

—¿Dónde has estado?

—En Egipto. Y en Venecia. Pero en Venecia se ha torcido todo casi desde el principio. ¿Y tú?

Leonard no respondió, pero Jason estaba seguro de que su respuesta era afirmativa. También él había viajado.

—Me gusta —añadió Jason.

—¿Qué has visto en Egipto?

—Estuve en la Tierra de Punt, buscando la Cámara que no existe.

—Y no la encontraste...

—Sí, la encontré. Y encontré también el mapa que estaba allí escondido... o mejor, el mapa que había escondido allí Ulysses Moore para que nosotros lo encontráramos. Pero después llegó Oblivia y nos lo robó.

—¿Y en Venecia?

—Fuimos a buscar a Peter Dedalus. Pero después se entremetieron dos mendigos y...

—Dos éxitos clamorosos ¿no?

Jason no replicó y Leonard añadió, refunfuñando entre dientes:

—Nestor ha cometido un error.

—Si te refieres a nosotros, ¡no ha cometido ningún error! Nosotros hemos descubierto todo solos y...

—¿De verdad? Sorprendente.

—Y, además, eso era lo que quería el antiguo dueño y...

—Pero qué sabrás tú... —lo interrumpió bruscamente Leonard.

Dio un giro repentino y paró el carro.

—Hemos llegado.

Jason miró a su alrededor. Habían subido casi hasta la cima de la colina. A su derecha, entre los árboles, se divisaba a lo lejos el tejado de Villa Argo.

—¿Qué tenemos que hacer?

Leonard desenganchó el carro y empezó a desatar los barriles de pez.

—Colocarlos encima del pozo. Y esperar a las palomas.

Echaron a rodar los barriles de pez por un sendero que conducía a una cabaña sin puerta, oculta por la vegetación. Leonard tuvo que agacharse para entrar.

En el interior había una chimenea tosca y en las paredes restos de cal ennegrecidos por el hollín y algunas frases escritas con carbón.

—Hacía mucho tiempo que no venía por aquí... —murmuró el farero, mirando a su alrededor.

—¿Qué sitio es este? —preguntó Jason.

—Un sitio al que solíamos venir a jugar cuando teníamos tu edad. Era nuestro escondite secreto.

Jason observó el montón de dedazos negros estampados en los muros e intentó descifrar alguna de las frases, la mayor parte de las cuales resultaban ahora totalmente incomprensibles. Con el corazón latiéndole atropelladamente, reconoció en el muro los caracteres del disco de Festo mezclados con las letras del alfabeto. Pasó la punta de los dedos por encima de ellos, incrédulo.

—Tú... ¿conocías estos símbolos?

—Como los otros chicos —respondió Leonard, tranquilo—. Era nuestro alfabeto secreto. Aquí está escrito: «De los sueños somos simples marineros, ni...».

—«... ni capitanes, ni anclas ni navíos» —terminó por él Jason—. ¿Shakespeare de nuevo?

—No —sonrió Leonard, impresionado por la rapidez con la que el chico había traducido la frase. Sacudió la cabeza, salió de la cabaña y fue hasta los barriles de pez—. Ayúdame con estos ahora.

—Voy —respondió Jason desde dentro, pero se quedó descifrando las frases del muro.

Leyó el nombre de Ulysses, escrito con mano temblorosa y una caligrafía muy distinta de la que había aprendido a reconocer en sus cuadernos. El de Penelope no estaba, pero algo más allá estaba escrito: «El gran verano». Y al lado había al menos tres firmas legibles: Peter, Clio y Black, seguidas de una cuarta, casi completamente borrada.

¿Qué hacían todos esos nombres ahí juntos? Peter era el relojero y Clio la hermana de Cleopatra Biggles, pero... ¿quién era Black? Con un escalofrío, Jason examinó las huellas estampadas en el muro de la cabaña secreta. ¿Cuántos años llevaban ahí? ¿Veinte? ¿Treinta? ¿Más aún?

—¡Eh, chico! —lo llamó de nuevo Leonard desde fuera—. ¿Vienes o no?

—Tu firma no está —le dijo Jason, yendo hasta donde estaban Leonard y los barriles.

—Se habrá borrado —gruñó Leonard.

—¿Qué es el gran verano?

—Ah, fue de verdad un gran verano —dijo Leonard—. El primero que Ulysses pasó aquí. El verano en que formamos la pandilla.

—¿Y después?

—Después hubo alguien que hizo demasiadas preguntas. Y la pandilla se deshizo.

En la parte de atrás de la cabaña había un patio empedrado, en medio del cual una rejilla oxidada protegía la boca de un pozo.

Leonard y Jason subieron rodando los barriles hasta el brocal del pozo. Luego el farero agarró la reja con todas sus fuerzas y la levantó.

—Y ahora la pez —dijo.

Jason cogió el cuchillo y lo ayudó a destapar los barriles.

El olor acre de la pez se difundió en el aire.

—¿Qué hay en el pozo? —preguntó Jason, intentando ver el fondo—. ¿Es profundo?

—Nosotros creíamos que conducía derecho al centro de la tierra —bromeó Leonard—. Así que decidimos explorarlo, convencidos de poder hacer un viaje como el de Verne... ¿recuerdas? Dentro del cráter del volcán. Fue Black quien bajó primero. Desde entonces lo llamamos Black Vulcano. Los demás sujetábamos la cuerda.

—¿Y qué pasó?

—Que Black se paró seis metros más abajo. Al principio fue una desilusión, pero luego empezamos a hacer otras exploraciones más interesantes. La gruta da paso a una serie de galerías que en un principio se usaban como prisiones y después, durante la Segunda Guerra Mundial, como depósito de municiones. Por si nos invadían los alemanes.

—Pero todavía no entiendo qué hacemos aquí —dijo Jason.

Leonard se acercó a un grueso árbol.

—¿Ves esa senda? Si Nestor te ha dicho que quiere poner en marcha el plan del pozo y la paloma, dentro de poco llegará por allí y entrará en la gruta que está justo aquí debajo. Yo voy a coger a Ariadne.

—¿Y yo?

—Tú solo tienes que apuntar bien.

Poco después, no demasiado lejos de allí, Dieguita se desplomó en mitad del camino.

—¡Basta, por favor! ¡No puedo más!

Don Diego, un poco más adelante, arrojó al suelo el hatillo lleno de objetos robados que llevaba al hombro y se estiró haciendo presión con los pulgares sobre los riñones.

—Dieguita tiene razón. ¡Oye, abuelo! ¿Cuánto falta para llegar hasta ese maldito caballo?

Nestor indicó un agujero en la pendiente, un poco más arriba, y dijo:

—Unos cuantos pasos. Se ve ya la gruta.

Don Diego se acercó al jardinero y miró en la dirección indicada:

—Una cuadra en una gruta, ¿me tomas el pelo?

—Me has dicho que te llevara a la cuadra más cercana, no a la mejor. Si lo prefieres, podemos bajar al pueblo, pero te advierto... —le enseñó las muñecas atadas—; si me ven así y descubren lo que lleváis ahí, no os resultará fácil escapar.

—¡Vamos, vamos! El botín se queda aquí. Y tú también, no te hagas el listo.

—¡Estoy agotada! ¡Muerta! —se lamentó Dieguita.

En ese momento se oyó un relincho.

—¡Ahí está! —exclamó Nestor, satisfecho—. Como te decía, el caballo está a pocos pasos de aquí.

El relincho pareció dar renovadas energías a los dos mendigos.

Don Diego agarró el hatillo y se lo cargó a la espalda. Luego invitó a su compañera a hacer lo mismo.

—¡Vamos, amor mío! ¡Ya casi hemos llegado! —la animó—. Un pequeño esfuerzo más y... ¡seremos ricos!

Llegaron a la boca de una caverna de la que salió volando una bandada de pájaros. Dentro olía a azufre.

La gruta era en realidad un enorme nido de gaviotas, albatros y todo tipo de aves, que comenzaron a emigrar molestas por la llegada de los nuevos huéspedes.

Diego y Dieguita se encontraron caminando sobre un colchón de plumas, plumones y guano endurecido.

—¡Puaj! —exclamó la joven, siguiendo a Nestor—. Pero ¿cómo puede haber una cuadra aquí?

—¡Buenas! —exclamó en ese momento una voz desde el fondo de la gruta.

En cuanto sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, los tres distinguieron la figura imponente de un hombre al lado de un caballo de crines blancas.

—¿A qué debo vuestra visita?

Nestor intentó hablar, pero Diego se le adelantó:

—Caballos. Estamos buscando dos caballos. Bonitos y veloces, si es posible.

—Caballos, ¡pues claro! —exclamó Leonard, acercándose. Un rayo de luz procedente de una abertura situada encima de él iluminó el parche que le tapaba el ojo—. ¿Y cómo pensáis pagarlos?

—Con una bandeja de plata —se apresuró a responder Dieguita.

—Está bien. Venid a elegirlo —dijo Leonard, dando un paso hacia atrás.

—¡Oh, por fin se razona! —exclamó don Diego, satisfecho con los modales de aquel gigante tuerto—. ¡Dieguita, vamos! ¡Deja el hatillo y ven conmigo!

Pero la chica, más suspicaz que el compañero, pasó delante de Nestor sin soltar su botín.

Los dos mendigos se encaminaron hacia el lugar por donde había desaparecido Leonard. Pasaron bajo la única área iluminada de la gruta y se detuvieron a mirar primero arriba y después alrededor.

—¡Eh, tú, el de los caballos! ¿Dónde estás?

—¡AHORA! —gritó Leonard.

Asomado a la rejilla, Jason oyó el grito del farero, dio un empujón al primer barril con el hombro y en el pozo precipitó un vertido líquido y viscoso. Sin esperar ni un instante, volcó también el contenido del otro barril.

En cuanto oyó los primeros chillidos, se lanzó sendero abajo y llegó a la entrada de la gruta, de la que salía una bandada de pájaros enloquecidos.

Nestor gritó:

—Leonard ¿cómo están las palomas?

Jason entró aprisa, resbalándose en el terreno escurridizo.

—¡Nestor! —exclamó al ver al viejo jardinero sano y salvo. Cogió el cuchillo de Leonard Minaxo y, de un solo golpe, cortó la cuerda que le ataba las manos.

—¡Despacio, despacio! ¿Qué querías, amputarme una mano? —bromeó Nestor, abrazándolo.

Se oyó un ruido sordo; después la silueta negra de don Diego se desplomó en un charco de pez y plumas de pájaros. Dieguita yacía en el suelo, desmayada. La sombra de Leonard Minaxo se cernía sobre ellos amenazadora. La pez se le había pegado a los pantalones, la camisa y los zapatos.

—¡Vamos, chico! —llamó—. Deja en paz a ese viejo y échame una mano. Hay que manietarles y no me gustaría ser el único que se ensuciara las manos...

Diez minutos después, Jason estaba cubierto de pez de pies a cabeza y tenía plumas de gaviota pegadas en cada centímetro de piel.

Había ayudado a Leonard a maniatar y amordazar a los dos mendigos, aturcidos por la lluvia negra que los había arrollado y por el somnífero con el que Leonard, justo después, los había dejado definitivamente sin sentido. Después los habían tumbado en la parte de atrás del carro, junto a los objetos que habían intentado robar.

Durante todas esas operaciones, Nestor había permanecido apartado, dejando que fuera Leonard quien decidiera qué hacer y cómo hacerlo. Los dos se habían limitado a cruzar alguna que otra frase, mientras contemplaban el revoltijo de pez y plumas que yacía en la parte trasera del carro.

—Sube al carro —le dijo finalmente Leonard a Nestor, mientras tomaba las riendas de Ariadne—. El chico y yo vamos andando.

—¿Cuál es el plan ahora? —preguntó Jason.

—Vamos a Villa Argo... —Nestor evitó la mirada de Leonard—, hacemos que se vuelvan por donde han venido y nos traemos a Julia y a Rick. Tú tienes las llaves, ¿no?

—Claro. —Jason sacó del bolsillo las cuatro llaves, embadurnadas de pez como todo lo demás.

—Muy bien —susurró Nestor.

—¿Y si no las hubiera traído conmigo? ¿Rick y Julia se habrían quedado atrapados en Venecia?

—Pues creo que sí —respondió el jardinero.

—¿Y la Puerta del Tiempo se habría cerrado para siempre? —insistió el chico.

—¡Oh, no! No es tan fácil cerrarla... —intervino Leonard de golpe.

—Si es por eso, tampoco es fácil abrirla —respondió Nestor, cortante, como para recordarle a Leonard un viejo asunto que debían de tener pendiente entre ellos.

—No entiendo... —murmuró Jason.

—Las cuatro llaves vuelven siempre atrás, así que Rick y Julia no las habrían podido conservar durante mucho tiempo. Las habrían perdido o se las habrían robado.

—¿Y luego?

—Luego alguien de Kilmore Cove habría recibido un paquete postal con las cuatro llaves. Y todo habría vuelto a empezar —cortó tajante el farero.

—Pero... ¡eso es lo que nos pasó a nosotros hace dos días!

—Ya —continuó Leonard sin inmutarse—. Así empieza. Aparentemente por casualidad.

—No hagas caso de lo que te dice Leonard —intervino Nestor, subiendo al carro para poner fin a la discusión—. Le gusta hablar con versos y acertijos.

—Mejor no hagas caso de lo que te dice Nestor. A él de un tiempo a esta parte no le gusta hablar en absoluto. ¿Sabes lo que decía de él... Ulysses?

—Leonard, ¡basta!

Jason miró al farero con ojos suplicantes y él prosiguió:

—Si no encontrase cada mañana el jardín cuidado, casi me olvidaría de haberlo contratado.

—Muy gracioso —masculló Nestor, arreando a Ariadne—. Gracioso de verdad.

—También a Ulysses Moore le gustaba hablar usando versos y acertijos —observó Jason.

—A lo mejor lo aprendió de mí —sonrió Leonard.

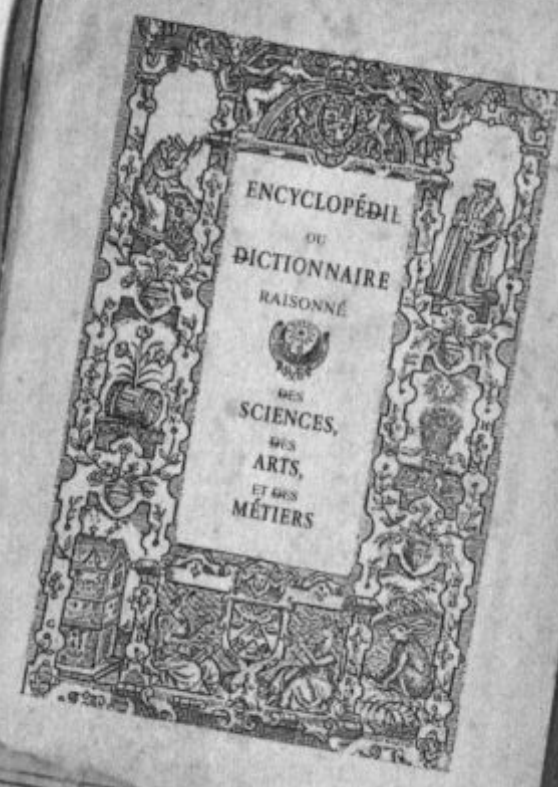
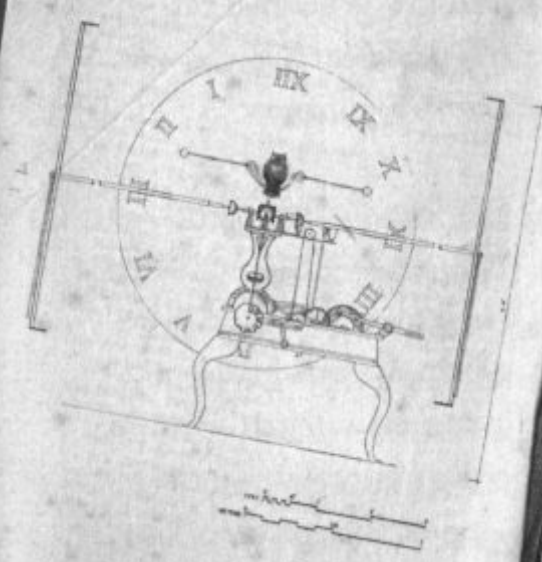
Antes de ponerse en marcha, Jason y Leonard permanecieron en silencio y oyeron alejarse las ruedas del carro y los cascos de Ariadne por el sendero que descendía hacia Villa Argo.

Después de unos minutos de camino, Jason le preguntó al farero:

—¿Tú has recibido alguna vez las llaves por correo?

—Quizá —respondió él, mientras su rostro se endurecía.

Capítulo (19)
- EL LIBRO PROHIBIDO -



Rick descubrió que bajo el paño del envoltorio del señor Caller se escondía un libro. Apenas le dio tiempo a echar una ojeada a la cubierta, en la que alcanzó a leer:

*ENCYCLOPÉDIE
OU DICTIONNAIRE RAISONNÉ
DES SCIENCES, DES ARTS,
ET DES MÉTIERS*

—¡Rick! —lo reprendió Julia—. ¡Vuelve a colocar el paño como estaba!

Rick estaba desconcertado. El objeto secreto que el señor Caller escondía con tanto cuidado era una banal enciclopedia, con un título de lo más común, además. Pero lo que le dejó con la boca abierta no fue tanto el título del libro como los caracteres con los que estaba impreso. Y en particular la letra «d».

Era la misma «d» estampada en los documentos que tenía en el bolsillo, los documentos que había encontrado la Vieja Lechuza de Kilmore Cove, uno de los artilugios de Peter Dedalus.

—¡Caray, Julia! —exclamó, envolviendo de nuevo la enciclopedia con el paño—. Las cosas se complican.

La chica no le hizo mucho caso. Había reconocido entre la muchedumbre los rostros sonrientes, pero decididamente tensos, de los señores Caller.

En cuanto Alberto llegó hasta donde estaban los chicos, el libro volvió rápidamente a sus manos.

—Gracias —dijo al recuperarlo.

—Perdón por este desagradable contratiempo —añadió Rossella como para justificarse.

—¿Quién era ese tipo vestido de gris?

—Lo llaman el conde Cenere —respondió Alberto—. Es un miembro de la guardia secreta de Venecia.

—No será muy secreta cuando lo han reconocido ustedes enseguida...

—Reconocemos la máscara que lleva puesta, pero no sabemos quién se esconde tras ella.

—¿Y qué es lo que busca?

—Intenta de todas las maneras posibles meter las narices en nuestra casa —respondió Alberto.

Al ver que su marido se estaba acalorando, Rossella lo cogió del brazo y le preguntó:

—Y ahora, ¿adónde vamos?

Alberto dirigió una mirada al cuadro que la mujer llevaba bajo el brazo y dijo:

—Yo diría que podríamos seguir con lo del marco.

Después indicó el libro envuelto en el paño y añadió:

—Quería llevarle esto a un amigo pero ahora puede ser demasiado peligroso. Quién sabe cuántos guardias secretos están pisándonos los talones...

—Pues entonces, chicos, vamos a seguir buscando a vuestro amigo Peter.

—Yo creo que he encontrado otra pista —dijo Rick.

—¿Cuál?

—El libro que lleva ahí escondido —contestó el chico—. Lo ha impreso él.

—¡Rick! —lo reprendió de nuevo Julia.

Alberto se detuvo en mitad de la calle, petrificado. Diogo se chocó contra sus tobillos. Rossella miraba alternativamente a su marido y a Rick, sin saber qué decir.

—He echado sólo un vistazo —se justificó Rick—. No me interesa mucho lo que está escrito en él y no lo he leído, lo juro. Pero...

—¿Pero? —preguntó Alberto.

—¡La «d» de la portada! —exclamó Rick. Sacó del bolsillo las hojas que le había dado Fred Duermevela y se las enseñó—. Es igual. Es el mismo signo tipográfico. La firma de Dedalus.

—¿De dónde han salido esas hojas?

—De Kilmore Cove, en Inglaterra. Como les decía, las ha impreso una máquina tipográfica proyectada por Peter Dedalus.

—¡Cielos, Alberto! —intervino Rossella, examinando los documentos—. El chico tiene razón.

—Puede ser, pero lo cierto es que nadie le había dado permiso para curiosear.

—Perdón, señor Caller —intervino Julia—. Rick no quería...

—Si me sabe decir dónde han impreso el libro, quizá podamos descubrir algo más —insistió el chico pelirrojo.

Alberto levantó el paño y acarició la portada de la enciclopedia con cariño. Después la abrió y pasó las páginas, que olían a papel y tinta fresca.

—No creo que sea tan sencillo, hijo. Este libro lo he impreso yo.

Volvieron corriendo a Santa Marina, pero en lugar de entrar en casa de los Caller tomaron por una callejuela lateral en evidente estado de abandono.

—Tened cuidado, no os resbaléis —les advirtió Alberto, indicándoles que bajaran hacia el canal, cuyas aguas oscuras tenían el mismo color que el suelo sucio.

Se agacharon para entrar en un fondeadero y caminaron en medio a algunos centímetros de agua por un suelo resbaladizo y lleno de algas. Un lejano rechinar de ratones ensombreció aún más la tenebrosa atmósfera.

—Desde que los guardias han empezado a patrullar la ciudad... —masculló el señor Caller, explicándoles dónde los estaba llevando—, los impresores hemos tenido que buscarnos mil escondrijos secretos. Pero por fin hemos llegado...

El suelo del fondeadero iba asomando poco a poco, cada vez más seco. Un pasillo conducía a una habitación llena de serrín.

Rossella les hizo señas a los chicos de que permanecieran en silencio y Alberto se aseguró de que fuera no hubiera más ruido que el lento correr de las aguas. Después introdujo una llave en una cerradura oculta e invitó a sus huéspedes a acomodarse al otro lado del umbral.

—Bienvenidos a mi imprenta clandestina.

—¡Uau! —exclamó Julia cuando Alberto encendió los faroles que colgaban de las paredes.

Había un montón de máquinas negras, grandes como un toro, sumergidas por hojas de papel. Unas páginas estaban en blanco, otras emborronadas de tinta o impresas solo a medias, algunas más estaban puestas a secar por toda la habitación en cuerdas para tender la ropa. Por el suelo había bolas de papel arrugado, cubetas de tinta y virutas de madera. En las mesas había regletas, componedores, cuchillas y los moldes rectangulares en los que se componían las páginas de los libros. Olía a cola.

—Estamos cerca de casa... —dijo Rossella, guiándolos por entre las páginas tendidas como fundas de almohada.

—Y esta máquina tipográfica me la vendieron junto con la casa de Penelope —añadió Alberto.

Enseñó a los chicos los cajetines con los tipos de imprenta: letras grabadas en rectángulos de metal que había que ir juntando a mano una a una, con enorme paciencia, hasta llegar a componer todas las palabras de la página que se quería imprimir.

El señor Caller buscó en el cajetín de la letra «d» y sacó un par de ellas.

—Las letras son estas.

Alberto colocó un tipo sobre un tampón empapado de tinta; después lo apoyó en un trozo de papel en blanco. Salió una «d» perfecta, sin ninguna marca particular.

—¡No es la «d» que buscamos! —protestó Julia.

—Pues no —sonrió Caller—. Es culpa de la prensa. ¿Veis esa máquina? Cuando compongo una plana con estos caracteres, primero la introduzco ahí y tiro de esa palanca. Luego la prensa tiñe la página de tinta, deja pasar una hoja e imprime las palabras en el papel apretando con fuerza. Pero resulta que cuando la página sale, lista para cortar y coser, todas las «des» son como las de la enciclopedia.

—La firma de Dedalus —sonrió Rick.

—En la que ya se han fijado algunos coleccionistas de Amberes —prosiguió Alberto—. Mis ediciones se cotizan mucho. Pero no es fácil seguir trabajando en este agujero ni tratar de evitar que la guardia secreta te descubra...

—¿Por qué tienen que esconderse?

—Es una larga historia... —suspiró Alberto.

—Hasta hace poco los mejores impresores del mundo estaban en Venecia y todos venían aquí a imprimir sus libros —explicó Rossella—. Pero algunos libros eran de magia, libros prohibidos, así que el Consejo de los Diez decidió controlar a los impresores para poder vigilar lo que se imprimía.

—¿Y esa enciclopedia es un libro prohibido?

—Sí, por personas ignorantes como el conde Cenere —gruñó Alberto—. En realidad, es una idea extraordinaria que viene de Francia.

Rick lo miró perplejo.

—En nuestro país la publican en fascículos.

—¿Ha llegado también a Inglaterra? —exclamó Alberto, sorprendido.

—¡Ya lo creo! Te la llevan directamente a casa y luego la vas pagando poco a poco.

—¿Lo ves, Rossella? —dijo Alberto dando palmas—. ¡Los ingleses van siempre por delante!

Rick se había acercado a la prensa y acariciaba su armazón metálico. Reconoció la mano de Peter en algunos detalles: las ruedas dentadas de distintos tamaños, el uso de engranajes y de sujeciones de madera... Era suya, no cabía duda. Peter había estado allí cuando Penelope vivía en Venecia... cuando todavía era amigo de Ulysses Moore.

—¿Rick? ¿Se te ocurre alguna idea? —lo llamó Julia desde el otro lado de la habitación.

—No. La verdad es que no. ¿Y a ti?

Julia estaba releendo la hoja impresa por la Vieja Lechuza.

—O sea que... para ponernos en contacto con Peter tenemos que usar la llave correcta y escribir DEDA.

—Ya lo intenté en Kilmore Cove —dijo Rick, mientras daba la vuelta alrededor de la prensa—. Pero no salió nada.

—A lo mejor no tenías la llave correcta.

—Creo que la tiene Oblivia Newton —respondió Rick, pensando en la llave que abría la Puerta del Tiempo de la Casa de los Espejos.

—Si queréis podemos intentar escribir DEDA con esta máquina —propuso Alberto—. Quizá su genial inventor haya dejado un modo para encontrarlo, esté donde esté.

El señor Caller se puso un delantal que debió de haber sido blanco en sus tiempos, cogió un molde vacío y alineó las cuatro letras que formaban la palabra DEDA. Después metió el molde en la prensa, giró un rodillo y tiró de una palanca. Esperó a ver si sucedía algo. La máquina resopló y luego, de repente, cogió el molde, lo tiñó de tinta y escupió por el lado opuesto una página en la que estaba escrito DEDA.

Alberto cogió la hoja, con la tinta aún reciente, y se la enseñó a los otros.

—Pues diría que no ha pasado nada. No ha sido una gran idea. Lo siento.

Rick contempló la página con el mismo desencanto con el que había mirado la que había escupido la máquina de Kilmore Cove.

—Aquí tendría que estar Jason —dijo, pensando en las geniales intuiciones de su amigo. Después, un poco descorazonado, murmuró—: Puede que Peter quisiera dejar un rastro...

—A lo mejor quería que lo encontraran sus amigos en caso de que lo hubieran perdonado. ¿Te acuerdas de lo que dejó grabado en el disco? —añadió Julia—. Que huía porque se avergonzaba. Porque no tenía el valor de admitir ante ellos lo que había confiado a Oblivia.

—Sí —dijo Rick.

—Pero ni Ulysses, ni Penelope, ni Oblivia encontraron ese disco. Lo encontramos nosotros. Ninguno podía saber lo que le había pasado, ni que había huido a través de la puerta de su casa y había quedado atrapado en Venecia. ¿Te acuerdas? Después de haber abierto la puerta, Peter ha mandado la llave del león a Ulysses.

Rossella soltó:

—¿Qué historia tan rara!

—Pero en realidad quería que lo encontraran, Rick —prosiguió Julia haciendo caso omiso de los Caller—. De no ser así, ¿por qué habría escondido el disco en el tablero de ajedrez donde llevaba dos años jugando su larga partida contra Ulysses? Había movido mal apostado para obligar a Ulysses a hacer la jugada decisiva, de manera que se abriera el cajón secreto. Y si mandó la llave a Ulysses, creo que lo hizo porque quería que alguien lo siguiera. Y quizá... quizá... haya dejado otras pistas en el lugar adonde da su puerta aquí, en Venecia.

—¡Sí! —repitió Rick antes de dirigirse a los Caller—. ¿Saben ustedes dónde está la calle dell'Amor degli Amici?

Los Caller se miraron estupefactos.

—No la he oído nunca.

—¿Estáis seguros de que existe una calle que lleve ese nombre?

Rick suspiró:

—¿Veis? Estamos igual que antes.

—¿Cómo es posible que no haya nada en el cuaderno de Ulysses que nos pueda ayudar? —refunfuñó Julia—. ¡Él sabía adónde conducían las puertas!

La chica abrió el cuaderno y empezó a hojearlo nerviosamente.

—¡Que no se te olviden ni el carillón ni el marco! —les recordó entonces Rossella, que había escuchado la última conversación de los chicos sin entender gran cosa—. Todavía tenemos que ir a hablar con quien lo hizo —dijo, levantando el cuadro con el que llevaba cargando medio día.

Rick no le hizo caso. Estaba demasiado ocupado examinando la hoja que acababan de imprimir.

—Usar la llave correcta y escribir DEDA —murmuraba—. La llave correcta...

Le preguntó a Alberto que si para regular la prensa o alguna de las otras máquinas había que usar algún tipo de llave, pero el impresor le contestó que no hacía falta nada.

«La llave correcta y escribir DEDA», pensó Rick.

Rossella dio cuerda al carillón por segunda vez, en busca de inspiración.

—Yo diría que por hoy podríamos dejarlo aquí... —propuso Alberto—. ¿Qué os parece si volvemos a casa y...?

—¡Eso es! ¡Es que no hemos escrito DEDA! —exclamó Rick, dejándose llevar por una repentina intuición—. Hemos escrito «~~DEDA~~», con la «d» extraña de Dedalus.

Muy excitado, Rick colocó sobre la prensa la hoja de Kilmore Cove.

—Sin embargo, las instrucciones de Peter son clarísimas: en la hoja está escrito DEDA, sin esa «d» extraña que aparece en las otras palabras. ¿Qué hay que hacer para escribir DEDA sin esa raya?

Alberto negó rotundamente con la cabeza.

—No se puede. Lo he intentado de mil formas distintas, pero las «des» salen siempre así, como si la prensa las reconociera y las fuera cambiando una a una.

—Pero ¡tiene que haber alguna forma! —protestó Rick nervioso, echando a andar por la habitación, como había visto que hacía Jason cada vez que necesitaba que se le ocurriera una intuición genial—. ¿Y si DEDA no fuera una palabra? ¿Si no fuera, como creemos, la primera parte del apellido de Peter? ¿Qué otra cosa podría ser?

—Un número, no —observó Rossella.

—¿Y qué es lo que puede tener una llave correcta y una llave incorrecta?

Julia se puso a mirar el techo de la habitación:

—Peter ha dejado escrito que la llave correcta no está en la parte inferior, así que... debe de estar arriba.

—A lo mejor encima de las máquinas... —sugirió Alberto.

—Una llave que está arriba... Una llave que está arriba... —murmuró Rossella, participando en aquella extraña búsqueda.

—No es una palabra... no es un número... —repitió Rick; después se detuvo en seco en medio de la habitación. Había vuelto a recordar las palabras de Nestor—. ¡La música...! ¿Y si fueran notas?

—¿Qué has dicho, Rick?

—¡Notas! ¡Notas musicales!

—No parecen notas musicales... —observó Alberto Caller—. Las notas suelen estar escritas en un pentagrama.

—¡Ya lo tengo! ¡Arriba está el sol! ¡La llave que está arriba es la clave de sol! —exultó Rossella—. Abajo está la clave de fa, que se llama también clave de bajo.

Rick apretó los puños.

—¡Claro! ¡Eso es!

Alberto examinó la hoja perplejo:

—Si queréis, yo tengo todos los caracteres con las notas, pero en la hoja está escrito DEDA y no *do re mi fa sol*...

—¡Es que esa es la manera de escribir las notas en Inglaterra! —explicó Rick—. Nosotros usamos letras: *do* se escribe C, *re* es D, *mi* es E... y *la* es A.

—Entonces, según tú, en esta hoja estaría escrito que tenemos que escribir *re mi re la* en un pentagrama en clave de sol...

—No lo sé. Es una hipótesis —respondió Rick.

—¿A qué estás esperando, Alberto? ¡Vamos a hacer una prueba! —lo incitó Rossella Caller.

—No es fácil. Una página musical hay que imprimirla tres veces: la primera para el pentagrama, la segunda para las notas... y en la tercera, si se quiere, se añaden las palabras.

—¡Manos a la obra, entonces! —decidió Rossella en su lugar.

Cogieron el molde de imprenta de los libros musicales y alinearon las piezas de metal que contenían los pentagramas y la clave de sol. Imprimieron la primera página y luego colocaron en el molde los símbolos de las cuatro notas que, en opinión de Rick, formaban la palabra DEDA. Después volvieron a meter la página en la prensa.

—Vamos a ver qué pasa —musitó Alberto, bajando la palanca.

La máquina se tragó la hoja, empapó el molde de tinta y lo colocó después sobre la hoja, apretando con fuerza. La hoja salió después por el lado opuesto con las cuatro notas impresas en el lugar correspondiente del pentagrama.

Rick tenía una expresión compungida. No había pasado nada...

Julia le dio una palmadita en el hombro, lo que en lugar de servirle de consuelo, le hizo sentirse aún más irritado: era solo una manera cariñosa de decirle que había tenido una idea estúpida.

Alberto iba a coger la hoja del rodillo por el que había salido, cuando de repente este empezó a girar al contrario y se la volvió a tragar.

—¿Qué pasa? —gruñó—. ¡La prensa se ha puesto en marcha sola!

El mecanismo de la máquina había echado a andar: las ruedas y los engranajes oxidados por el tiempo habían empezado a dar vueltas ellos solos, haciendo el mismo ruido que una enorme máquina de escribir.

La máquina tiñó de nuevo la página de tinta y la escupió inmediatamente después. Alberto la cogió para enseñársela a los otros y dijo, atusándose el bigote hasta casi arrancárselo:

—Yo diría que han completado la canción...

A las cuatro primeras notas seguían ahora muchas otras más.

—¡Está también la letra! —dijo Rick, leyendo lentamente las sílabas que acompañaban cada una de las notas:

*De los sueños somos simples marineros,
ni capitanes, ni anclas ni navíos,*

*solo hombres de a bordo, de los que nunca
conocen el rumbo hacia los puertos más hermosos*

*Isla de las Máscaras
El Gondolero Negro, en el reposo del león*

Capítulo (20)
- EL MAESTRO RELOJERO -



Dentro de la torre del reloj hacía calor y el aire estaba impregnado de serrín y polvo. Oblivia subió al primer piso, por detrás de la maquinaria del reloj.

Miró ansiosamente a su alrededor, pero no vio a nadie.

Oyó un martilleo insistente que provenía del altillo y subió una segunda rampa de escalones. Las palomas se arrullaban escondidas entre los recovecos de los muros.

Entonces vio a un hombre de espaldas.

Lo reconoció enseguida: los hombros estrechos, la cabeza puntiaguda coronada por un mechón de pelo rebelde y ese modo de mover los hombros, como si estuviera bailando una música inexistente. Era Peter Dedalus.

Oblivia dio un paso adelante y dijo:

—Hola, Peter.

Él no se dio la vuelta. Pero dejó inmediatamente de martillear y contuvo la respiración.

—Soy yo, Peter —añadió Oblivia.

El hombre giró lentamente la cabeza. Oblivia se quitó la máscara y le sonrió con una sonrisa dulce como el arsénico.

—No puede ser... —murmuró Peter.

—Si supieras cuánto me ha costado encontrarte... —dijo Oblivia.

Peter tenía ahora la mirada clavada en un punto impreciso del suelo, a medio camino entre la maquinaria del reloj y los pies de la mujer.

—No puede ser. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Desde nuestra casa, Peter. Encontré la llave. Y abrí la puerta.

Oblivia hizo ademán de avanzar un paso más hacia él y el hombre se puso de pie como impulsado por un resorte.

—¡Mientes! ¡No es posible! ¡Esa puerta ha permanecido cerrada durante años!

—Pero ahora se ha vuelto a abrir.

—¡Estaba cerrada por este lado! Fui a comprobar... ¡Estaba cerrada!

—Cariño, esas puertas tienen tantos secretos que resulta complicado comprender cómo funcionan... Y precisamente esa es una de las cosas de las que deberíamos hablar, ¿no crees?...

—Estaba cerrada —repitió Peter. Miró a su alrededor como buscando una escapatoria; después empezó a retorcerse las manos, apretándolas entre sí con rabia—. ¿Qué les has hecho?

—¿A quién, cariño?

—Creía que Penelope y Ulysses lo habían encontrado... —susurró Peter.

—¿Encontrado? ¿Encontrado qué? Si te refieres al mapa con todas las puertas de Kilmore Cove —dijo, desenrollándolo con gesto teatral en medio de la habitación—, siento desilusionarte pero lo tengo yo.

—¡Oh, no! ¡No! —gritó Peter—. ¿Qué les has hecho a Penelope y Ulysses?

—¡Qué ideas se te ocurren! Absolutamente nada, querido Peter. Se han quitado de en medio ellos solitos, arrojándose por el acantilado de su amada mansión. ¡Ay! ¡Una magnífica historia de amor! Siento tener que decírtelo, Peter, pero me temo que de todos tus amigos yo soy la única que queda con vida... Así que... anda, cariño, ven aquí... ¡déjate mimar un poquito!

—¡Vete de aquí!

—¿No me has echado de menos?

—¡No!

Oblivia no se dejó amilanar por la actitud del relojero, como si lo conociera y supiera cuál era su punto débil.

—Peter... —susurró.

Y siguió repitiéndolo hasta que estuvo cerca de él.

El hombrecillo opuso resistencia, pero Oblivia consiguió colocarse entre él y la escalera, cortándole la retirada.

—Basta, cariño, basta... —prosiguió Oblivia, hasta que el relojero, de repente, pareció rendirse.

—La verdad es que sí. Te he echado de menos —susurró.

—¡Oh, Peter! ¿Lo dices en serio?

—Estás... estás guapísima, como siempre.

—Oh, cariño... ¡Por fin un hombre que sabe apreciar la belleza femenina! —exclamó Oblivia, embriagándolo con su perfume.

Peter no opuso resistencia.

—¡Si supieras cuánto me ha costado encontrarte! —siguió halagándolo Oblivia—. Entonces, Peter... después de todo este tiempo, ¿no tienes nada que contarme? ¿Ningún secreto que confiar a tu querida Oblivia?

Peter entrecerró los ojos un largo rato, mientras en su interior luchaban pensamientos contradictorios.

—¡No! —decidió por fin, apartando de sí con un empujón a la mujer.

Cogida por sorpresa, Oblivia tropezó, fue tambaleándose sobre sus vertiginosos tacones hasta las ruedas dentadas de la maquinaria del reloj, perdió el equilibrio por completo y cayó al suelo, rasgándose irremediabilmente el vestido.

Peter se precipitó escaleras abajo, huyendo lo más rápido posible.

Oblivia se quitó los zapatos y salió corriendo detrás de él.

—¡Maldita sea! ¡Espera, espera!

Pero Peter no esperó. Corrió escaleras abajo cada vez más rápido. Y siguió corriendo fuera, por las calles.

Oblivia lo siguió gritando mientras tuvo aliento, pero al final se detuvo en medio de la plaza de San Marcos, donde el relojero había desaparecido entre la muchedumbre.

Miró a su alrededor, furibunda.

Algunos hombres la observaban fijamente, riendo, mientras algunas damas apartaban la vista, escandalizadas.

Fue entonces cuando Oblivia se dio cuenta de que una buena parte de sus ropas había quedado atrapada entre los engranajes del reloj.

—¡No es divertido en absoluto! —vociferó Oblivia desde detrás de una sábana tendida en medio del taller de una modista.

Tres ayudantes estaban intentando tomarle medidas para hacerle un vestido nuevo.

Al otro lado de la sábana, el conde Cenere se concedió aún alguna carcajada más antes de decir:

—¡Su hombre la ha dejado plantada con una clase notable, al parecer!

—¡No es mi hombre! —gritó Oblivia—. ¡Y en cualquier caso tiene usted que volver a encontrarlo!

El conde Cenere se puso sobre la nariz el pico gris de la máscara.

—Podría ser una búsqueda mucho más complicada que la anterior.

—¿Cuánto más complicada?

—Por lo menos el doble.

—¿El doble? ¡Se ha vuelto loco! —rugió Oblivia, dándose la vuelta de golpe y pinchándose con un alfiler.

El conde Cenere hizo una especie de reverencia.

—Si es así, no me queda más que despedirme.

—¡Espere! —dijo la mujer—. El doble. De acuerdo, ladrón sin escrúpulos, le pagaré el doble, pero lo quiero esta misma tarde.

—Qué prisas, señora... Hágase el vestido y después iremos a buscarlo a la laguna.

—¿A la laguna?

—Sí. —El conde Cenere sacó del bolsillo un pañuelo blanco, dentro del cual había unas algas retorcidas y secas—. Resulta que su hombre que no es su hombre, que quede claro, ha ido dejando tras de sí estas minúsculas algas verdes.

—¿Y bien? Los canales de esta maldita ciudad están todos tan llenos de algas que apestan como vertederos.

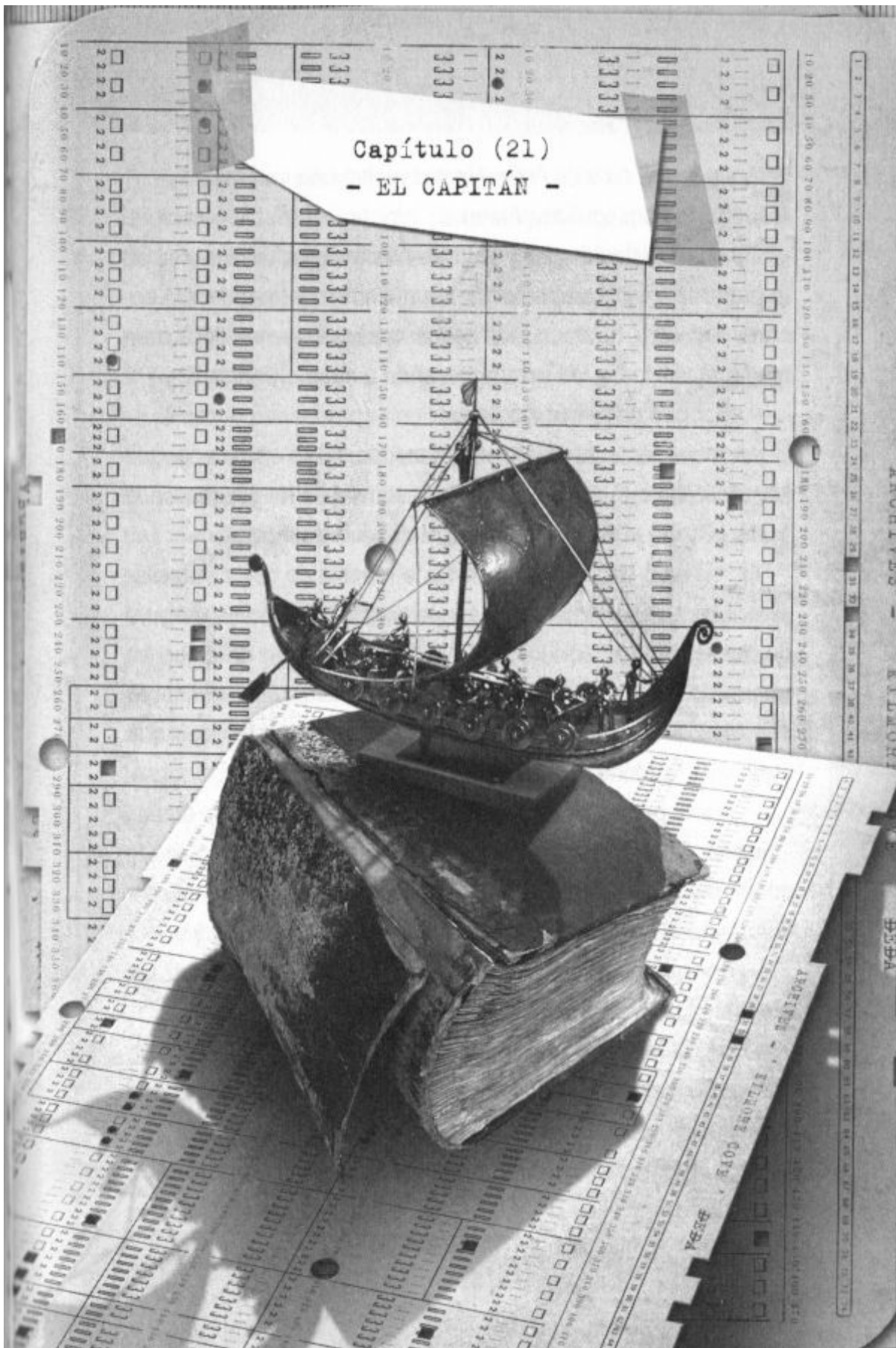
—En Venecia no existe este tipo de alga, que yo sepa —replicó el conde—. Es típica de una pequeña isla de la laguna... Y eso explicaría por qué era tan difícil encontrar a su hombre en la ciudad.

—¿Qué isla es?

—Ah, demasiadas preguntas, señora. En cuanto le hagan el vestido nuevo, la acompañaré en persona.

—¡Venga! ¡No perdamos más tiempo! —ordenó Oblivia a las modistas, haciendo un movimiento brusco y descosiendo el trozo de falda que acababan de hilvanar.

—¡Pero por favor! —bramó inmediatamente después—. ¿Es que no tenéis un par de vaqueros?



En el jardín de Villa Argo, Nestor repitió una vez más:
—No lo conseguirás, Jason...

Estaban sucios de pez y plumas y se restregaban los pies en la hierba para no embadurnar los guijarros del sendero. Leonard, descalzo, había bajado del carro a los dos mendigos, aún medio aturdidos, y los estaba llevando a casa.

—¿Por qué no? —insistió Jason.

—Aunque estén atados y amordazados, no puedes conseguir llevarlos abajo tú solo. Y además, Leonard ya ha viajado en la *Metis* cuando aún... estaba aquí el antiguo dueño.

Jason miró hacia la casa con una mezcla de celos y desilusión. Los celos de quien posee un tesoro que no está seguro de querer repartir con los demás. Y la desilusión de quien ha guardado durante largo tiempo un secreto para descubrir después que no es tal secreto: ellos no eran los únicos que sabían... También el farero lo sabía todo.

—¡Jason, por favor! Tenemos muchas cosas que hacer aquí... —insistió Nestor, adivinando sus pensamientos—. Dentro de poco volverán tus padres. Y creo que no deberíamos perder tiempo en discusiones inútiles.

—¿Por qué no me has dicho antes que también Leonard sabía lo de la nave?

—Porque le había jurado que no lo haría —respondió Nestor, mirando al farero, que en ese momento salía de la cocina con paso decidido.

Leonard respiró a pleno pulmón y esbozó una sonrisa de medio lado.

—¿Cuántos más lo saben, Nestor? —susurró Jason al viejo jardinero—. Querría saberlo de una vez por todas. ¿Cuántas personas están al corriente de lo de las puertas?

—Nadie más, Jason. De verdad. Solo nosotros cuatro y Leonard. Que no quería que vosotros lo supierais.

—¿Por qué?

—Porque pensaba que no podríais conseguirlo.

Jason sintió que se le encogía el estómago al pensar en lo que acababa de pasar: un día entero perdido por culpa de los dos mendigos, Nestor atado como una longaniza, Villa Argo saqueada y...

—No hay nada perdido, Jason. Yo creo que todavía podemos conseguirlo.

—¡Eh, vosotros dos! ¿Tenéis todavía alguna otra confesión que haceros? —les increpó Leonard Minaxo desde la puerta de la cocina—. ¿O podemos marcharnos ya y solucionar este asunto de una vez por todas?

—Vamos —respondió Nestor.

Jason y Leonard fueron hasta la Puerta del Tiempo en pantuflas para no dejar todo el pasillo lleno de huellas negras.

Jason sacó del bolsillo las cuatro llaves.

Clac. Clac. Clac. Clac.

El farero llevaba a hombros a los dos mendigos, aún aturcidos, zarandeándolos de buena gana todo lo que podía.

Atravesaron la habitación circular y descendieron por la empinada escalera vertical.

Jason iba abriendo camino y el farero lo seguía sin rechistar.

—Aquí está todo cambiado... —dijo, sin embargo, cuando vio que el pasadizo estaba cortado por el derrumbamiento.

—Hay un hueco entre las piedras.

Jason pasó arrastrándose en primer lugar. Después Leonard empujó a Dieguita por entre las piedras y Jason tiró de ella por el otro lado. Luego hicieron lo mismo con don Diego y, por último, pasó Leonard.

Cuando llegaron al tobogán, arrojaron en primer lugar a los dos mendigos y después bajaron ellos.

—¡La *Metis*! —murmuró Leonard cuando aterrizó en la playa subterránea—. Ella sí que no ha cambiado nada...

Después de subir a los dos mendigos a la nave, Leonard se quedó un rato en el muelle contemplándola fascinado. Finalmente subió a bordo y se fue derecho al camarote del capitán.

Jason le oyó hojear el cuaderno de bitácora y abrir el baúl con las ropas.

Leonard salió poco después y dijo:

—No está el gabán... ni tampoco el sombrero...

Al chico le pareció entender de qué estaba hablando.

—Están en el desván, en el estudio de Penelope.

Leonard asintió, pensativo:

—Claro, estuvisteis también allí... —Después se puso al timón y ordenó—: Leva anclas. A ver si conseguimos zanjar rápidamente este asunto.

A Jason le costó resignarse a no tripular la *Metis*, pero decidió obedecerle. Levó anclas y se sentó junto a los dos mendigos. La nave se alejó del muelle y Leonard apretó con fuerza el timón.

—¿Estás seguro de que sabes adónde tenemos que ir? —le gritó Jason cuando vio que el mar empezaba a encrespase.

—¿Me estás tomando el pelo, jovencito?

El viento arreciaba y la espuma de las olas salpicó a don Diego, despertándolo.

Cuando se dio cuenta de que estaba en el puente de una nave, el joven abrió los ojos de par en par estremecido por el terror e intentó liberarse inútilmente.

La proa de la *Metis* se alzó y el viento envolvió el casco de la nave con su mágico abrazo.

Jason miró al capitán: erguido en la popa, alto e imponente, parecía uno de los centinelas de piedra que en la antigüedad custodiaban la embocadura de las Columnas de Hércules.

—¡Soy yo! ¿Os acordáis de mí? ¡Soy yo! —vociferaba Leonard, loco de alegría, o de rabia.

Después, cuando el viento cobró aún más fuerza, se produjo una especie de explosión.

Habían traspasado la barrera del tiempo.

Manfred cruzó el camino costero, los puños metidos en los bolsillos de su mono vaquero. El hotel se llamaba Windy Inn, la posada del viento, y hacía honor a su nombre. Estaba apenas pasada la plaza del pueblo y sobre él se abatía constantemente el viento salobre que venía del mar.

Manfred echó un vistazo al aparcamiento del hotel, pero no vio ninguna pickup gris. «A lo mejor ese maldito funcionario del ayuntamiento se ha equivocado...», pensó.

Y, sin embargo, también el mesonero le había confirmado que había oído hablar de un desconocido recién llegado al pueblo, que se alojaba en el único hotel de la ciudad, el Windy.

El perro guardián de Oblivia miró fijamente el viejo edificio algo ladeado, que se mantenía en pie en medio del aire salino: dos plantas y una buhardilla llenas de corrientes y chirridos.

Manfred pensó de nuevo en el desconocido con la gorra escocesa que había visto en el acantilado y llegó a la conclusión de que tenía que indagar. Ya buscaría después los neumáticos para la moto.

Llegó a la entrada de la posada. La puerta chirrió al abrirse y se quedó encajada en el suelo.

Una vez dentro, el hombre tuvo la impresión de caminar por un muelle. Había agujeros por todas partes, el aire se colaba por las rendijas y soplaba en todas direcciones.

—¿Hay alguien? —preguntó, buscando algo que pudiera parecerse a una recepción.

—Por aquí —lo llamó una voz femenina—. ¡Hola, buenas!

En una salita polvorienta había una joven realmente guapa, con el pelo recogido con un ejército de horquillas.

Manfred no la reconoció y la saludó con una especie de gruñido.

—Agatha viene enseguida —dijo la muchacha.

«¡La peluquera! —recordó en ese momento Manfred—. Gwendaline, la peluquera que viene a casa a peinar a Oblivia.»

¿Qué hacía ahí sentada, hojeando una revista en esa habitación decrepita?

Agatha no tardó mucho.

Sin saludar a Gwendaline, señal de que la muchacha debía de llevar allí ya algún tiempo, se dirigió directamente a Manfred:

—¿Qué desea?

—Hum... —El hombre indicó la puerta que estaba a sus espaldas y farfulló—: Hoy he estado con un señor con una pickup gris y...

La peluquera cerró la revista.

—Me ha... ejem... llevado en su coche... y... —Manfred se apoyó en el mostrador, alzándose las gafas de sol—. Y me he dejado una cosa olvidada dentro —dijo de un tirón.

—¡Oh, lo siento! —comentó Agatha, que debía de tener menos intuición que un besugo.

Manfred asintió.

—Me ha dicho que esta noche se iba a alojar aquí...

—¡Ah, claro! —respondió la muchacha con una resplandeciente sonrisa vacía.

—Muy bien. Entonces, ¿puedo esperarlo?

—Por supuesto. Pero no creo que vuelva hasta esta noche.

—¿Ha dejado dicho adónde iba?

—No, no.

—Y... —se encorvó en el mostrador— ¿su nombre?

Agatha se lo pensó un momento y después contestó:

—¿Pues sabe usted que no me he fijado?

—Habrás firmado en el registro del hotel, ¿no?

—Bueno, en realidad ha llegado esta mañana y se ha vuelto a ir casi enseguida. De todas formas... —Agatha cogió el registro de un cajón del mostrador para comprobarlo—. Sí, aquí está...

La habitación estaba reservada a nombre del «propietario de Villa Argo».

Manfred, radiante, se dio la vuelta hacia la peluquera y exclamó:

—Entonces el chico tenía razón: ¡el viejo no está muerto! ¡Gracias, Agatha! —gritó antes de salir.

Gwendaline salió corriendo tras él.

—Perdone... —dijo.

—¿Sí? —respondió Manfred, dándose la vuelta de golpe.

—Creo que estamos esperando a la misma persona... Y usted ha dicho que lo ha visto esta mañana.

—Sí. Me ha llevado en su pickup.

Gwendaline le enseñó una foto en blanco y negro.

—¿Era este hombre de aquí? ¿O ese de espaldas?

—¿De quién es esta foto? —preguntó Manfred, bajándose las gafas de sol hasta casi la punta de la nariz.

—De miss Biggles, una señora del pueblo —explicó Gwendaline—. Este que está aquí, en primer plano, es el padre Phoenix y ese que está en el fondo, de espaldas... bueno, quería que usted me lo confirmara, pero creo que debería de ser Ulysses Moore, el antiguo dueño de Villa Argo.

—¡Pues claro! —exclamó Manfred, reconociendo la gorra del tipo de la pickup gris.

Gwendaline sonrió como quien tiene entre sus manos una noticia bomba.

Se moría por contárselo a las otras.

Capítulo (22)
- EL GONDOLERO NEGRO -



Julia estaba contenta y se sentía sumamente cohibida al mismo tiempo.
—Pues... ejem... —empezó diciendo—. Les presento a mi hermano Jason. Jason, estos son los señores Caller. Rossella y Alberto.

—Encantado —dijo Jason, tendiéndoles la mano. Pero, al darse cuenta de que estaba embadurnada de pez, la retiró de golpe—. Perdonen. Ha sido un día un poco... movidito.

—No tengo la menor duda —comentó Alberto, mirando con estremecimiento a aquel muchacho negro, mugriento y cubierto de plumas de paloma que acababa de salir de casa Caboto, deshabitada desde hacía muchos años.

Julia y Rick habían entrado allí como si fuera su casa. Una vez en el patio, habían logrado contener a duras penas un grito de alegría: Jason estaba allí esperándolos, con los dos mendigos maniatados y amordazados en un baño de lodo pastoso y con el farero.

«Os presento a Leonard», había dicho Jason.

«Hola», le había saludado Julia, algo atemorizada por aquella inesperada presencia.

«Nos conocemos», había dicho Rick.

«Banner —había replicado Leonard—. Tienes el mismo pelo que tu padre.»

Después, dado que no tenían tiempo para charlas, Jason se había limitado a contarles que Leonard era un amigo de Nestor y que los había ayudado a traer de vuelta a Venecia a los dos malhechores. Por su parte, Julia y Rick le habían explicado que fuera de la puerta de entrada había dos señores que los estaban esperando.

Habían decidido dividirse. Los muchachos irían con los Caller. Leonard saldría después y llevaría a los dos mendigos a la cárcel de Venecia.

«Nos vemos aquí dentro de una hora. ¿Os bastará?»

Jason había mirado a Julia y a Rick sin saber qué responder.

«Mejor dentro de un par de horas» —había contestado la chica—. «Tenemos que hacer un pequeño viaje en góndola.»

El pequeño grupo se encaminó hacia la plaza de San Marcos.

—¿Así que vivís en casa Caboto? —le preguntó Alberto Caller a Jason.

—Sí, pero... estamos solo de paso —respondió Julia en su lugar—. Mi hermano ha tenido que...

—Hacer unas obras en la bodega.

—¿Tenéis bodega? Son una rareza en Venecia.

—Bueno, no es una bodega —respondió Jason—. Son unos sótanos húmedos y sucios. Había unas filtraciones que hemos tenido que tapar con la pez. Y además, ¡todas esas palomas!

Rossella asintió.

—¡Hacen sus nidos en cualquier parte! —dijo mientras Diogo brincaba a su lado.

Jason no les contó a Rick y a Julia nada de Kilmore Cove para no despertar la curiosidad de los Caller.

—A lo mejor lo hemos encontrado —dijo por su parte para ponerlo al corriente del curso de sus investigaciones.

—¡Los señores Caller se han portado de maravilla, Jason! —le hizo eco su hermana.

—¡Bueno, no exageremos! —bromeó Alberto—. Después de todo, no ha sido tan difícil averiguar cómo podíamos encontrar al Gondolero Negro.

—¿El Gondolero Negro? —preguntó Jason, quitándose unas plumas del pelo.

—Peter no vive en Venecia sino en una pequeña isla llamada la Isla de las Máscaras.

—Al atardecer iremos a ver al Gondolero Negro para que nos lleve hasta allí.

—¿Y dónde está el Gondolero Negro?

—Era un verdadero enigma —respondió Julia—, ¡y sin Alberto no lo habríamos resuelto nunca! En la hoja estaba escrito: *en el reposo del león*.

Jason se quedó pensativo un momento.

—Hummm... una vez leí algo parecido en un cómic —dijo luego—. ¿No habrá por aquí cerca una estatua de un león? El reposo del león podría ser su sombra.

Alberto frunció los labios, molesto por la intuición del recién llegado.

—¡Pues sí! ¡Eso es! —exclamó Rossella—. Estamos convencidos de que el Gondolero Negro nos espera en el punto en el que acaba la sombra del león de San Marcos.

El día estaba llegando a su fin y el sol poniente teñía de oro los tejados de Venecia. Mientras pasaban por el puente della Paglia, los tres chicos no podían dejar de pensar en lo que les esperaba.

Peter Dedalus estaba vivo. Ahora estaban seguros. Y también estaban seguros de que la sombra del león de San Marcos los conduciría hasta su taller con la precisión de una brújula. Pero antes tenían que encontrar al Gondolero Negro, el único que podía remontar los canales de la ciudad y llevarlos hasta la Isla de las Máscaras. Y tenían que darse de prisa si querían descubrir el lugar en el que Peter se había refugiado, porque habían acumulado ya un buen retraso.

—Oblivia llegará antes que nosotros... —murmuró Julia preocupada.

—Ni lo pienses, hermanita —replicó Jason, que tenía todavía la ropa pringosa de pez y plumas de paloma.

Cada vez que se movía levantaba una nube de plumas en el aire.

—Creo que se me ha ocurrido una idea... —murmuró Rick, mirando a su alrededor—. El Gondolero Negro podría ir todo vestido de negro...

—Enhorabuena —se burló Jason, poniendo los ojos en blanco—. ¡Una idea verdaderamente genial!

Llegaron a la plaza de San Marcos y alzaron la mirada hacia lo alto de las dos columnas.

—El león... —explicó Alberto Caller—. Símbolo misterioso de nuestra ciudad.

—¿Por qué misterioso?

—Porque no se sabe quién lo trajo hasta aquí, ni de dónde viene. Hay quien dice que en realidad es una quimera, una antigua estatua china a la que después le añadieron las alas y...

Rossella indicó un quiosco de madera que estaba al lado de las columnas.

—¿Un té con especias para todos? —propuso, interrumpiendo las elucubraciones del marido.

Rick observó la larga sombra que desde la columna se dirigía hacia la laguna.

—El reposo del león... —susurró. Esperaba que fuera esa la solución del enigma porque no tendrían una segunda oportunidad.

El sol se ponía sobre los tejados y la sombra del león se alargaba a ojos vistas.

En el cielo no quedaba ya más que un rizo dorado y los otros se estaban quemando los labios con el té con especias, cuando Rick descubrió finalmente dónde acababa el reposo del león: en el extremo dorado de un palo al que estaba amarrada una góndola con la proa de metal.

La conducía un hombre de color, con un pendiente en el lóbulo izquierdo, zapatos con la punta curvada hacia arriba y la cabeza tocada con un tartán rojo.

El Gondolero Negro.

Cuando los chicos le dijeron que querían subir a bordo, el gondolero miró a Jason y negó rotundamente con la cabeza. Tenía los pómulos anchos, y los ojos pequeños y profundos.

—No pienses ni remotamente que te voy a dejar subir a mi góndola —respondió al chico.

—¡Pero si son solo plumas!

—¡Por favor! —dijo Rick—. ¡Le necesitamos!

—Y yo estoy a vuestra disposición. He dicho solo que *él* no puede subir a la góndola. ¿Son ustedes los padres de estos muchachos? —preguntó luego, al ver llegar a Alberto y Rossella Caller.

—Oh, no... Pero viajamos con ellos.

—¿Y adónde tienen que ir?

—A la Isla de las Máscaras.

—Un amigo nos ha dicho que usted la conoce...

—¿Y quién sería ese amigo?

—Se llama Peter Dedalus.

El Gondolero Negro negó con la cabeza.

—No lo conozco.

—A lo mejor ha cambiado de nombre —insistió Alberto—. Es de Inglaterra, fabrica relojes y espléndidos artilugios mecánicos.

—¡Escuche esto! —dijo Rossella. Y giró la manivela del carillón encajada en el marco. Al oír la música, Diogo se alzó sobre las patas posteriores y se puso a bailar.

El gondolero rió a su pesar y luego sacudió la cabeza:

—¿Vuestro amigo podría llamarse Pietro el Inglés?

—¡Sí! ¡Es él! —exclamó Rick, sin dilación.

—Entonces a lo mejor sé dónde encontrar la Isla de las Máscaras...

—¡Viva! ¡Por favor, se lo ruego, llévenos allí enseguida!

—¿A todos?

—Le pagaremos todos los desperfectos —se apresuró a decir Alberto, haciendo alusión a las condiciones de Jason.

—De acuerdo —suspiró el hombre, ayudándolo a subir a bordo. Cuando le tocó el turno a Jason, lo envolvió en una sábana y le ordenó:

—Tú quédate allí al fondo sin moverte. Si no, te arrojó a la laguna.

(...)

—¡Es para mí! —chilló la señora Bowen, corriendo hacia el teléfono con sus pantuflas capturapolvo—. ¿Diga? ¿De verdad? ¡Voy enseguida!

Volvió a colgar el teléfono y pasó como un rayo por delante del marido, que estaba concentrado solucionando un enorme crucigrama.

El doctor Bowen levantó la vista, sorprendido. No recordaba haber visto nunca a su mujer cambiarse y salir de casa con tanta rapidez.

—¡Hasta luego! ¡La cena está en el horno! —le gritó ella, cerrando la puerta tras de sí.

Edna llevaba todo el día eufórica. Es verdad que era algo que le pasaba a menudo cuando iba a la peluquería y se ponía al corriente de las novedades del pueblo... pero no la había visto tan radiante desde los tiempos en que Elton John había dado un concierto en Torquay y un cliente le había regalado dos entradas para ir a verlo.

El doctor Bowen disfrutó de aquella ración inesperada de tranquilidad; después decidió cenar. La mención del horno parecía presagiar que tendría que comer solo.

—Rollo de carne picada —concluyó el señor Bowen, mirando a través del cristal del horno.

Abrió la nevera en busca de cerveza. Luego se acordó de que tenía todavía un par en la bodega. Bajó a cogerlas y pasó por delante del teléfono. Su mujer lo había dejado descolgado. Al ir a colgarlo, se le ocurrió una idea fantástica. ¿Cuál era el teléfono de Ursus...?

Lo intentó un par de veces antes de acertar con el número del director de la escuela.

—¡Hola, Ursus! —lo saludó—. Estoy en casa con un rollo de ternera y unas cervezas. ¿Por qué no vienes a hacerme compañía?

El director se lo pensó un momento y después dijo:

—Vale, voy.

—Estupendo. Meto las cervezas en el frigo.

—Oye ¿tú sabes algo del asunto ese del muerto?

El doctor Bowen resopló:

—¿Qué?

—La maestra Stella —explicó Ursus Marriet— me ha dicho que se han reunido en casa de miss Biggles... Estaba también tu mujer... Te acuerdas del viejo propietario de Villa Argo, ¿no?

—¿Moore? Sí, murió el año pasado.

—Pues parece que en realidad no está muerto. Alguien lo ha visto hoy en la ciudad en una Chevrolet gris o algo parecido.

—¿Estás de broma?

—No, en absoluto. ¿La invitación sigue en pie?

—Por todos los demonios, sí... —dijo el doctor Bowen—. Solo tienes que darte prisa.



Capítulo (23)
- LA ISLA DE LAS MÁSCARAS -

ZINE. NEW
Alfred
R. A. ARREY 600
HOWELLS 600
MILBURN 600
ALPH

B

offensu filius classica de...
flos omni...
respon...
restitu...
restitu...
restitu...

La góndola se deslizaba por la laguna dejando lentamente atrás Venecia. El crepúsculo había inflamado de rojo fuego la planicie de agua, que empezaba a temblar vaporosa.

Los bajíos de arena estaban poblados de grullas y las anguilas se desenroscaban bajo el espejo del agua baja y gris.

—La linterna —ordenó el Gondolero Negro, cuando la luz empezó a difuminarse y las aguas se fueron haciendo más y más oscuras.

En la parte de la laguna donde ya no batía el sol comenzó a levantarse una niebla sutil, vaporosa. El Gondolero Negro se adentró en ella con decisión.

En unos instantes, la niebla se alzó en torno a ellos como un muro tembloroso. Envueltos en la penumbra gris, prosiguieron por las aguas inmóviles, confiando ciegamente en el sentido de orientación del gondolero.

Tras unos momentos que a los chicos se les hicieron eternos, la proa rozó el fondo arenoso y la góndola se detuvo.

—San Giorgio dell’Alga —dijo entonces el Gondolero Negro. Su pendiente de oro refulgió a la luz de la linterna—. La Isla de las Máscaras.

Los chicos fueron los primeros en bajar y ayudaron a poner en seco la góndola.

Estaban en una playa recubierta de algas, que poco a poco se transformaba en un bosque.

Un sendero tortuoso se adentraba en el corazón de la isla.

—Las pocas casas que hay están todas en la parte oriental... —explicó el Gondolero Negro—. En la parte opuesta hay un convento de frailes. Pietro el Inglés vive con ellos, en una casa de madera al amparo de sus muros. No deberíais tardar más de diez minutos en llegar hasta allí.

Rick asintió.

—¿Vamos?

Alberto y Rossella se intercambiaron una mirada.

—Si no os importa, nosotros os esperamos aquí —murmuró Rossella, mirando a su alrededor con recelo.

—Ningún problema —mintió Rick, que en realidad estaba un poco atemorizado por el aspecto tenebroso de la isla—. Volvemos en un abrir y cerrar de ojos.

Rossella apretó la mano de Julia, como para avisarla de que tuviera cuidado. La chica se llevó a Diogo consigo y desapareció por el sendero junto con los otros dos chicos.

Algo después se oyó el ruido de una rama que se tronchaba.

—¿Alberto? ¿Qué ha sido eso? —preguntó Rossella, escrutando la niebla.

El bosque se erguía espectral en torno al sendero. Los troncos y las ramas negras de los árboles recortaban con sus geometrías retorcidas el tejido gris de la niebla. Grandes aves se alejaban volando, lanzando gritos algodonados en la noche. Cuando el sendero se bifurcó, los chicos siguieron la dirección del monasterio.

—Un lugar escalofriante... —dijo Rick.

Una lechuza dejó oír su graznido desde una rama cercana y Julia, dando un respingo por el susto, se encontró apretándole la mano.

Sin decir palabra, los dos fueron caminando de la mano hasta llegar a una tapia.

Al otro lado del muro, los muchachos divisaron el edificio bajo y cuadrado del convento.

Rodearon la tapia por el lado izquierdo, subiendo por una ligera pendiente.

Desde lo alto pudieron contemplar mejor todo el monasterio, un enorme edificio que surgía de la niebla como el caparazón de un gigantesco galápago. Al fondo, en la misma dirección, había una pequeña iglesia con un tosco campanario. Por entre las bíferas del refectorio se filtraba la luz de las velas y un cántico melodioso: un coro de voces graves que cantaba en latín.

Escrutando la niebla, Jason, Julia y Rick divisaron lo que debía de ser la casa de Peter. Era de madera, construida entre la tapia y la parte trasera de la pequeña iglesia. Las ventanas estaban iluminadas, señal de que había alguien dentro.

Al acercarse más, no tardaron en reconocer la voz estridente de Oblivia Newton.

—¿Veis? Os lo había dicho... —susurró Julia—. Ha llegado antes que nosotros.

—¿Por qué no saltamos dentro a ver si oímos lo que dicen? —propuso Jason.

Protegido por la niebla, el conde Cenere miró a su alrededor con circunspección. Después, finalmente, se quitó la máscara. Respiró a pleno pulmón un poco de aire fresco, dejó el candil en el suelo y estiró los brazos. Luego se puso a silbar, preguntándose cuánto tendría que esperar todavía.

No es que la cuestión le preocupase: había ganado más dinero en los dos últimos días que en todo el año anterior. Y solo por encontrar a un relojero.

Una vez llegado a las casas de San Giorgio, no le había costado mucho encontrar a alguien que le indicara adonde tenía que dirigirse. Al convento de los frailes.

El conde Cenere había considerado seriamente la posibilidad de abandonar a la mujer en la isla y regresar a Venecia. Después de todo, su misión era localizar a Pietro el Inglés y no servir de guía turístico a aquella histórica.

Al final, sin embargo, pensando en que quizá podría conseguir algo más de dinero fácil, había decidido quedarse allí esperando.

Para pasar el tiempo dio una vuelta por la isla, vagando sin rumbo a lo largo del único sendero que la atravesaba de lado a lado. Pero mientras paseaba oyó unas voces que se acercaban rápidamente, volvió a ponerse la máscara y se escondió en el bosque.

Poco después vio pasar a tres muchachos, uno de los cuales llevaba una extraña vestimenta negra recubierta de plumas de pájaro.

Le asaltó la curiosidad y bajó a ver de dónde habían salido. En la playa vio la luz de la linterna de una góndola y se acercó para comprobar si había alguien.

A través de la niebla reconoció la silueta de tres personas. Al acercarse más, sin darse cuenta rompió una rama con el zapato.

—¿Alberto? ¿Qué ha sido eso? —preguntó la voz de la señora Caller. El conde Cenere la reconoció al instante.

—Nada, querida. Un animal...

El conde Cenere aguzó el oído.

—Esperemos que los chicos se den prisa —dijo Rossella poco después.

—La casa del relojero no está muy lejos —la tranquilizó el gondolero que los acompañaba.

¿El relojero? ¿Ellos también? ¿Qué era lo que tenía ese extraño artesano para ser tan importante?

El conde Cenere esbozó una malvada sonrisa: era hora de ir a echar un vistazo a casa del misterioso Pietro el Inglés. Y quizá así al final de la jornada tendría una excusa perfecta para encerrar por fin en prisión al matrimonio Caller.

(...)

Cuando sonó el teléfono de Villa Argo, Nestor tenía las manos ocupadas con algunos de los objetos que don Diego y Dieguita habían intentado robar.

Estaba intentando volver a colocar todo en su sitio, pero ya se había dado cuenta de que dos lámparas estaban hechas añicos y una estatuilla de porcelana se había quedado sin cabeza. «A lo mejor con un poco de pegamento...», pensó.

El teléfono seguía sonando.

—¿Diga? —resopló el jardinero, saltando por encima de unos trapos y cogiendo el auricular.

Tardó algunos segundos en entender quién era la persona con la que estaba hablando.

—Miss Biggles, por favor, ¡respire! ¡No entiendo nada!

Apoyó en el suelo los objetos que llevaba en la otra mano y se sentó.

—Sí, soy yo. Soy Nestor. ¿Qué tiene que ver el Windy Inn...? ¡Claro que sé qué es! ¡El hotel! ¿Qué? ¿El anterior propietario está en el Windy Inn? ¿Ulysses Moore? Pero... pero... no es posible. Yo creo que... ¿quién lo ha visto? ¿Una fotografía? ¿Cómo? ¿Que lo ha visto el padre Phoenix? Pero ¿está usted segura?

Miss Biggles chilló aún más y al final Nestor se rindió:

—De acuerdo, iré a ver. Seguro. Voy enseguida. Muy bien, como ustedes prefieran... Nos vemos todos en el Windy Inn... Sí, claro. Hasta ahora, Cleopatra.

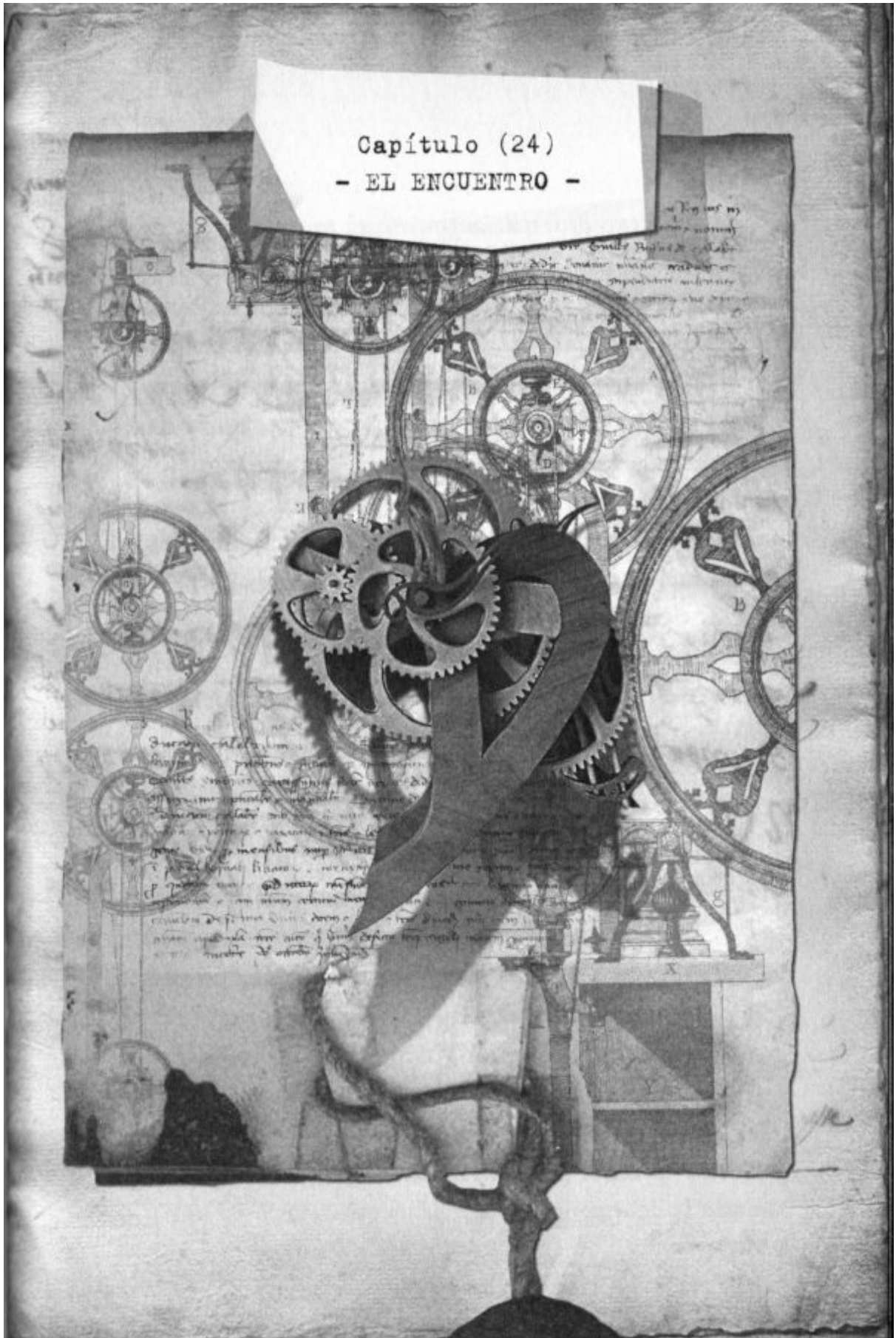
Cuando colgó, le asaltaron mil y un pensamientos y el de ordenar Villa Argo se convirtió de repente en el menos importante de todos. ¿Ulysses Moore en la ciudad? Pero... ¿cómo era posible?

Colocó los objetos al tuntún y recogió los trapos del suelo. Luego pasó revista rápidamente a toda la casa, cerró las puertas y ventanas y salió.

Bajar al pueblo en bicicleta quedaba descartado: ya estaba oscuro y, además, bastantes esfuerzos había hecho ya ese día.

—¡Vamos, bonita! Vamos a ver qué pasa —dijo en voz alta, cruzando una mirada con la yegua de Leonard.

Capítulo (24)
- EL ENCUENTRO -



Encaramándose a la tapia del convento, Rick y Jason consiguieron entrar en el segundo piso de la casa de Peter, donde había una ventana mal cerrada. Antes de subir tras ellos, Julia ordenó a Diogo que los esperara allí, tranquilo y en silencio. Después trepó también ella por la tapia, se coló por la ventana y apareció en un verdadero laboratorio de rarezas mecánicas.

Había de todo: martinetes, muelles, amazones, engranajes de metal. En un lado, una puerta cerrada comunicaba con el interior de la pequeña iglesia. En el otro, unas escaleras de madera conducían a la parte inferior. La habitación era oscura pero, a través de las tablas de madera del suelo, se filtraba la luz de las velas encendidas en el piso de abajo, junto con los retazos de una acalorada discusión.

Los chicos se acercaron de puntillas al descansillo de la escalera y, agazapados en el escalón más alto, vieron por primera vez a Peter Dedalus: un hombre menudo, con gafas y una larga nariz, a quien la neurótica presencia de Oblivia Newton había puesto contra las cuerdas.

—¡Siempre en medio! —saltó Jason—. Ahora mismo voy allí y...

Rick lo detuvo.

—¡Chissst! ¡Escuchemos antes lo que están diciendo!

—¿Por qué me persigues? —se lamentaba Peter, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué insistes?

—Peter, cariño...

—¡Y no me llames cariño! —gimió él—. ¡Sé perfectamente que no te importo lo más mínimo! ¡Sé perfectamente que siempre me has engañado y que continúas engañándome! Tú... tú solo quieres saber lo de las puertas... y lo de las llaves... Quieres saber qué hemos hecho y por qué lo hemos hecho.

—Oh, no. Te equivocas, Peter. No me interesa. Sé perfectamente lo que habéis hecho: habéis intentado ocultar todas las puertas. Y te habías asegurado de que desapareciese de la circulación todas las llaves. Todas, excepto dos.

La llave del gato y la llave del león centellearon en el escote de Oblivia.

—¡La llave del león! —exclamó el hombrecillo—. Pero... ¡tú no puedes tenerla, Oblivia!

—Es nuestra llave, Peter. La llave que abre la puerta que tú has construido para...

—¡No! —la interrumpió él—. ¡Yo no he construido ninguna puerta! La puerta ya estaba allí... Las puertas ya estaban todas allí.

—Ah. Primera novedad. Así que no sois vosotros los constructores de las puertas. Y entonces, ¿quién las construyó?

—¡Nadie lo sabe! Ni lo sabía yo, ni lo sabía Ulysses, ni Penelope ni nadie. Era una de nuestras reglas.

—¿Reglas, Peter?

Él se deslizó hasta un rincón de la habitación, sujetándose la cabeza entre las manos.

—Sí, las reglas. Las reglas que yo he quebrantado.

Oblivia cogió una silla y se sentó.

—Háblame de las reglas, Peter.

—No... Yo... no puedo...

—¿Por qué no? Tus viejos amigos están todos muertos. Solo quedo yo.

—Pero tú... ¿cómo es que tienes tú esa llave? —masculló Peter—. Yo abrí la puerta de la Casa de los Espejos, quité la llave y se la envié a Ulysses. Él tenía que ponerla a buen recaudo, con las demás llaves...

—Pues no, cariñito. Ulysses ha pasado a mejor vida y la llave la tenía su jardinero.

—¿El jardinero? —preguntó Peter, incrédulo.

—Sí, el jardinero —confirmó Oblivia con una sonrisa triunfal.

—Ese viejo loco...

—El mismo —dijo la mujer—. Quizá ha descubierto dónde estaban las demás llaves y las ha cogido...

Peter la observó con atención.

—Entonces a lo mejor es él quien las ha vuelto a abrir. Con... con...

—¿Con qué, Peter?

—Con la Primera Llave —susurró él en un suspiro.

—Muy bien, Peter. Segunda novedad. ¿Qué es la Primera Llave?

—No, eso no puedo decírtelo. Va contra las reglas.

—¿Y cuáles serían esas benditas reglas, Peter?

El hombrecillo recitó de un tirón:

—Primera regla: proteger Kilmore Cove. Segunda regla: no hablar de las puertas con nadie. Tercera regla: no intentar descubrir quién las ha construido.

Cuando acabó, Oblivia esperó un segundo y después se echó a reír.

—¿Y estas serían las temibles reglas de tus amigos? Oh, cielos, qué emoción... es como si hubiera vuelto a los tiempos de los boy scouts: ¡no quemes los bosques y no mates a los animalillos! Y... una curiosidad: ¿quién las ha establecido?

—Moore.

—¿Así que el árbitro invisible de todo esto es el mítico Ulysses Moore? Y, vamos a ver... ¿qué habría sucedido si hubierais descubierto quién construyó las puertas?

—Esa regla la estableció después de que intentáramos descubrirlo por todos los medios. Y después de que cada vez que lo intentáramos, tuviéramos que rendirnos ante un misterio o arriesgar nuestras vidas.

—¿Y la Primera Llave, Peter?

En ese momento, un perro se puso a ladrar al otro lado de la tapia.

—Voy yo... —dijo Julia cuando oyó ladrar a Diogo.

Jason le puso una mano en el hombro.

—No. Voy yo.

Atravesó la habitación con cuidado para no hacer ruido. Luego saltó por la ventana hasta encima de la tapia. Pero cuando puso un pie en el suelo, el perro había dejado de ladrar.

—¡Diogo! —susurró Jason, buscándolo por allí cerca. Después se alejó en dirección del bosque—. Diogo, ¿dónde te has metido?

De repente le pareció verlo, tendido inmóvil en medio del camino.

—¿Diogo?

Jason se acercó lentamente, convencido de que se había equivocado.

Una mano enguantada lo aferró por detrás de los hombros y ante él apareció la máscara de un pájaro con el pico arqueado.

—No te muevas, mocoso, o acabarás como tu perrito... —bisbiseó el conde Cenere.

Oblivia miró por la ventana. Después, cuando el perro dejó de ladrar, volvió a la carga:

—Entonces, Peter, vamos a ver, ¿por qué tanto secreto?

—Kilmore Cove corría el riesgo de convertirse en la aldea de las maravillas, una especie de parque de atracciones —musitó él.

—Se llama hacer negocios, cariño, y no está tan mal.

—Nosotros no estábamos de acuerdo.

—¡Ah, mírales, qué románticos! En vez de dar a conocer al mundo entero la existencia de un lugar tan increíble como Kilmore Cove, decidisteis... ¡ocultarlo! Borrarlo del mapa. ¡Ocultar un pueblo en pleno siglo veintiuno!

¿Os dais cuenta? Hay internet, satélites, móviles... estamos en la era de las comunicaciones y vosotros... vosotros ¿qué hacéis?

—No abrir ningún portal en internet ni construir hoteles de lujo. Era nuestra primera regla: proteger Kilmore Cove. Habríamos renunciado incluso a viajar a través del tiempo para conseguirlo.

—Pero después... por desgracia, entro yo en juego. Y me encuentro con el eslabón débil del grupo. —Oblivia se acercó a Peter, envolviéndolo en una nube de perfume—. Y el eslabón débil lo suelta todo.

—¡Yo no solté nada! Yo... yo creía que tú eras como yo. ¡Yo te quería!

—Cariño, yo también te quería. Pero tú, en lugar de contármelo todo... un buen día te largaste y me dejaste sola.

—Tú no me querías, Oblivia... —balbuceó Peter entre sollozos—. Tú solo querías saber cómo controlar las puertas.

—Si es por eso, quiero saberlo también ahora. Digamos que podría ser tu último regalo, Peter... Y después desaparecería para siempre. Vamos, cariño, no te hagas de rogar... —susurró Oblivia, pasando los dedos esmaltados de morado por entre el pelo del relojero.

Peter permaneció un buen rato en silencio, embriagado por el perfume dulcísimo de Oblivia.

Después se acercó a un pequeño armario lleno de cajones. Sacó un viejo álbum y una extraña cámara fotográfica, los puso encima de la mesa y dijo:

—En realidad echo de menos Kilmore Cove y... a las personas que conocía. En estos años no he hecho más que pensar en ellos. En vosotros. He mirado estas viejas fotografías casi a diario.

Oblivia abrió el álbum distraídamente.

—Unos meses después de llegar a Venecia intenté incluso volver atrás —continuó Peter—. Volví a la calle dell'Amor degli Amici para ver si la puerta estaba todavía abierta. Pero estaba cerrada. Pensé que alguien había entrado por ella en mi lugar y había llegado a Kilmore Cove... Aunque, como sabes, la puerta estaba bien camuflada.

—¡Ya lo creo! ¿Quién es este de la foto?

—El padre Phoenix —dijo Peter mirando el álbum.

Oblivia pasó la página.

—¿Y este que está contigo aquí, cerca del faro?

—Ese es Ulysses.

—¿Este es Ulysses Moore? —exclamó Oblivia, mirando la foto con mayor atención—. Caray... pero ¿cuántos años tiene esta foto?

—Por lo menos veinte —respondió Peter.

Oblivia dejó el álbum y retomó la conversación:

—Entonces, cariño, ¿qué hiciste cuando descubriste que la puerta estaba cerrada?

—Llegué a la conclusión de que los otros habían conseguido encontrarla... y la habían cerrado.

—¿Habían conseguido encontrar qué, perdona?

—La Primera Llave. La que controla todas las puertas. —Peter se puso mejor las gafas en la nariz y dio la vuelta a la mesa—. Al principio creíamos que era solo una leyenda. Después examiné las cerraduras una a una. Y llegué a la conclusión de que podía existir una llave que abriera y cerrara todas las puertas, una llave maestra. Ulysses encontró una referencia a la Primera Llave en un viejo libro de su biblioteca, el *Manual de los escapistas. Llaves, candados, pasadizos secretos y mecanismos de fuga*. Entre los diversos artículos había uno escrito por su bisabuelo Raymond dedicado a las puertas de Kilmore Cove, con un dibujo de la Primera Llave y todo. La llave universal.

Oblivia lanzó un grito.

—Magnífico, justo lo que necesito: ¡una llave capaz de abrir todas las puertas de Kilmore Cove!

—Las de Kilmore Cove —explicó Peter, suspirando— y todas las demás. La Primera Llave es la llave maestra de los constructores de puertas, la que ellos mismos utilizan para viajar adelante y atrás en el tiempo.

—Los constructores de puertas de nuevo... Pero ¿quiénes son?

—No lo sabemos —confesó Peter—. No llegamos a descubrirlo nunca. Pero cuando decidimos olvidarnos de las puertas y elaborar un plan para erradicar Kilmore Cove de la faz de la tierra, necesitábamos encontrar la Primera Llave. La buscamos por todas partes, porque si existía de verdad, no solo habríamos podido abrir todas las puertas, sino también cerrarlas.

—¿Qué quieres decir con cerrarlas?

—Cuando traspasas una puerta del tiempo desde Kilmore Cove, la puerta permanece abierta hasta que alguien regresa. Desde el otro lado no se puede cerrar. Es un viaje abierto en una sola dirección: Kilmore Cove.

—Explícate mejor...

—La Primera Llave puede abrir y cerrar las puertas desde ambos lados. Quien la posea, podrá abrir y cerrar para siempre las conexiones con los puertos de los sueños. Podría impedir el paso a un lugar, preservándolo y protegiéndolo de todo tipo de peligros. Es la única llave que puede hacerlo. Es la primera.

Oblivia Newton imaginó miles de puertas cerradas por todo el mundo y a ella volviendo a abrirlas una a una, zambulléndose en riquezas inconmensurables.

—La quiero —dijo.

Peter sonrió.

—La queríamos todos. Y estábamos a punto de encontrarla. Estaba cerca. Cerquísima. Pero después salí huyendo... He tenido los ojos bien abiertos. Y como hacía tanto tiempo que no había visto a nadie llegar a Venecia, pensaba que al final Ulysses y Penelope la habían encontrado, la habían usado para cerrar todas las puertas de Kilmore Cove y...

—Y dejarme así fuera de juego —concluyó Oblivia—. No me estás mintiendo, ¿verdad? ¿No tienes contigo la Primera Llave?

—¡Por desgracia, no! Si la tuviera, habría vuelto a Kilmore Cove por lo menos una vez.

La mujer echó a andar furiosamente por la habitación, deteniéndose a continuación cerca del candelabro encendido.

—Pues entonces, ¿dónde está?

—Si no la han encontrado, no lo sé. Pero como las puertas han permanecido cerradas durante tanto tiempo... yo creo que la han encontrado. Y si es así, estará a buen recaudo con todas las demás llaves.

—¿Dónde?

—Pregúntaselo a Ulysses Moore.

—¡Moore ha muerto, Peter! ¡Te lo pregunto a ti porque eres el único que está todavía vivo!

—¿Ha muerto también Black?

—¿Black? —preguntó Oblivia—. ¿Quién es Black?

—Black Vulcano. El maquinista del tren. Cuando hui, quedaban tres: Ulysses, Penelope y él.

—No hay ningún Black Vulcano en Kilmore Cove.

Peter le enseñó una foto del álbum.

—Pues aquí lo tienes, con su gigantesca barba incandescente. De todos nosotros era el que estaba más convencido de la existencia de la Primera Llave.

—Black Vulcano... —murmuró Oblivia—. Así que queda todavía uno. —Desenrolló sobre la mesa el mapa con las puertas de Kilmore Cove y preguntó —: ¿Dónde vivía?

—Aquí, en la estación.

Oblivia exultó, indicando con la uña esmaltada de morado un punto del mapa.

—Hay una puerta en la estación. Y apuesto a que tú sabes también cómo se abre.

—Con la llave del caballo, si no recuerdo mal...

Oblivia agarró a Peter por el cogote y le estampó un beso en mitad de la frente.

—Muy bien, cariño. Lo has hecho muy, muy bien. Y ahora, si no te importa, dime dónde está la llave del caballo.

—No, ahora, si no os importa... —intervino una voz nueva—, los dos me vais a decir exactamente de qué estáis hablando, porque me temo que estoy algo confuso. Pero antes de nada, saludos. Pietro el Inglés, encantado... Señora Newton, nos volvemos a encontrar... —Con el candil en la mano, el conde Cenere entró en la habitación, hizo una divertida reverencia y empujó a Jason en medio de la habitación.

(...)

Manfred acometió con furia la subida de Salton Cliff. Y la agonía del motor del dune buggy al arrancar no mejoró en absoluto su estado de ánimo. No quería saber nada más de ese cacharro. Quería volver a Villa Argo y recoger el coche deportivo de Oblivia que había dejado aparcado en el porche.

Manfred recordaba perfectamente que había guardado las llaves en la guantera, pero ignoraba por completo lo que había sido del deportivo negro después de que él se hubiera caído rodando por el acantilado. Ahora tenía intención de descubrirlo.

Mientras tomaba renqueando las curvas, pensó de nuevo en sus últimos descubrimientos. En primer lugar, el retorno de Ulysses Moore. ¿Por qué se había alejado del pueblo fingiéndose muerto? Y sobre todo, ¿por qué razón había vuelto? ¿Y, dónde estaba ahora? Manfred suponía que se encontraba precisamente en Villa Argo. Y también por eso había decidido subir allí arriba por segunda vez, a pesar de que Oblivia se lo había prohibido terminantemente.

Había acompañado a la peluquera a la peluquería y le había pedido una tarjeta de visita, con la intención de llamarla en cuanto la cuestión de las puertas hubiera quedado zanjada. Después había ido a la Casa de los Espejos para controlar si Oblivia había vuelto ya y, al no ver a nadie, había decidido ir enseguida a Villa Argo.

Al coger las curvas, Manfred se dio cuenta de que iba conduciendo prácticamente por el centro de la carretera: no le gustaba la altura del acantilado. Demasiado alto. Y demasiado vertical.

Iba subiendo a paso de tortuga, cuando el dune buggy derrapó, embestido por una repentina ráfaga de viento lateral. Manfred estuvo dando volantazos durante unos cuantos metros antes de conseguir volver a colocar el morro en el suelo y empezar de nuevo a tragar asfalto.

Tras la enésima curva, la carretera se transformó en una larga recta que bordeaba el acantilado. El chófer de Oblivia Newton se plantó en medio del camino y miró fijamente el mar con odio.

Un relincho.

Manfred oyó el relincho y volvió a mirar hacia la carretera. De repente, por detrás de la curva situada al final de la recta había aparecido un carro arrastrado por un caballo al galope.

—¡Maldita sea! —exclamó Manfred agarrando bruscamente el volante.

Para esquivar el carro, aceleró y pegó un súbito volantazo hacia el carril externo. En ese instante una segunda ráfaga de viento alzó el morro del dune buggy, haciendo que derrapara.

—¡No, no! ¡NOOO! —gritó él, cuando se dio cuenta de que la carretera casi había desaparecido.

Soltó el volante e intentó saltar del vehículo, pero había quedado aprisionado por el cinturón de seguridad. Logró desabrocharse el cinturón justo en el momento en que las ruedas del dune buggy rasgaban el aire y el morro empezaba a inclinarse hacia abajo.

En el vacío.

Manfred se quitó el cinturón y saltó. Y por segunda vez en tres días se precipitó rodando por el acantilado de Salton Cliff.

Capítulo (25)
- LLAMAS Y FUEGO -



En la casa de madera de Peter Dedalus todo había pasado muy deprisa. Desde el último peldaño de la escalera que conducía al piso de arriba, ni Rick ni Julia habían logrado entender muy bien cómo se habían sucedido los acontecimientos.

—¡AHORA ME VAIS A EXPLICAR TODO DETALLADAMENTE! —gritó el conde Cenere, encaminándose al centro de la habitación con paso amenazador—. ¿Qué es eso de la calle dell’Amor degli Amici y qué es eso de las puertas?

Cuando el guardia secreto pasó por el lado de Jason, el muchacho levantó la pierna de golpe y le puso la zancadilla.

El conde Cenere voló hacia delante, hecho un revoltijo con la capa y la máscara y, al caer, hizo añicos el candil.

—¡Salgamos de aquí! —gritó Oblivia, zarandeando a Peter, que se había escondido en el rincón—. ¡Vamos! ¡Rápido!

Oblivia soltó a Peter e intentó saltar por encima del guardia secreto. Pero el hombre, que seguía tendido en el suelo, se dio la vuelta de golpe y la agarró por la pierna.

—¡Julia, Rick! ¡Escapad! —gritó Jason.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —chilló Oblivia, pataleando furiosamente hasta arrancar la máscara del rostro del conde Cenere.

Fue entonces cuando el vestido de Oblivia, que estaba demasiado cerca de las velas, se incendió.

Ella se puso a chillar histéricamente, se quitó la capa en llamas y la arrojó encima del conde Cenere. En unos segundos la capa del conde también se incendió y un instante después las llamas se habían extendido por todo el suelo, empapado del aceite del candil.

En cuanto Julia vio propagarse el incendio y oyó los chillidos de Oblivia y del conde Cenere gritó:

—¡JAAASON! ¡Estás cubierto de pez! ¡Escapa!

Empezó a bajar los peldaños lo más deprisa que pudo, pero a mitad de la escalera tuvo que pararse. Una lengua de fuego y una densa humareda gris la obligaron a retroceder. Se echó a toser.

—¡JAAASON! —volvió a gritar un momento después.

Se protegió el rostro con los codos y se arrojó entre las llamas. Consiguió bajar otro par de peldaños más.

Pero después la madera de la escalera se resquebrajó con un chasquido seco y Julia cayó al vacío.

En cuanto el incendio empezó a cobrar fuerza, Jason se echó a rodar por el suelo como si fuera un barril hasta llegar al rincón en el que se había agazapado Peter Dedalus. Podía oír los chillidos de Oblivia y del conde Cenere y sentía en la espalda un tenue calor.

La pez, en vez de incendiarse, parecía aislarle del fuego.

—¡Peter, vámonos! —le gritó al relojero—. ¡Muévete! ¡Tenemos que largarnos de aquí!

Pero el hombrecillo estaba allí inmóvil, con los ojos fijos en las llamas, que, como si fueran una criatura viviente, estaban devorando la casa.

—Oblivia... —murmuró Peter, hipnotizado—. Tengo que salvar a Oblivia...

—¡No, Peter! —gritó Jason—. ¡Tenemos que saltar por la ventana! ¡Después de ti! ¡Venga!

Jason agarró al relojero por la muñeca y él lo miró con una mirada perdida.

—¿Y tú quién eres?

—Vivo en Villa Argo —respondió Jason.

Peter puso ambas manos sobre los hombros del muchacho y dijo:

—La Primera Llave está allí, muchacho. ¡Siempre ha estado allí!

—¿Dónde?

—En Villa Argo... —susurró el hombrecillo antes de soltarse—. ¡OBLIVIA! —gritó, avanzando hacia las llamas.

—¡No, Peter! ¡Vuelve atrás!

Pero el relojero ni siquiera lo oyó. Se arrojó al fuego y desapareció entre las llamas. Jason, horrorizado, vio cómo su sombra se desvanecía entre el humo.

Después bajó la vista. Le empezaban a llover los ojos: algunas de las plumas que llevaba pegadas se estaban quemando. Las llamas habían llegado a la mesa y el álbum y estaban devorando todas las fotografías, una a una. Cuando Jason lo cogió, el álbum se convirtió en mil cometas ardientes y en la mano le quedaron solo un par de páginas chamuscadas.

Los gritos habían cesado. Se oía solo el crepitar del fuego.

Jason fue hacia atrás, hacia la ventana, e intentó abrirla, pero era como si estuviera cerrada herméticamente.

—¡Ábrete, maldita sea! ¡Ábrete!

Oyó que Rick gritaba su nombre en algún lado. Oyó un chillido femenino seguido de un chasquido seco. Vio el humo que le envolvía la nariz y le

nublaba la cabeza y el fuego que le lamía los pantalones. Pero la ventana no se abría.

Se volvió hacia la habitación, cogió la cámara fotográfica, que estaba todavía encima de la mesa, y la lanzó contra la ventana. El cristal se hizo añicos. El aire frío de la noche penetró por un momento en la habitación, avivando el fuego y despejándole la cabeza.

Jason recuperó la cámara y la movió haciendo molinillos una y otra vez. Después se arrojó de cabeza en mitad de la noche.

Rick llegó a donde estaba Julia, la cogió en brazos y de un salto logró volver a alcanzar la escalera.

—Te saco de aquí, Julia. Te saco de aquí.

Atravesó volando el taller de Peter, completamente invadido por el humo, y se dirigió hacia la ventana por la que habían entrado. Las primeras lenguas de fuego aparecieron a sus espaldas. Oyó gritos en el piso de abajo, pero intentó no hacer caso.

Llamó a Jason con todas sus fuerzas, después abrió de par en par la ventana y salió al estrecho alféizar.

—Te saco de aquí, Julia, no te preocupes.

Pero salir de allí llevando a Julia en brazos no era tan fácil como entrar...

—No te preocupes —repitió—. Te saco de aquí.

Sujetó a Julia con un solo brazo y saltó hacia la tapia, apretando los dientes.

Calculó mal el salto y se dio de costado contra la tapia, pero no soltó a la chica: se quedó colgado con la otra mano, como Jason en el acantilado de Kilmore Cove.

La noche era fría como el hielo. La niebla era humo líquido. Colgado de la tapia como un murciélago, Rick tanteó con el pie buscando primero un apoyo y después otro hasta que consiguió llegar al jardín.

La casa era ya una hoguera incandescente.

Rick se levantó, con las costillas del lado derecho aullando de dolor, y se alejó de allí, estrechando a Julia entre sus brazos. La recostó con cuidado sobre la hierba. Después oyó un estallido de cristales rotos a sus espaldas y se volvió de golpe.

Alguien había roto la ventana del piso de abajo y había saltado por ella. ¡Jason!

Lo vio alzarse. Levantó el brazo derecho y gritó:

—¡Estamos aquí, Jason!

—Después se volvió para mirar a Julia. Bajo la luz plateada de la noche, su rostro era bellissimo. Ella permanecía inmóvil. Rick apoyó el oído en su corazón. ¿Latía? ¿O era el suyo que latía por los dos? Acercó la cara a sus labios para comprobar si respiraba.

—Julia... estás viva, ¿verdad?

Respiraba. Sí, respiraba. Y Rick la besó.

Jason, con los ojos enrojecidos por el humo, vio a Rick inclinado sobre su hermana a pocos metros de distancia.

Corrió a su encuentro, apretando en la mano la cámara de fotos de Peter Dedalus y algunas páginas del álbum.

—¡Rick! ¿Julia...?

El chico pelirrojo se levantó del suelo como impulsado por un resorte.

—¡Está aquí! ¡Estamos bien! La he sacado de allí...

En ese momento se oyó un estrépito. Detrás de Jason, la casa se inclinó hacia un lado, mientras el fuego salía por las ventanas abiertas como si de chimeneas se tratara. Luego, con un último gemido, la casa se desplomó.

Leonard Minaxo sabía que los dos mendigos saldrían de la cárcel en pocos días, pero confiaba en que hubieran quedado escarmentados y permanecieran alejados de casa Caboto durante mucho tiempo.

En cualquier caso, bastaba con que se mantuvieran alejados solo unas horas más, el tiempo suficiente para que ellos pudiesen volver a Kilmore Cove.

Leonard se sentía extrañamente alegre. Volver a Venecia, después de tantos años... Disfrutó de cada rincón de aquel escenario irrepetible, aquel bosque de obras de arte que crecían sobre el agua y la arena. Observó admirado a los mercaderes que conducían sus largas embarcaciones de remos por el Canal Grande y se adentró por los callejones que serpenteaban tras el Palacio Ducal, con la intención de volver a ver una vez más el Arsenal veneciano y su impresionante astillero.

Caminando por las calles, volvían a su memoria lugares y anécdotas del pasado. Se encontró así yendo hacia un callejón estrecho y húmedo, en mitad del cual había una minúscula tienda de antiguallas y productos orientales. La reventa de Zafon.

Leonard entró.

—¡Este aroma! —exclamó—. ¡Cuánto tiempo hacía...!

Un viejecillo similar a una algarroba reseca salió de detrás de las mercancías amontonadas al buen tuntún. Dio un respingo de sorpresa.

—¿O mis viejos ojos se equivocan o... se trata de un antiguo cliente que hacía muchos años que no venía por la ciudad?

—Tus ojos no se equivocan —dijo Leonard, corriendo a su encuentro para abrazarlo—. ¡Zafon! ¡Estás todavía vivo, viejo mío! ¡Menos mal!

—¡Calma! ¡Calma! ¡Si me estrujas así, seguiré vivo por muy poco! —saltó el viejecillo—. ¿Qué ha sido de ti? ¿Qué nuevos mares has explorado? ¿Y qué es ese parche que llevas en el ojo?

—Un tiburón.

—Un tiburón... ejem, ejem... nada que objetar ¡También él es un viajero del mar!

Los dos se pusieron a hablar. El rumor incesante de la conversación quedaba interrumpido de vez en cuando por estruendosas carcajadas.

Después, cuando Leonard se despidió prometiéndole que volvería pronto, el viejo desapareció detrás del mostrador y volvió con dos cuadernos negros.

—¡No querrás dejártelos olvidados! ¡Los mejores cuadernos de las papelerías venecianas!

—No puedo pagarlos, Zafon.

El viejo se los entregó de todas formas y dijo:

—Me has pagado ya con esta charla, amigo mío. El dinero me lo das la próxima vez que vengas.

Leonard aferró los cuadernos con sus grandes manos y dijo:

—Dentro de pocos días, entonces.

El viejo mostró su sonrisa desdentada y lo acompañó hasta la puerta.

—¡Qué sinvergüenza! ¡Lo mismo que me dijiste la última vez!

El incendio quedó completamente extinguido. Los habitantes de la isla habían acudido todos a verlo. De la casa de Pietro el Inglés quedaba solo un montón de cenizas negro y humeante. Sentados aparte y temblando aún de miedo, Julia, Rick y Jason vieron cómo sacaban de entre la madera carbonizada el cuerpo de un hombre desfallecido.

—Caray... —susurró Julia al verlo pasar.

Era el conde Cenere. Estaba cubierto de terribles quemaduras.

Rossella la abrazó, pero Julia buscó consuelo en los ojos de Rick. Fue cuestión de un instante. Él se dio cuenta y bajó la vista avergonzado.

—Está muy grave, pero tiene suerte de seguir con vida... —dijo Alberto Caller a Jason, que estaba sentado a su lado.

—Cuando pienso que yo también estaba allí dentro...

Alberto se puso de pie de golpe y sacudió repetidas veces la cabeza, incrédulo:

—Y cuando yo pienso que lo conocía...

El hombre que se hacía llamar conde Cenere había sido el último camarero de casa Caller. Alberto lo había despedido cuando había decidido que no quería intrusos en casa.

Mientras dos frailes se lo llevaban para curarlo, otros se pusieron a buscar a Peter y a Oblivia. Del relojero encontraron solo las gafas, mientras que todo lo que quedaba de Oblivia era un trozo de capa.

«Quizá Oblivia haya conseguido escapar antes de que la casa se desplomara completamente —explicó Jason—. Pero Peter...»

Le había parecido tan lento y turbado que era probable que estuviera aún bajo los escombros, con todo lo que quedaba de sus inventos.

Diogo, tembloroso y con el pelo más enmarañado de lo habitual, se refugió en los brazos de Julia. En cuanto se había recuperado del golpe que le había dado el conde Cenere, había ido corriendo a casa de Peter y se había quedado allí esperando a los chicos.

El Gondolero Negro condujo a los Caller y a los chicos de vuelta a Venecia. Fue un viaje sombrío y silencioso.

Jason no conseguía dejar de pensar en las últimas palabras de Peter, que resonaban en su cabeza incesantemente: «La Primera Llave está allí, muchacho. ¡Siempre ha estado allí!».

La Primera Llave estaba en Villa Argo, entonces...

El chico permaneció de pie, contemplando la Isla de las Máscaras que desaparecía en la noche y el hilo de humo que desde el monasterio ascendía hacia el cielo oscuro. La góndola se deslizaba por la cinta de agua, movida solo por los remos del gondolero.

—¿Estáis seguros de que no queréis quedaros con nosotros? —les preguntó Rossella a Jason, Julia y Rick cuando llegaron a casa Caboto—. Solo por esta

noche...

—No, Rossella. Gracias, de verdad —respondió Julia—. Es mejor que volvamos a casa. Pero... —La muchacha miró a Diogo que movía la cola a sus pies. Lo cogió en brazos y lo alargó delicadamente a Rossella—. No creo que podamos llevárnoslo a casa con nosotros.

Los ojos de la mujer centellearon.

—¿Lo dices en serio? Alberto, ¿podemos...?

El señor Caller asintió enérgicamente, acariciando el pelo hirsuto de Diogo.

—No hay ningún problema, de verdad. Se quedará con nosotros hasta que volváis a buscarlo... —Después exclamó de repente, dirigiéndose a su mujer—: ¡Anda, Rossella! ¡El cuadro!

—¡Ay, sí! —dijo ella—. Con todo lo que ha pasado, casi se me olvidaba.

Ofreció a los chicos el cuadro con el carillón, pero Julia y Rick lo rechazaron con firmeza.

Sin embargo, los Caller insistieron:

—Si hemos cargado con él todo el día, no ha sido para volver a llevárnoslo a casa —dijeron mientras se lo entregaban a Julia.

—Gracias, Alberto. ¡Gracias, Rossella! —exclamó la muchacha—. Sin vosotros no habríamos conseguido nunca encontrar a Peter. Aunque...

—A lo mejor tenía que ser así —concluyó Jason.

Alberto los abrazó a los tres, a pesar de que estaban llenos de tiznajos como deshollinadores.

—Hoy ha sido un día increíble. El más increíble de mi vida. Solo espero que alguna vez queráis contarme lo que ha pasado de verdad.

—Prometido —dijo Jason—. En cuanto lo hayamos entendido nosotros, claro.

—¿Mañana quizá? —preguntó con voz esperanzada Rossella, estrechando a Diogo con cariño.

—Quizá —mintió Rick.

—A la hora del helado —dijo Rossella—. En *Alla Venezia Trionfante*...

—¡Querrás decir en el café Florian! —la corrigió Julia.

Capítulo (26)
- DE VUELTA A CASA -



Cuando finalmente vio aparecer Kilmore Cove por detrás de la última curva, la señora Covenant suspiró.

—¡No me lo puedo creer! ¡Hemos llegado! ¡Me gustaría bajar y besar el suelo!

—Adelante —rió el marido, poniendo el intermitente y parando el coche en el arcén.

Los Covenant salieron a la brisa fresca de la tarde. A su derecha, el faro era una torre plateada recortada contra el mar. La luz estaba apagada.

—Debe de haber una fiesta o algo así ahí abajo —murmuró el señor Covenant, señalando hacia la plaza mayor del pueblo. Algo más allá, había un nutrido grupo de personas agolpadas delante de la única posada de Kilmore Cove.

—Y allí está nuestro hogar, dulce hogar... —añadió la mujer, indicando la torre iluminada de Villa Argo que se erguía en la cima del acantilado.

Se abrazaron.

—A lo mejor, después de dos días de líos, podemos por fin empezar nuestra nueva vida —dijo la señora Covenant.

—Hum... —dijo el marido disfrutando de la serenidad de aquel paisaje, que solo quedaba interrumpida por los gritos procedentes de la posada.

—¿Vamos? —sugirió la señora Covenant poco después—. Jason y Julia nos estarán esperando.

El señor Covenant sonrió. Sabía lo difícil que era tener a su mujer alejada de sus hijos.

—Vamos.

Volvieron a meterse en el coche y bajaron a Kilmore Cove por la carretera de la costa. Delante del Windy Inn detuvieron el coche. Era como si todo el pueblo se hubiera reunido allí.

El señor Covenant bajó la ventanilla eléctrica y preguntó a la primera persona que vio:

—¿Qué pasa?

—¡Ha vuelto el antiguo dueño de Villa Argo! —le explicó, indicando la fachada del hotel.

—¿Cómo?

—¡Ulysses Moore, el antiguo dueño! No estaba muerto. Ha vuelto al pueblo y se ha encerrado en una habitación del hotel.

Una mujer con vistosas mechas rubias añadió:

—¡Esperamos a que se decida a salir! ¿No es fantástico?

Pero al señor Covenant no le parecía fantástico en absoluto. Al contrario... Las últimas semanas pasaron velozmente ante sus ojos: el encuentro con el jardinero de la mansión, la visita a la casa, la compra a un precio ridículamente bajo...

—¿A que nos han timado? —dijo de repente, bajando del coche, furibundo.

—Oh, cielos, no —gimió la señora Covenant, postrada sobre la guantera—. Lo sabía. Lo presentía. Era demasiado bonito... ¡Y acabamos de vender el apartamento de Londres! —gritó después, siguiendo al marido entre la muchedumbre.

En la puerta del hotel, una muchacha intentaba desesperadamente mantener alejada de allí a aquella muchedumbre de personas vociferantes.

—¡Dile que salga! ¡Dile que queremos hablar con él!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Queremos hablar con Ulysses Moore!

Los Covenant intentaron llamar la atención de la muchacha, sin conseguirlo.

—Señorita... perdone. ¿Señorita?

—¡Queremos ver al dueño de Villa Argo! —gritó miss Bowen a sus espaldas.

—¡Queremos ver a la persona que conduce ese coche! —gritó miss Stella.

La señora Covenant vio una flamante pickup gris aparcada delante del hotel, un vehículo que no le era del todo desconocido... ¿Dónde lo había visto antes?

—Oye... —dijo al marido, tirándole de la chaqueta—. Mira eso...

—¡Señorita! ¿Qué historia es esa del antiguo dueño de Villa Argo? —gritó el marido a la muchacha del hotel.

—No lo sé, señor, de verdad... —se justificó ella, asustada—. La gente ha empezado a venir aquí y a decir que quería ver al señor que está arriba, el antiguo propietario de Villa Argo. Él se ha encerrado en la habitación para llamar por teléfono y...

«¡Eso es!»

—¿No es ese el coche de Homer? —exclamó la señora Covenant.

Entre la muchedumbre se levantó un murmullo de asombro.

—¡Está abriendo la ventana!

—¡Mirad!

—¡Ahí está! ¡Es Ulysses Moore!

Un hombre se asomó a la ventana.

—¡Señor Covenant! ¡Señora Covenant! ¡Por fin! —gritó.

Los dos propietarios de Villa Argo se miraron estupefactos.

El hombre continuó:

—¡Llevo una hora intentando llamarles al móvil! Me daba miedo salir de la habitación, con toda esa gente y...

La muchedumbre se acalló de repente, concentrada en escuchar.

El señor Covenant reconoció al hombre de la ventana.

—¿Homer? —preguntó sorprendido.

—¿Quién es Homer?

—¡El encargado de la mudanza! —contestó la señora Covenant.

—Homer, ¿qué hace usted ahí? —le preguntó el señor Covenant.

—¿Cómo que qué hago aquí? He venido a la habitación que me ha reservado usted y... cuando me he asomado por la ventana, ¡he visto ahí fuera a toda esa gente esperándome! Parecían furiosos conmigo.

Entre la muchedumbre se alzó un murmullo de decepción.

—Pero entonces no es Ulysses Moore...

—Es el encargado de la mudanza de los nuevos dueños...

—Ha venido aquí a dormir.

Y al poco tiempo la muchedumbre se dispersó.

Mientras subían a Villa Argo, los Covenant y el señor Homer reconstruyeron lo que había pasado. Por el pueblo se había corrido la voz de que un desconocido se había alojado en el Windy Inn, en una habitación reservada a nombre del «propietario de Villa Argo». Y es que quien había hecho la reserva había sido el señor Covenant y como a Agatha, la chica del hotel, el nombre no le resultaba familiar, lo había registrado así. Homer había cometido el error de ir y venir vahas veces al pueblo para ver si llegaba el camión de la mudanza y de llevar puesta una gorra de cazador muy parecida a la que en su tiempo lucía el antiguo dueño de Villa Argo.

—¡Y después dicen que no es verdad lo que se cuenta y que en realidad en los pueblos cada uno se ocupa de sus propios asuntos! —gruñó la señora Covenant—. Viva la ciudad, con vuestro permiso...

El señor Covenant, sin embargo, sonreía.

Una vez aclarado el equívoco, todo el pueblo había acudido a presentarse, insistiendo en invitarle a tomar algo en el Salt Walker. Le habían dado

decenas de palmaditas de bienvenida en la espalda y el tema había quedado zanjado con una gran carcajada colectiva.

—La cuestión es que... —dijo, volviéndose hacia el señor Homer de la Homer & Homer— prácticamente nadie ha visto nunca al antiguo propietario, que vivía recluso en Villa Argo como una especie de ermitaño. La gente sentía mucha... curiosidad, ¿entiende?

El señor Homer había entendido. Y había entendido también que en aquel pueblo les debía de faltar a todos algún tornillo.

—¡Oh, cielos! —gritó en ese momento la señora Covenant.

En mitad de la calle había un carro con un caballo.

El señor Covenant frenó. Detuvo el coche al borde del acantilado y vio al jardinero de Villa Argo asomar por un sendero lateral.

—¿Nestor? —preguntó incrédula la señora Covenant—. ¿Qué hace usted aquí? ¿Y de quién es ese caballo?

Por tercera vez, los Covenant bajaron del coche.

—Señores Covenant —sonrió tímidamente el jardinero—. Ejem... les pido disculpas por lo del caballo... Ahora lo devuelvo a la cuadra.

—¿Qué está pasando aquí? —protestó la señora Covenant—. ¿Se han vuelto todos locos?

Nestor negó con las manos para tranquilizarles.

—No, no... No se preocupe. Estaba bajando al pueblo con... —tragó saliva con dificultad, indicando la yegua—... Ariadne, cuando... Nada... no ha pasado nada.

Exceptuando quizá lo del tipo que había volado con su dune buggy desde lo alto del acantilado.

—¿Cómo están mis niños? —preguntó la señora Covenant mirando hacia Villa Argo, más que alarmada.

—Bien, muy bien... creo —murmuró Nestor—. Hemos tenido algún que otro contratiempo, pero...

—¿Qué quiere decir con... *creo*?

—¿Y a qué contratiempos se refiere?

En el jardín de Villa Argo, ya completamente a oscuras, no se oía volar una mosca.

Jason, Julia y Rick estaban muy tiesecitos delante de los señores Covenant y el encargado de la mudanza, que parecía bastante intimidado.

—Y tú, quienquiera que seas, vete ahora mismo por donde has venido —ordenó la señora Covenant a Rick, cuando consiguió distinguirlo de sus hijos bajo la tizne de hollín que los recubría.

—Jason, Julia, hasta pronto... —murmuró él, marchándose con la cabeza gacha.

—No estés tan seguro —le dijo la señora, mientras Rick buscaba inútilmente su bicicleta.

—¡Está donde Leonard! —recordó entonces Jason—. ¡Coge la bicicleta rosa de los Bowen!

—¿Leonard? ¿Bowen? ¿Quién es toda esta gente?

Rick hizo chirriar la bicicleta a lo lejos, intentando enviar un último adiós.

—Mamá...

—Calla, Julia. Me has decepcionado terriblemente.

—¡Es solo culpa mía! —exclamó Jason.

—Señora Covenant, yo...

—Y usted haría mejor en callarse, Nestor. ¿No ve en qué estado se encuentran mis hijos? ¿Qué es esto?

—Pez, mamá. Y esto es hollín. Y estas... creo que son algas.

—¿Y por qué diantres estás recubierto de pez, hollín y algas? —chilló la señora Covenant.

Jason bajó de nuevo la mirada, pero no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

—Quizá... —intervino el señor Covenant.

—¡EXIJO UNA EXPLICACIÓN! ¡AHORA MISMO! —lo interrumpió la mujer.

—El señor Bowen tenía que limpiar el sótano —dijo entonces Julia de un tirón.

Jason la miró con los ojos abiertos de par en par. Era la primera vez que la veía inventarse una excusa.

—Y ha venido a pedirle a Nestor que le ayudara —prosiguió su hermana—. Nosotros dos y Rick nos hemos ofrecido a ayudarlo. El señor Bowen es una persona anciana. Y... el sótano...

—Estaba lleno de pez —continuó Jason.

—Y de hollín —añadió Julia—. Hollín y pez por todas partes. Y algas. Pero ha sido estupendo. Hemos estado trabajando dos días. Al final, para agradecérmolo, el señor Bowen nos ha regalado la bicicleta rosa de su hija y... una cosita que Jason y yo queríamos regalarte a ti.

Los labios de la señora Covenant empezaron a temblar visiblemente.

—¿Q-q-qué es?

—Un cuadro de Villa Argo.

—Con un carillón en el marco y todo.

Al verlo, Nestor puso los ojos en blanco. La dulce melodía de Peter Dedalus resonó por todo el jardín, deshaciendo la rabia de la señora Covenant en mil pedazos.

—¡Oh! —suspiró ella, perdonándoles—. ¡Mis hijitos queridos!

Los tres hombres, Homer, Nestor y el señor Covenant, cruzaron una mirada satisfecha.

Escondido en la habitación de la torre, Leonard Minaxo también sonrió. Esperó a que entraran todos en casa. Después abrió la ventana, salió y subió al tejado.

Dio un par de saltos, alcanzó las ramas del sicomoro y bajó al suelo.

(...)

Oblivia Newton se deslizaba tosiendo por entre los callejones de la antigua judería. Quería llegar lo antes posible a la calle dell'Amor degli Amici. Miró varias veces hacia atrás, aterrorizada ante la idea de ver aparecer al conde Cenere o a algún otro guardia secreto.

Estaba muy cansada, un cansancio nervioso que le oprimía la cabeza. Pero estaba decidida a proseguir su búsqueda ahora que sabía lo que tenía que buscar. La Primera Llave.

Después de dejar la Isla de las Máscaras, había regresado a la posada recubierta de hollín y con el vestido desgarrado. Haciendo caso omiso de las miradas del posadero, Oblivia había subido a la habitación, se había puesto su mono de motociclista de piel negra, había cogido su mochila y había pagado la cuenta con las últimas monedas que le quedaban.

Después había vuelto a salir, había pasado por delante de un teatro donde se estrenaba una comedia de Goldoni y se había detenido un momento para intentar orientarse.

Tras varias tentativas, giró por un callejón oscuro y encontró una escalerilla que parecía pintada en la parte lateral de una casa.

Bajó por ella, pasó por un arco y llegó a un último callejón, encajado entre dos antiguos e imponentes palacios medievales.

Oblivia se sentía sucia y soñaba con una ducha caliente con hidromasaje. Y champú con perfume de maracuyá.

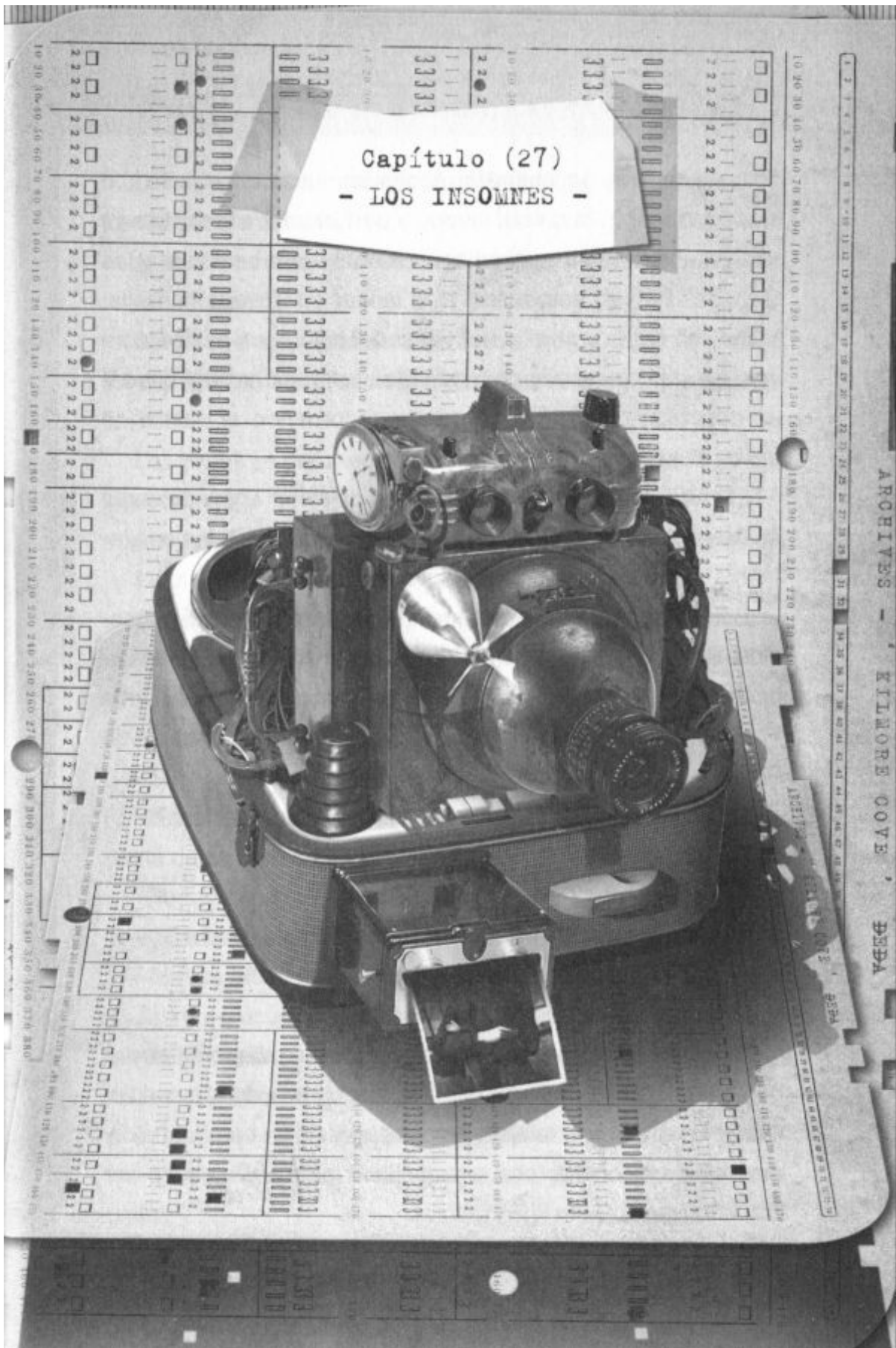
Tomó la calle dell'Amor degli Amici. Llegó a una pequeña puerta, la abrió, entró en una habitación oscura y vio la Puerta del Tiempo. Alguien había quitado el casco de góndola que la ocultaba.

Oblivia miró a la otra persona que estaba en la habitación. Estaba tan sucia como ella.

—Pensaba que no volverías... —susurró Peter Dedalus—. Habría apostado que...

—No apuestes nunca conmigo —cortó tajante Oblivia—. He perdido todo. ¿Estamos listos?

—Sí —respondió el viejo relojero de Kilmore Cove, mirando la puerta que conducía a la Casa de los Espejos.



Capítulo (27)
- LOS INSOMNES -

ARCHIVES - KILMORE COVE - BDDA

En Villa Argo se apagaron todas las luces. Jason estaba tumbado en la cama, lavado y perfumado, esperando en vano que el faro se encendiera. La noche era luminosa y las lechuzas habían empezado ya a lanzar su lóbrega llamada. Villa Argo crujía y gemía en la oscuridad y Jason estaba convencido de que, ahora que todas las trampas habían quedado destruidas, el fantasma estaba recorriendo el pasillo de arriba abajo.

El chico miró la cámara fotográfica de Peter apoyada cerca de la ventana; después cerró un momento los ojos e inmediatamente volvió a ver el incendio y a oír los gritos.

Por un instante le pareció que la luz del faro se había encendido. Por un instante le pareció oír también el relincho de un caballo. Volvió a pensar en la carrera por las colinas, en Turtle Park, en el farero que tripulaba la *Metis*, en las fotografías de Peter.

«¿Quién es este que está aquí contigo, cerca del faro?»

«Es Ulysses.»

«¿Sería verdad?», se preguntó Jason.

Se deslizó fuera de las mantas. Apoyó los pies descalzos en el suelo frío, fue hasta la ventana y miró el mar.

El faro estaba apagado, adormecido.

Cerca de la cámara fotográfica estaban también las pocas páginas del álbum de Peter que habían sobrevivido al incendio. Una foto retrataba al relojero en compañía de un hombre bajo y más bien rechoncho, con una poblada perilla. Debía de ser Black Vulcano.

La segunda, chamuscada por el humo y el calor, había sido tomada cerca del faro.

«¿Quién es este que está aquí contigo, cerca del faro?»

«Es Ulysses.»

Jason oyó un ruido fuera de la puerta. Un ruido de pasos. Pasos ligeros, silenciosos. Alguien que caminaba por el pasillo.

Los pasos se detuvieron justo delante de la puerta de su habitación.

A lo lejos, el mar rompía contra los escollos de Salton Cliff.

La puerta de la habitación se entreabrió.

Entró primero una mano y después un pie descalzo.

—¡Julia!

—Jason, ¿estás despierto?

El chico respiró de nuevo.

—Sí.

—No puedo dormir —dijo la muchacha, sentándose en la cama de su hermano.

—Yo tampoco.

—¿Qué estabas haciendo?

—Miraba afuera.

Jason se acurrucó junto a ella. Metieron los dos los pies bajo las mantas y se tumbaron uno al lado del otro.

Jason apretaba la foto entre las manos.

Durante un rato estuvieron así, en silencio.

—¿Sabes una cosa? —dijo luego Julia—. Rick me ha dado un beso.

—¿Que te ha dado un beso?

—Pues sí. Un beso beso. En los labios.

Jason miró a su hermana atónito.

—¿Y tú?

—Yo he hecho como si me hubiera desmayado.

Jason sonrió.

—Caramba... Mañana se lo digo a Rick.

—No te atreverás...

—¿Y cómo ha sido?

Julia se llevó las manos detrás de la nuca y clavó la mirada en el techo del dormitorio.

—Bonito.

Y algo después añadió:

—¿Tú crees que Peter ha besado a Oblivia?

—No lo sé, pero creo que sí.

—Entonces, ¿la amaba de verdad?

—Se ha arrojado al fuego para salvarla.

Jason apretó la fotografía entre las manos.

—¿Qué tienes ahí?

—Una foto de Peter.

—A ver.

Era una imagen en blanco y negro que retrataba a Peter en compañía de otro hombre delante del faro de Kilmore Cove. Jason tenía la garganta insólitamente seca.

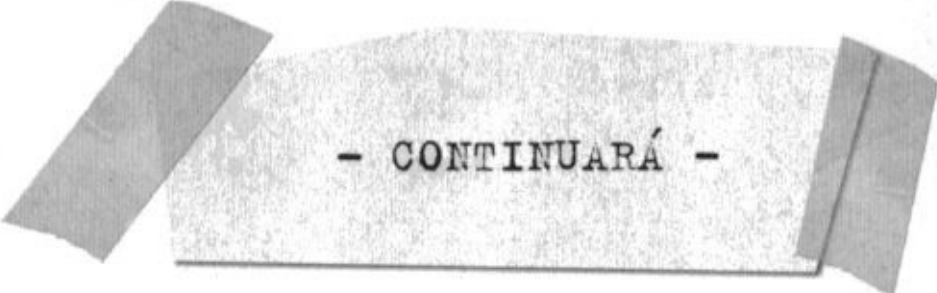
—Julia, ¿te acuerdas de lo que ha dicho Peter? Que el de la foto era Ulysses Moore...

Julia abrió los ojos de par en par.

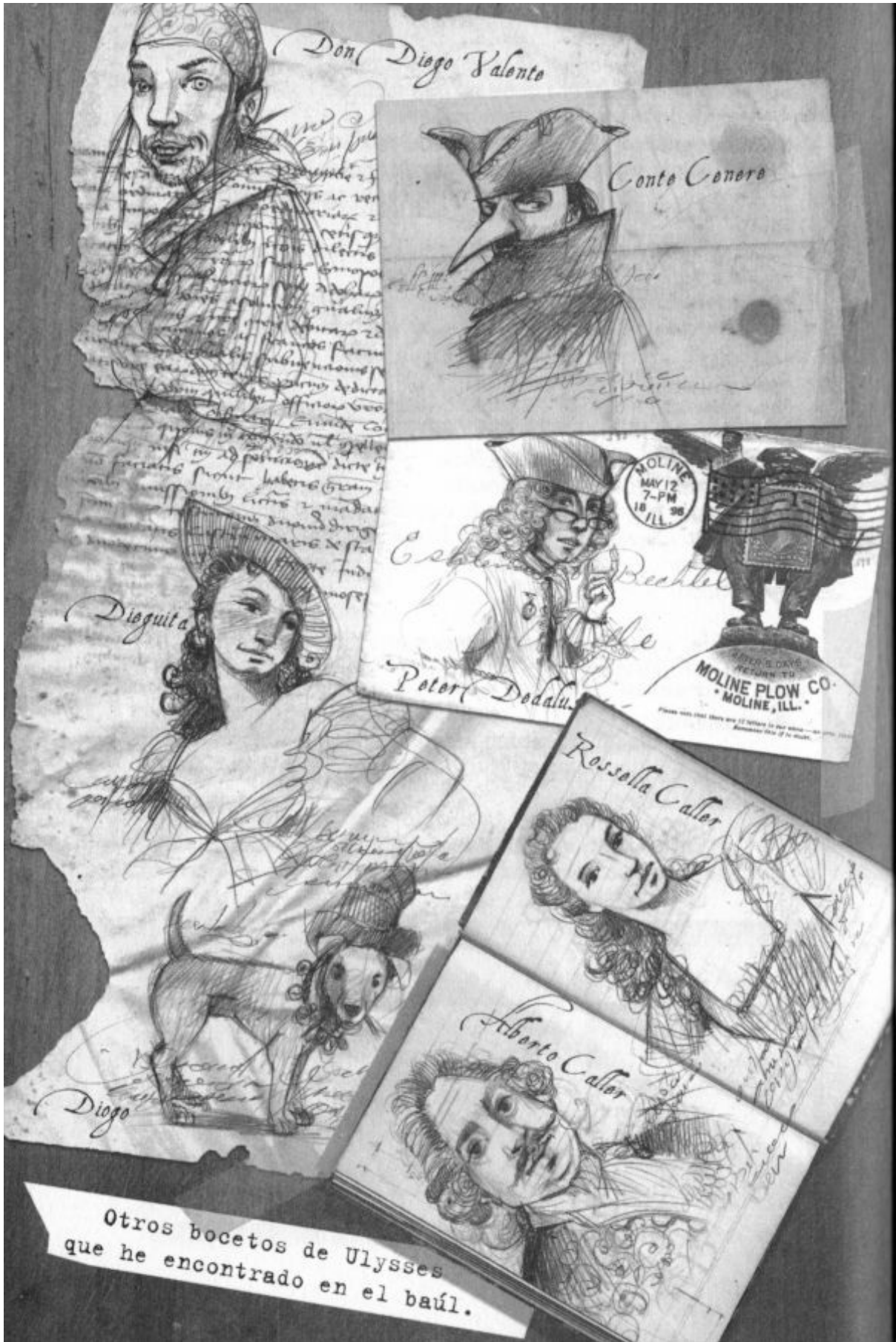
—Es verdad. Eso ha dicho —murmuró la muchacha, mirando fijamente a su hermano—. Yo también lo he oído. Pero, Jason, ¿cómo es posible?

—No lo sé. Yo también me lo pregunto. Pero... quizá haya cambiado de nombre.

El hombre que sonreía en compañía de Peter era Leonard Minaxo.



- CONTINUARÁ -



Otros bocetos de Ulysses
que he encontrado en el baúl.

Nota al lector

Este es el último mensaje de correo electrónico que hemos recibido de Pierdomenico Baccalario, antes de que volviera a marcharse en busca de Kilmore Cove.



¡Hola!

Soy yo de nuevo. Espero que este mensaje os llegue sin problemas, porque no podré volver a mandarlo. Me marché a Kilmore Cove. Esta vez voy andando...

Pero antes quería que leyerais este pasaje del quinto cuaderno de Ulysses Moore que acabo de traducir:

Las vías desaparecían en la oscuridad, engullidas por el círculo negro del túnel. Jason, Julia y Rick se detuvieron justo antes de entrar, sin saber si continuar o no. Tenían la impresión de estar ante una boca abierta, invadida por la maleza y por columnas de plantas trepadoras que se balanceaban en la corriente.

–Decís que está allí dentro, entonces... –murmuró Jason.

–No puede estar en ninguna otra parte –le hizo eco Rick.

–Si existe –puntualizó Julia, molesta por la hierba que le pinchaba los codos.

Jason se agachó sobre las vías para encender el candil que había encontrado en el garaje de Villa Argo. Estuvo trajinando con el encendedor y la mecha, hasta que se formó una nube negra de olor nauseabundo.

–¿No podías haber cogido una linterna? –protestó su hermana.

Jason resopló, sin dejar de trajinar. Después consiguió transformar la pestífera nube en una lucecilla rojiza.

–¡Lo conseguí! –exclamó radiante.

Saltó por encima de las vías y se adentró en la oscuridad. Julia y Rick lo siguieron, intentando distinguir algo.

–¿Ves algo, Jason? –preguntó Julia después de dar algunos pasos.

–Solo piedras y raíles.

–¿Cómo será de largo? –insistió la chica.

*–No lo podemos saber –respondió Rick–. Sabemos solo que los raíles no salen por el otro lado de la montaña. Y por lo tanto...
Dejó la frase en el aire.*

Jason levantó el candil.

–Caray... –murmuró–. ¿La veis también vosotros?

Julia se volvió de golpe hacia Rick.

–¡Existe de verdad! ¡Tenías razón!

Rick sonrió, puso su mano en la de Julia y clavó su mirada ante sí, en las vías, allí donde la locomotora perdida de Black Vulcano despedía destellos metálicos, a duras penas difuminados por el polvo.

¿Increíble, verdad? Ahora tengo que irme, pero os enviaré pronto noticias más.

Pierdomenico

P. D.: Adjunto una foto que he encontrado en el quinto cuaderno.

